

BIBLIOTECA DEL RENACIMIENTO LITERARIO

---

# LA VENGADORA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ ZAHONERO

—  
SEGUNDA EDICIÓN  
—

ADMINISTRACIÓN

JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ, EDITOR

Fúcar, núm. 3.—Madrid

PRINTED IN GREAT BRITAIN

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

DECL

A

LA VENGADORA

T. 172d6

c. 1223222





BIBLIOTECA DEL RENACIMIENTO LITERARIO

---

# LA VENGADORA

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ ZAHONERO



ADMINISTRACIÓN

JUAN MUÑOZ SÁNCHEZ, EDITOR

Fúcar, núm. 3. — Madrid.

---

Es propiedad del Editor.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

---

---

IMPRESA DE PEDRO NÚÑEZ, ESPÍRITU SANTO, 18.



R. 137140

Al Señor

D. Juan Muñoz Sánchez

Su amigo

J. Lahonero.



## PREFACIO.



Los que pensamos que las dotes características del artista hallan su desarrollo y logran robustez, rigiendo las aspiraciones de la fantasía y del sentimiento en el laborioso trabajo de las facultades del juicio; los que creemos que por la observación se encuentran los elementos de la ciencia y del arte, y consideramos incompleto cuanto fuere resultado de la agitadora, instantánea y febril imaginación, deseamos dar á nuestros escritos la apariencia de lo real, y, á ser posible, siquiera un débil reflejo de la gracia inimitable de la naturaleza.

Este empeño del arte naturalista ha de convertir al literato en celoso intérprete de la verdad, aunque tan sólo sea para presentar el aspecto visible y no la entraña que oculta el modo de ser de los hombres y de las cosas, que es ra-

zón fundamental de todo, quimera para el filósofo, y rico filón para el sabio experimentalista.

No obstante, sin insistir en las anteriores declaraciones generales, debemos decir que el presente libro no persigue sino el proceso de un caso particular, que puede muy bien parecer como fruto de una fantasía divertida en inventos más ó menos verosímiles; pero que por ser reales opusieron graves dificultades al observador.

Debemos advertir que, en las páginas de este libro, á pesar de su título, que un célebre drama creó y vulgarizó, nada hay de cuanto anhelantes buscan muchos lectores en las obras llamadas naturalistas, puesto que no deben confundirse los arriesgados atrevimientos de una escuela literaria, cuyo alcance social no se quiere reconocer, con los groseros goces de las obras de recreación *pornográfica*; tampoco hallarán el placer mordiente de la crítica, los que persiguen la novela moderna para ensañarse en ella acusándola de inmoral, en nombre de la vieja moral clásica, á cuyo entierro se ven hoy congregadas las gentes por las ciencias del moderno positivismo.

Hemos intentado presentar un carácter de ardientes pasiones, estimulado por la virtud como

por el deseo de los deleites, según las fases de una existencia cuyo destino se complica con circunstancias tan singulares, que no parece sino que la naturaleza y la sociedad tejieron la estrecha red en que la víctima había de agitarse, condenada á implacable tormento.

Siempre será de difícil revelación, y siempre ha de suscitar íntimo y profundo interés, el misterio que envuelve la existencia de algunos seres, desarrollado desde el momento en que se desprenden de las sangrientas entrañas de la madre, y ciegos á la luz, abren llorando, ¡como todos ciegos nacemos y lloramos! sus pulmones á la vida, hasta el momento en que el fuego de la existencia se apaga, y yertos y petrificados desaparecen en lo hondo de la fosa común!

¿Qué hay en esta melancolía? ¡Por ella apreciamos la vida como un fugacísimo aparecer y desaparecer que vela la realidad á nuestros ojos con el neblinoso y mentido ambiente con que nos la suele obscurecer el desvanecimiento del vértigo!

No esclarecen, ni aun superficialmente, nuestras nociones acerca del mundo y de la vida, los vanos alardes del sentimiento; no es posible tampoco formular protestas contra un destino tan difuso como inapelable, y sólo es dado se-

guir punto por punto las evoluciones de esos misteriosos fenómenos, sin lanzarse á señalar artificiosas consecuencias.

Cumpla la piedad humana de la enseñanza su fin social, y entre tanto, levantemos acta de todo, para que todo halle una expresión fija y clara.



# LA VENGADORA.



## I.

Allá, por la parte del Arroyo Clamores, aparecía iluminada y vistosa la ciudad de Segovia sobre el espeso follaje de los árboles del Camino Nuevo.

Por cima de las apretadas alamedas asomaban las casas y se erguían los campanarios; se veían multitud de miradores, galerías y ventanas, torreones y trozos de lienzo almenado; el apiñamiento de viejos edificios en la meseta, festoneada por el verdor de las anchas copas de los castaños de Indias, y los extremos cónicos de los álamos negros y los blancos de hojas de reverso plateado; dominándolo todo, en la mayor elevación, una graciosa obra de lujosísima arquitectura, con ciprecillos góticos en torno de cuerpos circulares ó cúbicos, provistos de ventanas ojiva-

das y de crestados remates, coronando esta construcción una ancha rotonda y una torre airosa de esbeltas proporciones.

Bajo el cielo azul purísimo en una hermosa mañana de principios de Octubre, se ofrecía aquella perspectiva en extraña mezcolanza de singulares detalles que, á la fuerza de un brillante sol del veranillo, se revelaban con mayor relieve y contraste.

Como visión de cuadros disolventes al sucederse una en otra dos perspectivas, parecía que aún se estaban viendo los huecos y las torres de una ciudad cuando empezaban á dibujarse los contornos de otra ciudad distinta, y que ésta y aquélla se confundían, resaltando ó desvaneciéndose en el mismo plano, como por ilusión de espejismo ó efecto de linterna mágica.

Bañada de sol la linda y alegre Catedral, ostentosa y gallarda, parecía dorada por un color amarillo de tierra á la brillantez de aquel día cálido del otoño, que á veces se asemeja á la primavera como el crepúsculo de la tarde recuerda al de la mañana; celajes de nubes levísimas, de un blanco paloma, partían el cielo en cintas de un verde mar, azul diáfano y azul violado; sobre estos fondos de peregrinos colores, se perfilaban finísimamente las torrecillas del Alcázar á uno de los

extremos de la ciudad, y al otro, uniendo el arrabal con la llanura, se marcaba el Acueducto romano con los atrevidos encadenamientos de dos series de arcos, formados de piedras negruzcas de visos grises y cárdenos; obra magnífica y sencilla; asombroso trabajo de titanes.

Entre el verde y el amarillo tostado de algunas hojas, resaltaban los frutos de los castaños de Indias, cual lucientes botones de oro; los nogales estaban cargados de nueces á punto de vareo; los pinos del cerrillo, que se hallan enfrente de la ciudad, recibían por la luz del sol un tinte de esmeralda, y múltiple conjunto de tonos verde bronceado, plomizo y suave violeta, divertían la vegetación en mil variedades de bellos colores; así como el cerrillo de la Piedad, con su capilla diminuta, semejante al retiro de un santón, y su calvario de cruces de piedra, presentaba en su falda el rojo barro de alfarero, encarnado, veteado de blanco lechoso, y el barro calizo horadado aquí y acullá por cavaduras y fosas; se descubrían pequeños ribazos y laderas vestidas de plantas aromáticas, y por uno y otro lado casetas de tablas y covachuelas de tierra, como portales de un nacimiento aquéllas, y como retiro de anacoretas las últimas.

En aquella altura se veían subir, aparecer y

desaparecer, por estrechos caminos ó veredas, á los aldeanos y á los arrieros buscando un atajo para la carretera de Avila; marchaban las caballerías lentamente por el áspero sendero, y seguían detrás, como formando caravana, para internarse en la sierra ó dirigirse á los desiertos llanos de tierra de Campos.

Al término del cuadro se veían las altas sierras, el caprichoso contorno de «la mujer muerta;» sombra yacente, formada por las recortaduras de un monte; negreaban la falda los oscuros pinares de Valsain y de la Granja, escondite de los reyes, y los afilados picachos de la cordillera, escondite de las águilas.

Daban las nueve en el reloj de la Catedral. *Celipe* aún no se había levantado; el sol penetraba en el fondo de la cueva, calentando los pies del pillete, unos pies desnudos, de ancha planta, acostrados del barro de las tejeras, barro calizo que abrasa la carne.

En el fondo de aquella covacha se veían otras oscuras bocas de las profundidades del subterráneo que tocaba el cerrillo del Pinar; allí, poco tiempo hacía, un arqueólogo había descubierto sepulturas judáicas y momias de israelitas.

*Celipe* dormía en la tierra, sobre unas esterillas, sirviéndole de almohada un rebujo hecho

con un chaquetón y una blusa raídos, que se caían á pedazos de puro viejos. El mozo se cubría con una agujereada manta-cuartelera, por encima de la cual se veían sus robustos brazos, su cuello ancho y su cabeza desgrefñada, de un pelo castaño rojizo.

*Celipe* había pasado parte de la noche fuera de su covacha, y tal vez no habría podido recogerse á dormir hasta la madrugada.

Cuando despertó, se esperezó y lanzó fuertes resoplidos; quedóse después con los ojos fijos, mirando al abovedado de su cueva, con el dulce abandono de un haragán, cuya sensualidad es la pereza.

No parecía sino que aquel suelo era un blando colchón de plumas, y que *Celipe* se hallaba en la más grata y muelle postura que puede hallar un cuerpo regalón.

*Celipe*, que era á veces segador, trabajaba otras de tejero, servía en las faenas de los curtidores, ó como criado de un hortelano; pero ordinariamente pasaba largas temporadas dedicado á las dos libres profesiones de matutero ó cazador furtivo, y otras, correteando por el campo, tornaba con un jaulón de pajarillos, cazados con red ó con liga, ó bien con algún pucherete agujereado y lleno de grillos, como de tales tenía llena su cabeza.

*Celipe* tenía mala voluntad á los perros, cosa extraña en un bohemio; profesaba un profundo desprecio á los tres ó cuatro polizontes de la ciudad, y á los empleados del resguardo, miedo á la Guardia civil, y una admiración sin límites á los alumnos de Artillería; por lo demás, del resto de los hombres no hacía grande aprecio; quedaban comprendidos dentro de la desdeñosa indiferencia con que miraba á todo el mundo.

Su admiración por los cadetes rayaba en el mayor entusiasmo; solía vestirse á veces de desechos de uniformes, y esto le alegraba sobremedera; conocía á todos los jóvenes alumnos por sus nombres, y hasta las menores particularidades de su vida.

Sabía quiénes estaban arrestados en pabellones, quiénes en el cuarto, y por qué causa.

Él precedía siempre á la charanga del Colegio los días de formación, y no faltaba jamás á ningún ejercicio de baterías: tal era *Celipe*, el palaire.

Esto era realmente *Celipe*, un descendiente de los antiguos palaires.

Aquel día al despertarse recordó que le habían encomendado un encargo importantísimo. Un caballero, un señorito alférez del colegio de Artillería, le había parado en la plaza la noche anterior, diciéndole:

—Oye, *Celipejo*: á ver cómo te arreglas para llevar esta carta donde tú sabes; toma estas dos pesetillas. Vamos, que esto es algo; y cuenta con que si eres bruto, ¡por mi madre! que te hacemos Cristo.

Hacer á uno Cristo era cosa divertida para los señores alumnos y para las gentes del barrio de San Millán; consistía la broma en que dos ó tres cadetes pillasen descuidado á cualquiera de los granujas habitantes de las cuevas, y quieras, que no, le subían al cerro de la Piedad y le ataban á las cruces, dejándole en ellas hasta la mañana. A veces habían hecho esto con algunos redomados pícaros, lo cual era de mucho efecto.

Con los alumnos no había que tener fiestas; habían sido siempre los dueños de la ciudad.

*Celipe* se dispuso, pues, á ejecutar el mandado con la mayor diligencia y del modo más raro que pudiese; tal había sido el encargo del alumno. *Celipe* salió de su covacha y descendió por el sendero de la Cuesta de los Hoyos, como cuando salía á corretear, siguiendo el curso del Eresma.

Mas luego se dirigió hacia el arco de San Andrés, para penetrar en la ciudad por la parte de la Judería vieja, allá por donde se halla la antigua calle de la Almuzara.

La calle de la Judería es estrecha y lóbrega;

allí se hallaba la casa de la Compañía, casa de vieja construcción castellana.

Frente á esta casa, en la cual había obra, se detuvo *Celipe*, silbando, y mirando y remirando á toda la fachada.

La casa tenía una preciosa ventana con media greca de dibujos orientales, portón ancho con puerta de agudísimos clavos de labores tan singulares, que eran por sí mismos preciadas joyas de arte.

—¿Qué haces ahí, galopín?—dijo á *Celipe* una vieja, que sin duda le conocía y le temía.

—Pues velay usted; *ná*, como aquel que dice.

—Mucho miras á los tejados.

—A ver si me gobierno para coger ogaño tantos aviones como el *pasao*; ya andan haciendo rueda, y apuesto que están para emprenderla *pa* fuera y marcharse hasta la primavera que viene.

No tuvo *Celipe* ningún otro encuentro; la calle continuaba en la misma sombría soledad.

*Celipe* acechaba.

Difícil hubiera sido adivinar qué era lo que á *Celipe* le había llevado á aquella estrechez de calle, sobre todo en un día como aquel, hermoso y alegre.

*Celipe* miraba y remiraba el andamiaje puesto por los albañiles para el arreglo de la fachada.



Se hacía obra en ella; un oficial, fijo en los tablones con su cubo de cal, pasaba la llana sobre la pared. Abajo, en la calle, trabajaba las mezclas un viejo que hacía de peón.

*Celipe* miró muy atentamente á la ventana de la casa de la Compañía y á los tablones de la casa inmediata, y quedó satisfecho del examen; se vió en sus ojos ese vivo movimiento de la pronta y astuta mirada del gato que mide la distancia para el asalto; se hubiera dicho, al verle, que había pasado por él, en un instante, el deseo de lanzarse de un brinco á los tablones, hacia el extremo de éstos, que casi tocaba con los tiestos de geráneos y de claveles que había en la ventanita de la casa de la Compañía.

Luego *Celipe* recobró la expresión de indiferencia que le era habitual, y se dirigió muy tranquilo á la puerta de una casuca situada frente por frente á la casa de la Compañía.

Al atravesar el obscuro portalillo se sonreía con malicia; iba á sorprender al señor Frutos, hermano de la madre del mozo, un viejo zapatero remendón que había tenido sujeto en su casa á *Celipe*, al pobre huerfanillo, su sobrino, hasta que irritado el amor á la independenciam que sentía el muchacho, y gastado el sufrimiento del viejo, escapó aquél á la vida errante de obrero de todos

los oficios, feriante y cazador furtivo, sin casa ni hogar.

Tío Frutos era un viejecillo menudo de talla y de cuerpo rechoncho; tenía algunos mechones de pelo gris sobre su ancha calva; era un buen hombre, un hombre pacífico y desconfiado, con su gesto desabrido y sus miradas recelosas. Vivía allí, en su tenderucho, hacía muchos años, renegando de aquel sobrino que le había dejado solo y sujeto siempre á su taburete de encina y á la mesilla de trabajo, grasienta de engrudo, acostada de pez, pasando activo y silencioso, en su vida misérrima, como la de las arañas prendidas en sus redes á los rincones del cuchitril.

Encorvado ya sobre el trabajo cuando entró *Celipe*, el remendón alzó su calva cabeza y miró por encima de sus antiparras al mozo, pasando sus ojos de la sorpresa á la severidad. ¡Cómo! ¿Qué iba á hacer allí aquel galopín?

El mozo se hallaba á la entrada del reducido cuartito, mirando á su vez al viejo muy atentamente, y rascándose la cabeza.

—¡Qué! ¿vienes á quemarme la sangre? ¿De dónde diablos sales ahora?—exclamó tío Frutos.

—Vengo de las Cuevas, y traigo un mandado para esta *misma* calle.

—¿Un mandado para esta *misma* calle? Bue-

no estará el mandado, y quien se ffe de tí para cosa de juicio. Pasa, hombre, y asiéntate ahí. Si quieres comer, toma la hogaza que tengo en ese costalejo; ahí habrá un poco de queso de tierra de Avila; me lo regaló un cebrereño que vino al mercado.

—No tengo hambre mayormente, que se diga, tío,—replicó el mozo. Luego se sucedieron en el tío y en el sobrino, durante un largo silencio, multitud de extraños movimientos; el viejo miró de pies á cabeza al muchacho, levantando los ojos al cielo en señal de angustia, y como condiriéndose de ver á *Celipe* tan desastrado; volvió á su trabajo, y tornó después á examinar al aventurero, en tanto que éste hacía lo propio, y como de burlas, con su tío.

—Vamos, galopo, dí, ¿qué truhanerías te haces ahora?

—Pues hoy me he sacado el jornal; me han pagado muy ricamente el mandado.

—¿Y qué mandado es ese?

—Pues por más que se me ha encargado que no lo diga...—dijo el muchacho.

—No; si te han dicho que no se diga, cállate-lo;—replicó, haciendo un gesto de respetuosa conformidad el infelizote del viejo.

—¡Quiál Valiente cosa se me importa á mí;

además, que cuasi nada, y que á usted puedo decirselo; á la cuenta ha de ser *custión* de noviajo... y con una vecina de usted. ¡Una cartal

—¿Cómo? ¿Una carta del pisaverde del cadete para la Juanita Rodero?—exclamó, levantándose como si hubiera saltado por vuelta de un resorte el tío Frutos.

No era de sensación, que se diga, la tal noticia; tío Frutos miraba á *Celipe*, y dirigía luego los ojos por el estrecho ventanillo de la tienda hacia la casa de la Compañía.

—¿Y vas á andar, grandísimo pillastre, en ese enredo? Sí; está visto, es cosa bien sabida, todos los tunantes andáis á una.

—¿Pues yo qué tengo que ver?—exclamó desentonadamente y riéndose del espanto de tío Frutos el desenfadado *Celipe*.—Anda con Dios... ¡qué se me da á mí! tanto me *importa* por lo que va como por lo que viene; á mí me pagan, y sanseacabó. Miré usté una de á dos pesetas, y bien lucida que es; y buen polvo que he de darla mañana, si Dios quiere, que he de ir en el *ónibus* de mis piernas á los toros del Sitio.

Entonces, sin parar mientes en lo que decía el muchacho, tío Frutos, abriendo los brazos como un predicador, y mirando hacia la casa de la Compañía, comenzó á decir con acento la-

mentos, y cual si le oyesen los vecinos que habitaban la referida casa:

—¡Ah! pillos, si os vale la condenada suerte con que nació esa pobrecilla de Dios. Que ya estará embobada con el *alumnito*. Maldecidas soís todas. Habría de cogerla yo por mi cuenta, y ya la haría ver las cosas como son. Porque se me repudren las entrañas *cuanto que* veo á uno de esos tunantes haciendo la rueda á una muchacha honrada.

—¿Pero á usted, qué le va en ello?—decía *Celipe* riendo á más reir ante la actitud melodramática y el tono llorón de su tío.—Pues ni que hubiera usted parido á la moza.

—Casi; esto es, sí, señor;—exclamó exaltándose el viejo remendón, con lo cual ya se desató en toda su grosera fuerza la risotada de *Celipe*.

—¿Qué sabes tú, zanguango, lo que quiero decir?—añadió en voz grave tío Frutos; y era de ver la cara de preocupación y la misteriosa seriedad del gesto que puso al decir estas palabras.

Él ocultaba un profundo secreto, uno de esos secretos que jamás llegan ni aun á sospechar las gentes frívolas, pero que se fijan y pesan en el ánimo de los hombres formales.

—Anda, dame esa carta.

No le valió á tío Frutos emplear un tono deci-

sivo y una grave entonación. *Celipe* fijó su cínica mirada de pillete en el rostro de su tío, y dijo:

—¿Cuál? ¿Que le dé la carta? No estaba mala; ¿conque me dan á mí una carta para que se la entregue á una persona, y ahora tengo de dársela á otra?

—Pues entonces, ¿á qué has venido, grandísimo galopín?

Había ido á estarse allí, haciendo tiempo hasta las doce, aguardar á que dejaran los albañiles el trabajo para colarse en la casa de la obra, subirse al andamio, echar en el tiesto de la ventanita de la casa inmediata la carta, y después de haber mirado si se hallaba dispuesta á recibirla la persona á quien iba dirigida, dar por terminada la comisión. Pero no dijo á tío Frutos palabra de todo esto. Guardó silencio, y llegándose al rincón donde tenía el viejo su taleguillo de provisiones, sacó un pedazo de pan, un tomate y un pepino, y se los fué á comer sentado bajo las estampas de santos que el remendón había pegado con engrudo á la pared.

*Celipe* no estaba dotado de esa locura alegre del aventurero de los países meridionales; raras veces reía ó hablaba; era silencioso y pensativo como los pastores de la Sierra; quizá el dulce, perezoso y errante vivir de pastor era su vocación

verdadera; criado en las calles de una ciudad, tenía del pillete la acometividad resuelta, pero en el fondo gustaba de la inacción. Era, además, sobrio é indiferente.

El viejo le miraba comer, aunque no tenía puesto el pensamiento donde parecía dirigir la atención; á su mente, de suyo asombradiza, se presentaba desde hacía dos años un caso muy singular y sobremanera extraordinario. Atendía á la segunda parte de un drama, cuyo principio había presenciado, y aun tomando después parte en él como actor de segunda fila. Tal vez el hecho resultara maravilloso, por ser lo único que tío Frutos tenía que contar en su vida monótona y pacífica, fuera de la muerte de su hermana y la escapatoria «á vivir y Dios me asista,» de su sobrino. Con todo, el hecho era un secreto, una obligación sacratísima que prendía al ánimo con los estrechos lazos del juramento.

Tío Frutos no había tenido otro secreto que guardar; si llega á verse comprometido á guardar otro más, se muere sin remedio, y no porque él fuese amigo de charlar, ó indiscreto por carácter, sino porque poseía aquel secreto, le miraba y le remiraba como un avaro su oculto tesoro; el secreto era su pesadilla, y habrá que decir que tan sólo por la misteriosa poesía de las cosas ocul-

tas. Hasta se creía dotado de un mérito que no podían apreciar bien los demás, ignorando, como ignoraban, que él, tío Frutos, aquel pobre vejete, el zapatero de Zamarramala, porque así era la verdad, que de dicho pueblo había ido á establecerse en Segovia, aquel mal remendón escondido en la calle de la Almuzara era guardador de un importante secreto, y había presenciado una de esas aventuras novelescas que todo el mundo pone en duda cuando las lee en las historias y romances como peregrinos inventos del ingenio.

No era, por otra parte, el único poseedor del secreto; lo cual, después de todo, le hubiera atormentado más.

La tía Sacristana, bruja de San Millán, barrio de brujas y comadres, beata y partera sin título, compartía con tío Frutos el honor de guardar el misterio. Tío Frutos no tenía temor alguno de que la cosa se divulgase. La Sacristana era mujer de confianza; si aquel hubiese sido el solo secreto conocido por la mágica comadrona, menos mal; pero había que confesar que poseía muchos del clero, de los cadetes, y aun de los señores más encopetados de la ciudad.

No había más que verla con su redonda cara granulosa, grave como la de un juez, ú oírla suspirar hondamente como persona que no podía



con el peso abrumador de tantas cosas ocultas, de élla tan sólo conocidas. Tenía unos ojos tristes, avivados á veces por expresión maliciosa, y hacía con ellos al hablar su lenguaje reticente y pausado, guiños muy significativos.

Hacia más de dieciseis años que una noche en que pendían de los aleros largos caramelos de hielo, la tierra se hallaba endurecida y brillante como cristal de roca, el viento de la Sierra hería con su soplo de filo, penetrante y frío, y el cielo estaba cubierto por un nubazo gris, trasluciendo la claridad de la velada luna, la tía Sacristana había ido á suplicar á tío Frutos que la acompañase al barrio de San Millán, y luego á Santo Domingo. Fueron, en efecto, á una casa del indicado barrio; tía Sacristana subió por una estrecha escalera, dejando á tío Frutos en el obscuro portal tiritando de frío, dando zapatazos en el suelo para que no se le entumeciesen los pies, y envuelto en su pesada capa de paño burdo; allí estuvo esperando largo rato, oyó en el techo pisadas como de pasos precipitados, luego quejumbres y lloros, por fin desgarradores gritos de dolor: cesaron éstos, y al cabo de un cuarto de hora apareció la tía Sacristana con una criatura recién nacida, envuelta en sus pañales y en un pedazo de manta fuerte; tío Frutos cargó con

todo, cubriéndolo con su recia capa. Salieron, él y la tía Sacristana, caminando á tientas en la obscuridad de la calle; siguieron por detrás del Azoguejo á Santo Domingo, dejando á su espalda la portentosa silueta del magnífico acueducto, dibujando sus negros arcos sobre la difusa claridad del nublado cielo.

Supo que la niña recién nacida era hija de Eulalia, la mocita de tío Marcelo el lechero, la cual había tenido amores con un señorón, cuyo nombre no quiso revelar la comadrona, ó tal vez ignoraba también; la pequeñita llevaba una señal hecha en el brazo, y un sencillo y rico medallón con cadenilla de oro pendiente del cuello, según dijo á tío Frutos la tía Sacristana. Ambos llegaron á la boca del torno, depositaron en éste su débil carga; tirando del cordel de la campana, el torno giró, ocultando su secreto en los brazos de las santas hermanas que velan allí para recoger á las pobres criaturas que el mundo arroja á la Inclusa.

Tío Marcelo había ido por unos días á Aldeavieja á comprar cabritos y caza, y á vender ó cambiar una muleta, é ignoró siempre la falta de su hija, amparada por su madre y por la tía Sacristana; pero á los veinte días murió la pobre Eulalia de una fiebre puerperal, creyendo tío Mar-

celo que su hija había muerto del tifus, según se le hizo creer. No habrá que hacer grandes esfuerzos para sospechar el desordenado encanto de fantásticas conjeturas que la maravillosidad de tío Frutos iría construyendo acerca de quién habría de ser el padre de la niña expósita. Anduvo unas veces echando este peso, ya sobre el brigadier de Artillería, ya sobre el gobernador civil, como sobre el marqués de la Fuencisla, y por extremosa audacia de las imaginaciones, llegó á veces hasta el sacrilegio de darle el pecado al señor Obispo, que era hombre joven y muy recompuesto y pulido.

¡Cuál no sería la admiración de tío Frutos, cuando teniendo, al cabo de los años, siempre vivo, pero reposado, el novelesco recuerdo, hubo de presentarse la Sacristana á decirle, que el viejo retirado y paralítico, la señorona gorda, el mozo y la mocita que habían ido á ocupar el cuarto segundo de la casa de la Compañía, eran de historial! Aquella familia había llegado á Segovia, porque el mocito, hijastro del señor comandante retirado y paralítico, era *Candidato*, este era el nombre que los alumnos cadetes daban á los aspirantes á entrar en el Colegio de Artillería, y la mocita, hija del viejo, é hijastra de la señorona; añadiendo que aquella niña «era la misma

que élla y tío Frutos habían dejado en el torno hacía dieciseis años.

Fué aquello tan sorprendente, como un brusco cambio de decoración, por el cual el prisionero ve caer los muros de su cárcel, y se halla sentado en un trono del rico palacio, se mira coronado y prepara los grillos y la mordaza para los que le habían oprimido en los primeros actos del drama.

Desde entonces no se ocupó con tanta insistencia del truhán de su sobrino; tuvo puesto el pensamiento y la atención en la señorita de la casa de la Compañía; cuando la vió, hubo de parecerle muy linda. «¡Pobrecita... si élla supiera que yo la tuve en mis brazos la noche en que nació!»

Menos mal, el padre la había recogido, y puede que hasta la hiciese ignorar que élla había sido expósita y fruto de amores ilegales. Tomó desde luego tío Frutos odios y aviesa voluntad á doña Cayetana, la madrastra, y al zanganote del muchacho, su hijo; le parecieron los feroces enemigos de Juanita, y lo eran á no dudar. Pronto se supo en toda la calle de Almuzara que la hija del comandante retirado, señor de Roteró, vivía oprimida por la pícara madrastrona y el zanguango virote de Mariano, su hermanastro.

En cuanto al viejo, que más lo parecía que lo era en realidad, pues no llegaba á los sesenta, se

hallaba hecho un tiesto. Un tiesto que cuidaba doña Cayetana, porque la producía el goloso fruto del retiro.

Poco podría valerle su padre á la muchacha, estando, como él estaba, tocado también del juicio y no muy sano del sentido; esto es, maniático ó tonti-loco, según lo que era de enojadizo y antojadizo.

A pesar de la seriedad y de la indiferencia, al ver á la muchacha tío Frutos se le iban los ojos tras de élla, y no le eran indiferentes ni aun los menores detalles de su vida. Tuvo relación con sus vecinos, porque dieron en llamarle para que ayudase á bajar al paralítico en su silla de manos desde el piso segundo hasta el portal, siempre que el viejo, apoyándose en su hija y en su mujer, salía á la plazoleta del Alcázar á contemplar el paisaje de las márgenes del Eresma, ó el yermo cerrillo de Zamarramala, en contraste con el verde montecillo sobre que apunta el campanario de la Lastrilla.

El rencor que inspiraba á tío Frutos doña Cayetana llegó á punto de ponerla un feroz apodo: llamábale siempre la *Javalina*, sin duda por lo gorda, gruñente y amenazadora.

Teníala ojeriza irremediable, la saludaba á regañadientes; y como la oyese decir en cierta oca-

sión que élla era *toda una señora*, quedóle por hábito y refunfuñar á solas la misma protesta:

—¡Señora!—exclamaba irónicamente.—¡Señora élla, cuando es la miseria en regateo! ¡Señora, la muy!... No está élla mala señora. Me valga Dios; no ha sido señora para tenerme de aquí para allá cuando ha necesitado quien ayudara á subir el sillón donde se *asienta* don Valentín; antes, por poca vergüenza, no hizo reparos en venir á preguntarme si me parecía caro ó barato lo que la llevaron por *gobernarla* unos zapatos suyos, sin *ser mujer de* mandarme echar *tan siquiera* unas medias suelas, habiendo tantos pies en la casa. ¡Mata de pura hambre á don Valentín y á su entenada, *en tan y mientras* que élla y su hijo engullen como pavos y se ceban como lechones!

Habría que ver si había verdad en todo lo que tía Sacristana aseguraba acerca de que fuese la hija de don Valentín la propia niña que tío Frutos llevara hacía dieciseis años al torno de Santo Domingo, porque también la tía Sacristana gustaba de la diversión de engañarse con las mismas mentiras que sin querer solía maquinar en su cabezota de bruja.

Los odios de tío Frutos fueron exacerbándose; aborrecía de tal modo á doña Cayetana y al hijo

de ésta, que no tuvo otro tema para su charla el remendón durante sus horas de laboriosa faena; á ser posible, se hubiera convertido de censor en actor, tomando parte en todo cuanto se dirigiese á defender á Juanita de la tiranía de la madrastrona. Mas la contra era que tío Frutos resultaba sobrado tímido, pacífico y enemigo de enredos y belenes. No obstante, lo que hubo de alarmarle vivamente, á punto de desear una intervención directa en los asuntos del vecino, fué el hecho de que rondara á la muchacha el picaronazo de un alumno de la Escuela de Artillería.

—Pobre reinita mía; aunque mucho la encierran, apuesto á que la guardan mal, y que alguno de esos barbilindos cadetes se la lleva por el viento, y *cátala perdida para un sin fin...*

Esto decía, añadiendo que era cosa harto sabida que los tales alumnos enamoraban á las muchachas de Segovia, y luego, cuando alcanzan el grado de teniente, se iban, dejando á las pobrecillas ilusas hechas un mar de lágrimas, «y si te ví, no me acuerdo.»

*Celipejo*, después de haber terminado su desayuno, se puso á arreglar unas alpargatas, forrándolas de pedazos de cuero, en cuya operación pasó todo el tiempo que su tío, atento á las preocupaciones que le atormentaban, se

mantuvo silencioso y con los ojos fijos en tierra.

—Ya se arremató, y quedan que ni pintadas,—dijo *Celipe*, moviendo á uno y otro lado sus pies calzados por las recompuestas alpargatas. Dicho lo cual, se enderezó, abrió y estiró los brazos en alto, irguiéndose de puntillas y bostezando con sensual pereza.

—Vaya, me largo... y hasta más ver,—añadió, encasquetándose la boína.

—¿De modo que vas á meterte á tapujero y alcahuete? Bonitos oficios aprendes ahora,—díjole tío Frutos por picarle en la vergüenza al mozo.

—Quite usted de ahí; ¿qué quiere, que le dé la carta para que luego vengan y á mí me jueguen los señoritos una mala pasada? Pues ande, que como se pongan, son capaces de venir y man-tearle á usted, ó hacerle Cristo en las cruces de la Piedad. ¿No ve que ellos no reparan en nada?

Así era, así era; y á la verdad, no había cosa que tío Frutos temiese más que las calaveradas de los señores cadetes de Artillería, y eso que ya no eran tan audaces como lo habían sido los de otros tiempos, dueños absolutos de la ciudad; con todo, si se ponían, habría que temerles; eran unos valerosos diablos, sin escrúpulos ni reflexión para llevar á cabo aventura que tuviese el encanto de



la gracia, la validez de lo extraordinario ó la novedad y el mérito de lo audacioso.

Ello fué, que allí, en el tenducho, dejó *Celipe* á tío Frutos encorvado sobre el trabajo, dándole que le das al martillo sobre el cuero y al pensamiento con la marcha de aquellos asuntos de la vecina, que maldito lo que á él le importaban, sino era como puntos interesantes de aquel portentoso secreto que, por suerte ó desdicha, guardaba como el voto y penitencia de una religión.

En tanto, *Celipe* ya estaba cuasi tocando con el alero de la casa de la Compañía, á horcajadas en el maderote de la casa inmediata, y dando sobre la linda ventanita de Juanilla. El pícaro alargó rápidamente el brazo y dejó caer el billetito sobre una espesa mata de albahaca. Llovido del cielo aquel papelillo, fué prestamente cogido por una mano pequeña y lista como un pajarito que se lanza sobre una miga de pan. Doña Cayetana no se hallaba en casa, esto ya lo sabía *Celipe*; Juanita esperaba la misiva; sin duda también esto era sabido ó sospechado por el mercurio vividor de las cuevas del Cerrillo.

¡Al pelo! Diablura hecha. Satisfacción de aquella rozagante naturaleza y de ánimo aventurero se manifestó en alegre retozo. *Celipe* salió saltando el escalonado de la angosta calle de la Almuzara.

## II.

Tras el ruidoso toque al rayar el medio día, comenzó un repique continuado en las grandes campanas de la Catedral, y repitiendo el toqueteo la iglesia de San Martín, entró en la charla el campanario de San Andrés y luego San Miguel, y la torre bizantina de San Esteban, un tanto inclinada como la Torre nueva de Zaragoza ó la de Pisa, siguieron confundiéndose en numerosa algarabía las parroquias y conventos, y formaron un estruendo alegre, como si la vieja ciudad se estremeciese de gozo al recibir la espléndida luz del sol de aquel hermoso día.

Los eternos paseantes de los soportales de la plaza seguían de dos en dos ó en secciones de tres y de cuatro hablando lentamente de los eternos asuntos del vecindario, y paso á paso arrastrando su pereza por aquella galería de toscas columnas.

La plaza se hallaba ocupada por muchedumbre

de compradores y vendedores en sus tenderetes de verduras y de frutas; obstruían el paso las exposiciones de los cacharrereros que mostraban en el suelo la loza y las cazuelas y pucheros de tierra segoviana. Puestos de aves de corral, mesetas con quesos cebrereños, grandes cenachos y canastos de rico albillo, ciruelas y manzanas, montes de melones y sandías de la tierra, y toda la riqueza del otoño, solicitando el deseo de los segovianos, para quienes resultan días de fiesta los días de mercado.

Por las estrechísimas calles iban y venían las gentes de los pueblos, las recuas de caballerías; viéndose entre aquellos casi todos los tipos de Castilla: el labrador de tierra de Campos, el pastor de tierra de Avila y los de Villacastín, Cuéllar, Santa María de Nieva. Otro tiempo fué Segovia punto de reunión de los mercaderes, labradores y obreros de todo el reino castellano, y ya no queda sino un día á la semana, en el que se ven las calles animadas por el bullicio forastero, bien insignificante si se recuerda la época en la cual Segovia contaba con una población de más de quince mil tejedores.

*Celipe* recorrió el mercado, habló, miró, se detuvo con este ó aquel conocido, y tal vez hizo sus pequeños hurtos en los montones de pepinos y

tomates, y al fin se metió en un tabernucho de obscuro callejón, á darse un festín con que celebrar también el buen resultado de su atrevida comisión.

Allí se quedó oyendo el vocerío de las gentes y el ensordecedor repiqueteo de las campanas.

Verdaderamente la casa de la Compañía era más bien propia casa del barrio de Santa Eulalia, barrio de cardadores, que no de la Judería vieja; por la parte que daba al jardinillo y los corrales había una solana ó corredor de los llamados secaderos, por ser en las antiguas fábricas el punto donde se ponían á secar la lana y los paños.

La solana correspondía al inquilino del cuarto segundo; desde éste se subía al secadero por una estrecha escalera de toscos peldaños hechos como á golpe de hacha, y por esa primitiva carpintería de los leñadores.

Allí, á la solana, fué donde hubo de refugiarse Juanita para leer la carta. La tenía entre sus temblorosas manos, y se sentía agitada por un miedo profundo; aquel miedo que desde muy niña la oprimía constantemente el corazón, y la hacía estremecerse en calofríos de fiebre; un miedo que ella misma presentía que habría de cambiarse en fiera resistencia, en enérgica resolución, contra

todo aquello que se opusiese á su decidida voluntad; una voluntad ardiente, hasta entonces siempre contrariada, siempre reprimida, pero que en elástico desenvolvimiento saltaría al fin por encima de todo, y ya libre é irreducible.

El momento deseado tal vez no se hallaba lejano, pero aunque Juanita lo presentía, no aventuraba jamás el pensamiento á calcular cuánto faltaba para tan precioso instante; era cosa obligada seguir esperando con el corazón latiendo de timidez ó saltando de esperanza.

Allí tenía la carta, una carta que no comprendía muy bien; iba recargada de giros y retóricas que no estaban al alcance de Juanita; pero, en fin, á vueltas de palabras y retornos de frase, en la carta se le decía que era amada, que había un hombre, un caballero, un alumno de la Academia de Artillería que suspiraba por aquella pobre muchacha, oprimida y subyugada á la fiereza de una madrastra.

Porque en verdad que las sospechas de tío Frutos no iban descaminadas. Doña Cayetana era opresora y feroz; era una de esas rudas y terribles mujeres, cuyo gozo último, á la edad de los cincuenta y tantos, es desplegar con todos, y por el más nimio pretexto, un carácter dominador y aparatoso, mostrando su deseo en aparecer

terrible, infundir odios, suscitar enconos y meterse en constante guerra.

No había sufrido Juanita la primera alucinación que toda mujer padece al recibir las primeras impresiones del amor. Élla, ni siquiera se había parado á examinar con detenimiento las prendas personales del joven que la enamoraba; era el deseado, el que élla esperaba; le había descubierto con el gozo con que descubre un prisionero, desde la reja de su cárcel, la muestra de simpatía que le da el primer desconocido que pasa ante la prisión. Le daba alegría á Juanita verle en su seguimiento, si por acaso salía á la calle; era un mozo atrevido y discreto. Cuando doña Cayetana tuvo el capricho de llevar á su hijastra á la novena de la Fuencisla, el cadete supo burlar la vigilancia de la vieja y aprovechar la media obscuridad de la ermita para hablar dos ó tres veces á Juanita; ésta había sido avisada acerca del día y la ocasión en que había de llegar á sus manos un billete.

Ya le tenía en su poder, y la muchacha se estremecía de contento. Tuvo como prudente resolución la de retener en su memoria palabra por palabra todas las de la cartita, fijando en la memoria los atildados, y á fuerza de discreteos galantes un poco oscuros, períodos escritos con le-

tra menuda de finos rasgos en aquel plieguecillo que élla redujo á pequeñísimos pedazos, y luego, asomándose á la baranda del secadero, echó á volar. El viento los esparció, dejando á unos girar un momento como mariposillas sobre los escuetos arbolejos de hojas ya mustias y los cuadros de dalias del jardín del señor Viejeras-Corllo, canónigo de la santa Catedral, dueño de la casa de la Compañía, cuyo piso principal habitaba, reservándose los patios y el jardinillo.

No parecía sino que todo el mundo se alegraba de que Juana hubiese recibido una declaración amorosa, y que por ello andaban al vuelo todas las campanas, revoloteaban los pájaros, y el cielo era todo explosión de luz y derroche de colores.

Mordiendo entre sus menudísimos dientes un pensamiento de mota blanca con bordes de terciopelo morado, quedóse meditabunda, con los ojos fijos en el fondo tamizado de verde hierbecilla que cubría el suelo del jardinillo del señor canónigo, y mirando el arranque de los retorcidos y nudosos troncos de una parrucha más enmarañada de filamentos y fuertes brazos que vestida de hojas, por entre los cuales se veían, como mustios colgajos, esmirriados racimos de uvas verdes y raquílicas, cuyo jugo habría de produ-

cir, por lo agraz ó desabrido, insipidez ó dentera, quedóse Juanilla sumida en deleitoso desvarío.

Jamás había visto Juanita á nadie en aquel jardinillo; mil veces se había asomado á él y hasta la complacía aquella soledad y aquel abandono en que vivían las flores bajo una luz melancólica que perdía sus brillantes rayos de oro en los negruzcos muros de cárdena piedra de la casa de la Compañía; tomaba algo de la amarillez y del gris calizo de las paredes contiguas, y bajaba reducida á debilísima claridad crepuscular con indecisos reflejos de fuego del sol hasta los arbolillos, los rosales y las flores del húmedo jardín. Cuántas veces, subiéndose al secadero, Juanita había pasado y repasado sus miradas por aquel oculto rincón de flores, componiendo con las salientes piedras del combado paredón, los tísicos arbolejos, el regajal que escapaba por bajo de la tapia ó el ventanuco de la casa inmediata, por el que solía escaparse algún gato de la vecindad, las flores ó las mariposas, sus pensamientos y sus recuerdos, escribiéndolos allí, dejándolos como si los confiase á cada objeto de los que veía en aquel sombrío apartijo del mundo, para volver á encontrarlos al día siguiente y dar de nuevo salida al hilo de sus imaginaciones y de sus recuerdos.

A veces, desde el hondo jardinillo miraba á lo



más riente del cielo azul, y surgía en ella de un modo vago, una dulce memoria como contraste del pobrísimo cuadro que tenía á sus pies, el recuerdo de otra naturaleza y de otros, por cierto muy brillantes, paisajes. Se refería todo ello á las primeras impresiones de su vida.

Siendo muy niña, su padre la había dejado, para que se repusiese de la convalecencia de una enfermedad, en un cortijo de los alrededores de Estepona, cerca de las costas del Estrecho. Fué aquello para ella una vida de verdadera expansión; durante aquel tiempo se desarrollaron espontánea y fuertemente las energías del crecimiento, las potencias de la sensibilidad y del entendimiento, remos de la voluntad. Aquello había sido como un sueño, del que sólo conservaba muy vagas reminiscencias, reflejos de una claridad intensísima y de colores luminosos, de un cielo inundado infinitamente de átomos encendidos en el fuego del sol. Otra tierra, otra vegetación, allá en el confín de una dilatadísima sucesión de campos lozanísimos, bosques espesos. Pasando sobre la fronda y las áridas llanuras, surgía á los ojos el mar como refulgente espejo del cielo.

Los blancos caseríos de los cortijos divisados por las rinconadas de los altozanos, los festones

de las chumberas de higos de pala espinosa y ancha y las gallardas palmeras de esbeltísimo y desnudo tronco, rematando pomposo su coronamiento de desmayadas palmas sobre el trasluciente fondo del espacio alegre.

Tal visión surgía desvaneciéndose, borrándose al choque de la fantasía con la lobreguez y los toscos y duros contornos de la vieja ciudad castellana, que en un principio hubo de parecerle á Juanita propio lugar de destierro á donde su adversa fortuna la había conducido para ir la acabando lenta y angustiosamente hasta que lanzara su último suspiro.

Aquella tarde se sentía contenta; una gran confianza animaba su corazón; lo había oído decir en su casa á las pocas personas que visitaban ésta; se hablaba del asunto como para animar al hijo de doña Cayetana, aspirante ó candidato al Colegio de Artillería.

Los alumnos eran los dueños y señores de la población. Resultaban animosas y alegres las diabólicas aventuras que de los tales muchachos contaba todo el mundo; á Juana le divertía grandemente oirlas, simpatizando con el desenfado, la jovialidad y la audacia propias de las travesuras de aquellos animosos malas cabezas, llenos de juventud y de fuerza. Así era que se sentía

orgullosa y feliz de haber llamado la atención de uno de aquellos caballeros alumnos, y confiaba, sin saber por qué, en que por tan envidiable simpatía habría de serle posible soñar en su deseada redención.

En las serenas noches de verano, iluminadas por la claridad de la luna, había oído Juanita pasar las parrandas de guitarras y bandurrias dirigidas por Flórez, un joven de la ciudad, afamado por su talento músico, llamado por sobrenombre *Pasacalle*. Llenaban de alegres y armónicos conciertos el solitario barrio de la Judería vieja, aquellas rondas de cadetes, entre los cuales sólo había un paisano, Silvio *Pasacalle*.

La angosta calle de la Almuzara quedaba pronto en silencio después del paso de aquellas rondallas de serenatas. A los romancescos recuerdos que suscitaban los templos bizantinos y las moradas señoriales, el Alcázar y el famoso Acueducto, se unían otros no menos románticos: las aventuras que en todo tiempo habían realizado los alumnos de la ciudad. En época no muy lejana, Crespo y Santa María, dos cadetes, habían llevado á cabo una épica locura: la de vestir la imagen de San Sebastián, que se hallaba en uno de los dos nichos del Acueducto, sobre la cartela, entre las dos series de altísimos y magníficos

arcos, asombraba pensar en que á tan prodigiosa elevación, atado Crespo por la cintura, suspendido en el aire por su camarada, expuesto al vértigo, realizase la cómica y atrevida empresa, la de subirse sobre aquella obra ciclópea y convertir en juguete un portentoso monumento de los siglos, tal vez del tiempo de Trajano. Para deshacer la graciosa irreverencia, hubo que alzar un complicado andamiaje, y en armarle y desarmarle se emplearon muchos días, no hallando en un principio obreros que se arriesgasen á realizar el trabajo.

Juanita, realmente era bella; el estribillo constante doña Cayetana, que al hablar de su entenada, solía exclamar con marcado desprecio:

—¡Psch! no vale cosa.

Era una falsedad; Juanita estaba convencida de ello; había pasado para élla el tiempo en que, devorada por la tristeza, creía como artículo de fe á su madrastra, y se condolía al considerarse como poco ó nada favorecida por la naturaleza.

Su cabeza era una linda cabecita joven, coloreada sobre el fondo de un matiz moreno por un suave sonrosamiento; sus ojos eran grandes, y su nariz delgada hacía armónico dibujo con una boca bien hecha, de buenos dientes, reducida, sin ser diminuta, carnosa, sin ser gorda, viva nota de gracia; estímulo por su color de fuego y por su

frescura, casta continencia, por lo que había en aquellos labios de infantil y de puro.

Su madrastra la llamaba larguirucha y la tenía por desgarbada; pero lo cierto era que élla tenía gallarda estatura; resultaba de cuerpo airoso, con esa esbeltez de los adolescentes, semejante á la recta y fina línea que marca el tronco de algunos arbolillos asiduamente cuidados en el Vivero; por desdicha, de ordinario, sus pies estaban calzados con unas viejas y horribles botas de su madrastra.

Durante el invierno solía vérsela con el cuerpo abrumado por un gabán que la era ancho por demás, y no le servía para abrigarla, sino para encubrir el contorno del talle enderezado, reposado y gracioso, lleno de fuerza y de vida.

No se pasa en vano una infancia oyendo mortificantes insultos y constantes desprecios, sin que en el ánimo de la víctima se alimente viva y crezca un ardorosísimo deseo de justicia, la estimación que ennoblece y contenta como necesario consuelo á las viles injurias.

Juana venía sufriendo á su madrastra desde los primeros años de la vida, desde que tenía uso de razón. Don Juan Rotero se había casado con doña Cayetana cuando Juanita tendría unos cinco ó seis años; ello es que la niña siempre había

visto ante sí aquel rostro huraño, aquella caraza ancha llena de enconadas é irritadas expresiones; los ojos feroces, siempre al acecho para fiscalizar ó lanzar por aquella bigotuda boca horribles imprecaciones y rudas afrentas.

¡Oh! el hermano, el hermanastro, mejor dicho, éste le era odioso á Juana; siempre tenía ante sus ojos espantados la cara fofa del imbécil muchacho; era cuatro años mayor que Juanita; desde muy niños se odiaban, habiéndole roído á él la envidia, y á élla una sorda cólera, un vivo deseo de tomarse la revancha por los malos tratamientos que había tenido que sufrirlo. En un tiempo, don Juan Rotero, que aún no había sentido ni aun los agudos pinchazos del reumatismo, anuncio de la parálisis que hubo de petrificarle después, ni tenía el cerebro debilitado, salía enérgicamente á la defensa de su hija... pero después, cuando se vió atado de pies y manos, y á merced de los cuidados y de la protección que los demás quisieran dispensarle, tuvo miedo á verse abandonado de su mujer, ó tal vez se nubló por tal modo su razón, que no le era posible comprender los sufrimientos que hacían pasar á su hija; ello era que el viejo se había convertido en tercer enemigo de Juanita.

No, no; aquella situación no podía seguir; era

necesario llegar á un término decisivo y pronto. En un principio, cuando Juanita era aún muy niña, había pensado refugiarse en un convento. La familia de Rotero se hallaba aún en Madrid, y Juanita estaba obligada á acompañar á su madrastra á misa todos los días; iban á la capilla del convento de las monjas Jesusas, que así las llamaba el pueblo. Acudía allí gran número de mujeres, *mayormente*, según decía doña Cayetana, *señoras de copete*. La capilla estaba muy dorada y lujosamente revestida en todos sus altares con esa gracia y esa minuciosidad que emplean las religiosas para adornar los símbolos del culto.

Doña Cayetana se colocaba en un reclinatorio, muy cerca del altar mayor, y Juanita se arrodillaba detrás, y muy cerca de su madrastra. La muchacha encontraba lindísima aquella capilla.

Era una santa monería, llena de flores en ramilletes de papel de oro, verde y rosa; imágenes relucientes por el barniz; amplios tapices antiguos; lámparas de plata y arañas de cristal con lágrimas y prismas que despedían irisados reflejos. Veíase el coro tras una reja de grandes barrotes de hierro, por entre cuyos puntos de enlace salían agudos pinchos, como para librar el jardín de vírgenes del Señor, y defenderlas de los maliciosos y malévolos afanes del mundo.

A través de una segunda rejilla de madera se veían difusamente en el fondo y á la suave claridad de misteriosa luz, el gigantesco facistol, los grandes sitiales del coro, el formidable órgano con sus largos tubos metálicos y brillantes.

Pasaban y repasaban de una á otra parte las monjas con sus tocas negras ó moradas y sus hábitos blancos, mientras otras permanecían arrodilladas é inmóviles, contemplativas, libro en mano, rezando con la cabeza inclinada ó sumidas y absortas en oración mental.

Allí no se oía ruido alguno; vivían sin duda en aquel lugar muchas mujeres jóvenes y bellas, pálidas como las santas de los retablos, y divirtiendo su tiempo en bordar acericos como los que habían regalado á doña Cayetana, en hacer confituras ó en cantar salmos y jaculatorias; tras de aquella sombría del claustro se vislumbraba la gloria con todas las fulgurantes maravillas del cielo.

Cuando élla envidiaba esta apacible vida, doña Cayetana, con el pretexto de educarla, obligábala por rudos deberes y fatigosísimas faenas; ¡cómo tenía entonces Juanita sus manos, ásperas y toscas, callosas y agrietadas de sabañones! En aquella sucia casa de vecindad de la calle de San Vicente, donde vivían, hubo de sufrir terriblemen-



te la entenada de doña Cayetana; lo de menos era verse obligada á subir con el cántaro á la cadera desde el profundo patio en que gorgolitaba de continuo una fuente de sucio pilón y delgado caño.

Pero estos tormentos habían cesado en Segovia; allí, doña Cayetana, tenía dos criadas, y deseaba aparentar una desahogada y decorosa posición que diera lustre á su hijo, al futuro artillero, y Juanita no podía menos de aparecer como una señorita, y hasta puede que pretendiese pasar la madrastra por una madre cariñosa y tierna para con la hija de su marido.

No obstante, las furiosas reyertas de siempre no habían cesado; antes bien, continuaban siendo de menos escándalo, si bien no menos crueles; aquella mañana misma, poco antes de que el granuja de *Celipe* apareciese por el tablón del andamio de la casa contigua, Juanita y Mariano, su hermanastro, habían reñido. El muy bruto la había dado un bofetón por un quítame allá esas pajas.

Se habían pegado, porque Juanita no tuvo sufrimiento para aguantar, como otras veces, los salvajes atropellos del imbécil del muchacho; le arañó la cara, aquella caraza de toro hocicudo y el frontal duro como un testuz; le mordió en los bra-

zos, clavando en ellos con rabia sus menudos dientes; después se pusieron á luchar á brazo partido, resistiendo élla con braveza, hasta que él, cogiéndola por el cuello, estuvo á punto de ahogarla con la presión de sus dedos, que fuertemente oprimían la delicada garganta de la pobre niña.

—¡Cobarde, miserable, cobardel—bramó Juanita.—Si se supiera, te mandarían al correccional y jamás vestirías el uniforme de artillero.

Doña Cayetana los había separado, gritando enfurecida, rojo de ira su rostro ancho, de toscas y duras facciones:

—¡Vete de ahí, estúpido; vete, y no vuelvas, que siempre te ha de exasperar esta bribona, y tú has de caer en el lazo! ¿Qué ha de querer esta ladina, sino tener pretexto para perderte?

Aquella era la vida de siempre, una vida insostenible. Don Juan, preso á su sillón de tullido, y á pesar de sentirse inspirado por su mujer en contra de su hija, no aguantaba con calma que la pegasen, y cuando esto ocurría, golpeaba el suelo con el bastón que siempre tenía entre las manos, insultaba á doña Cayetana y al hijastro lanzándoles los más groseros y bárbaros insultos; Mariano era un zángano, un tuno, un ladrón. Pero á bien que si esto podía irritar á la

madrastra y á su hijo, la cosa no pasaba de ahí, y les era dado reirse, toda vez que á don Juan le era imposible moverse de su asiento, y parecía un autómeta de resorte al girar en su rabia impotente los brazos y las piernas.

—¿Conque hemos venido á Segovia por la carrera del señorito, y por ver de hallar para mí una buena colocación?—pensaba Juanita.—Pues ya creo yo que se ofrece ésta, y no habrá modo de volverse atrás,—se decía, recordando las vagas promesas que había leído en la carta que *Celipe* le había entregado.

Y en el atrevido giro de sus ilusiones de muchacha, llegó á pensar en el decisivo momento en que, presentándose su novio á don Juan y á la madrastra, el día en que recibiera el grado de teniente, les hablara muy claro; él era rico, ya había llegado el día de confesarlo todo, podía casarse; á más de su carrera, contaba con sus millones, y haría de Juanita su mujer, una real señora.

¡Qué ojos de envidia abriría doña Cayetana, y cómo se remordería de rabia al ver á su víctima libre ya de sus garras, y, sobre todo, feliz y rico! Sólo sentiría Juana dejar á su padre, á su pobre padre; pero esperaba en que, una vez dueña de la confianza de su marido, lograría que el pobrecito

papá fuese á vivir con élla, lejos de los impertinentes cuidados, más artificiosos que reales, que le dispensaba su mujer, pero gozando de los que le habría de prodigar Juanita, su hija.

Aquí llegaba en el giro espiral de su enardecida fantasía; y suspensa en el ánimo en tales recreaciones, cautivados á su pesar los ojos por el vagoroso componerse y deshacerse lentamente de unas leves nubecillas del cielo, imagen en sus indecisos contornos y suaves transformaciones de los sueños de Juanita, oyó un grito agrio lleno de ira é imperio.

Juanita hizo un movimiento gracioso al encoger sus hombros, y al sonreír despreciativamente sentíase llena de fuerza, y hasta pensaba que la era dado burlarse ya de su enemiga; bajó con lentitud las desmanteladas escaleras del secadero, y replicó á los llamamientos fieros é impacientes de su madrastra, sin duda se hallaba exasperada y en ganas de riña, con un lánguido «ya voy» capaz de exacerbar hasta el furor á la irritable doña Cayetana.

—¡Ya está aquí!—exclamó ésta al ver penetrar en el reducido comedorcillo á su entenada.  
—Estarías de pindongueo en el secadero. ¡Dios me valga! Luego se querrá que yo no me tire á élla y la descomponga esa cara de monjita ladi-

na á bofetones. ¡Más calma, señorita, más calma! parece que te han pegado los zapatos con pez á los pies. ¿Qué hacías arriba?

—Pensé haberme dejado allí la almohadilla de la costura.

—¡Miren y con lo que nos sale ahora! ¡Uf, si las urdes en el aire! ¿No ves allí la almohadilla con la costura prendida á ella, como que has estado cosiendo aquí esta mañana? ¡He de tapiar la puerta esa; yo te diré que te subas á gaudulear á la solana!

Manoteaba mucho, hablaba á veces lanzando soplidos como si temiese ahogarse, y seguía de aquí para allá, moviendo su cuerpo grueso y pesado, con aquel andar patoso que la era peculiar, y sus ojos saltones lanzaban terribles miradas.

El paralítico, sentado en su sillón y con la cabeza inclinada al suelo, parecía muy absorto mirándose las bigoterías de sus zapatillas de orillo; cubrían sus manos y su cara las moscas pegajosas, ya á principios del otoño. Don Juan no parecía oír los gritos de su mujer, y sumido en aquel estado semiletárgico, ni aun habría notado la llegada de su hija.

El grave motivo de enojo de doña Cayetana era haber hallado solo á don Juan, y sobre esto

desatóse en una retahila de imprecaciones terribles contra la muchacha.

Ésta la miraba sin pestañear, fijando en élla sus grandes ojos, y apretando por leves estremecimientos de los labios una sonrisa provocativa y burlona.

—¿Qué te ha echado por el andamio á la ventanita del cuarto, un pillete de la calle esta mañana?—¡Dios mío! Lo sabía todo. Juanita estuvo á punto de caerse al suelo; pero tuvo energía, resistió el vértigo del miedo y afrontó valerosamente á su madrastra.

—¿A mí? Yo no sé lo que quiere usted decir.

—¿Cómo tendrás valor para negarme que esta mañana te han dado una carta? Pues para que tú lo veas, yo estaba fuera de casa y lo he sabido.

Sí, lo había sabido; según ella, porque la providencia de Dios estaba siempre de parte de los padres. Fué el caso, y así hubo de referirlo con irónica complacencia, que al llegar á casa de vuelta del mercado, al que la acompañaba siempre la criada, una vieja de la vecindad la había dicho que mirara qué diablura habría podido hacer en la casa *Celipe*, el sobrino de tío Frutos, el zapatero remendón. La vieja había visto al pillastre montado en el andamio y arrojar un ob-

jeto á la ventana de la casa de doña Cayetana; ésta no perdió tiempo y entró muy desaforadamente en el portalillo del viejo remendón y, encarándose con el asombrado tío Frutos, le dijo que «qué tenía él que mandar al granuja á burlarse de ella, toda una señora.» Tal vez habría roto el tunante alguno de los tiestos ó habría hecho alguna barrabasada por la cual pensaba élla dar parte al juez y meter en la cárcel al zorro del zapatero y al ladronzuelo de su sobrino. Armóse con esto una baraúnda estrepitosa, una reñida gresca; tío Frutos se descompuso, perdió los estribos, se exasperó lanzando improperios á la señora, y diciéndola en el colmo y la ceguera de su justa indignación, y tal vez creyendo que doña Cayetana sabía lo del billete, que á *Celipe* le habían dado el encargo de llevar allí una carta y había cumplido su comisión, y *Pax Christi*.

Juanita estaba resuelta á negarlo todo; que buscasen la casa; difícil era poderla probar que élla había recibido carta alguna; pero con todo, no cabía duda de que tenía sobre su cabeza uno de aquellos tremebundos disgustos por los cuales se desataban los odios, y se recrudecían los malos tratamientos.

—¿Tendrás algún noviajo, indecente, estúpida? ¿Harás escándalo y nos cubrirás de vergüenza

por dar crédito al primero que se presente para burlarse de tí? Esto nos faltaba ahora, esto nos faltaba; que tras de los afanes y las penas que nos produce ver á ese pobrecito hijo de mi alma consumirse á estudiar para tener una carrera, las angustias que sufrimos viendo el estado en que está ese bendito santo que tienes ahí medio muerto en su sillón, y que si estuviera en salud, te hubiera roto las costillas á bastonazos, hayamos de sufrir ahora tus zorrerías.

Así lo dijo: zorrerías; y Juanita, roja de indignación, estuvo á punto de lanzarse sobre su madrastra y arrancarla á mechones sus pelos grises hechos un moño pretencioso y grotesco.

—Señora, cálese usted;—rugió con voz sorda y expresión resuelta la muchacha.

—¿Pero no la oyes, Juan? Me manda que me calle. Ya lo ves, me hace frente. Como te ve á tí enfermo é imposibilitado y á mí una vieja, se nos echa encima. Apuesto á que si no estuviera en Segovia mi hijo, nos pegaría. ¡Infame, infame! Así pagas el cariño que te ha tenido esta pobre mujer que te ha servido de madre.

¡Ah! pero no; aquellas debilidades y lamentos eran inconvenientes y á nada conducían; lo importante estaba en tomar una pronta resolución.

Miren qué obra del diablo; haber sido descu-



bierta la primera travesura empleada por el galán de Juanita; ésta hallaba gracioso el medio, pero le consideró innecesario; hubiera sido mejor que la hubiese mandado la carta sencillamente por el cartero, el cual, advertido de antemano, ya habría sabido entregar el billete á Juanita. Sin duda que por aquello iba á producirse algo muy grave para la pobre muchacha; no deseaba otra cosa la madrastra, la cual siempre andaba á vueltas buscando pretextos para resolver lo que llamaba el porvenir de la niña.

Al tratar de este asunto salían á cuento multitud de extremosos proyectos; ora se trataba de mandar á Juana á un convento, ora de ponerla á un oficio, así como otras veces se había pensado en hacerla cómica, modista ó maestra de escuela. No se resguardaba tras de ninguna disimulación el brutal egoismo de la madrastra y de su hijo; lo repetían mil veces y sin andarse con rodeos: el día que don Juan muriese, los derechos pasivos correspondían á doña Cayetana, los muebles y hasta el dinero eran de ésta; por manera que Juana quedaría en la calle, y añadían, aunque débilmente, si era que no la amparaban la caridad de su madrastra y de su hermanastro.

Nada hablaban, por otra parte, respecto á si

Juana era hija natural ó hija de anterior y legítimo matrimonio; esto, ó lo ignoraban, ó tenían un vivo interés en ocultarlo.

Doña Cayetana hizo dos ó tres muecas con su bigotuda boca, y movió la cabeza como para demostrar que acababa de decidirse por una irrevocable resolución, y sentándose frente por frente de su marido, le dijo solemnemente:

—Mira, Juan: esto no puede seguir así. ¿Sabes lo que acaba de ocurrir?

—¿Qué? — exclamó alzando sus mortecinos ojos el enfermo, y pronunciando su interrogación con voz abierta y semejante á un quejido.

—Siento decírtelo, ¿entiendes? bien sabe Dios del cielo que siento decírtelo; pero tu hija acaba de dar un espantoso escándalo...

—No es cierto,—exclamó fieramente la muchacha.

—Cállese usted, y lárguese de aquí. Un escándalo. Un pillete. ¿Sabes?—decía doña Cayetana como si quisiera grabar bien sus palabras en el entendimiento de su marido. Un pillete de la calle ha subido hasta la ventana de casa para dar á la niña una carta de su amante. ¿Entiendes?

Pero entonces el viejo imbécil, pensando que le contaban aquello por divertirlo, ó juzgando, sin duda con lúcido juicio, que la falta de que

acusaban á su hija no era de las que merecen una áspera censura, se echó á reir con sus risotadas de niño; tal vez reía como acostumbraba á reir por pura imbecilidad.

—Ya se ve, su padre la rie estas gracias. ¡Cuán desgraciada nací! ¡Cuán desgraciada nací!

Era sabido; doña Cayetana se preparaba á decir tras de esto lo de siempre: que no podía llegar á más su infortunio, viéndose, como se veía, obligada á cuidar de un enfermo loco é impertinente, sacrificándose por dar carrera á su hijo, y debiendo sufrir las *infamias*, no las clasificaba de menos, de su hijastra.

Y luego, después de un amago de gemidos, salirse amenazando al paralítico con una separación, con lo que él más temía. Separarse de su mujer; en el fondo tal vez la odiaba; pero en realidad, un profundo terror oprimía su ánimo ante la idea de llegar á verse algún día abandonado en una casa, y, sobre todo, privado de los cuidados de su familia.

La llegada de un nuevo personaje vino á cortar de pronto la marcha de aquella extraña pelea, é hizo recordar á doña Cayetana su propósito de hacer lo posible porque en Segovia se tuviese á la familia de Roteró por una familia distinguida; á pesar de todo, doña Cayetana com-

prendía que los gritos, los bruscos encuentros de ella y de su hijo con la muchacha habrían de hacerles pasar á los ojos de las gentes como personas poco discretas. En aquella vieja ciudad, todo tenía mayor resonancia, y daba lugar á más continuas, mordaces y acerbas censuras.

El personaje que había tan oportunamente aparecido, era el dueño de la casa, el Viejeras-Crollo, hombre pacífico, de juicio muy claro y de muy reposadas y sensatas opiniones; gustábale visitar al pobre paralítico y hacerle reir con aquel contento momentáneo de los viejos enfermos, mimosos y encaprichados que tanto se asemeja á la risa de un niño.

Entre el señor Viejeras-Crollo, sonriente y afable y un tanto curioso por desentrañar el misterio que motivaba los regaños y las disputas en aquella familia, á cuyos individuos tenía por tontos ó locos, si no era á la muchacha, á la cual miraba compasivamente, á todos los demás solía hablarles con acento cortés y grave. Pronto doña Cayetana, á vuelta de exageradas exclamaciones, manifestó lo escandaloso del hecho de que un galancito hubiera entregado en pleno día y á vista de los vecinos un billete amoroso.

Tuvo el bueno del canónigo por inconveniente aquella aventura, encaminada, según él pensaba,

---

á impresionar á la muchacha con aquel medio novelesco; porque, por otra parte, nada había de extraño en que una joven tuviera novio, siempre que fuese con honrado propósito y dentro de los miramientos exigidos por la honestidad y el decoro.

Y en esto paró por entonces el terrible amago de un tempestuoso disgusto de familia.

## III.

Aquella doña Cayetana todo lo hacía ruidosamente, dando cuenta á los extraños hasta de los más insignificantes pormenores de la vida íntima. Juana, aturdida, ruborizada é inquieta, hubo de soportar las feroces recriminaciones de la madrastra, el monótono sermoneo del señor canónigo y las mortificantes puyas del zanguango de Mariano, que llegó al poco tiempo á gozarse en el martirio de Juanita.

Pasaron algunos días, durante los cuales no cesaron las indirectas y las severas reprensiones, que eran el gozo de doña Cayetana. El tiempo seguía templado y hermoso; no había sido tan benigna la primavera como el otoño. Algunas tardes hubo de salir Juanita á acompañar con su madrastra en los paseos que daba el pobre paralítico, moviendo torpemente las piernas como si fueran de palo, y rastreando los pies que le pesaban como plomo; iban doña Cayetana, Juani-

ta y el enfermo, por la calle de la Judería nueva al arco de San Andrés, á pasear bajo los muros de la ya derruída muralla; el paseo duraba cuatro horas, y, sin embargo, no se apartaban de la casa más de doscientos pasos.

Fernando Olivenza estaba allí. Felizmente doña Cayetana no se había fijado en el joven alumno, pues de lo contrario, hubiera hecho á Juanita quedarse en la casa; exacerbaba su odio de loca, la sola idea de que su hijastra hubiese inspirado simpatía ó interés á alguien; sobre todo, si el interesado ó el simpatizado podía convertirse en pretendiente formal.

Fernando Olivenza se ocultaba en la parte alta del paseo que sube en *zig-zag* desde el Camino nuevo hasta el Salón; bastábale agitar un pañuelo ó hacer una seña cualquiera, Juana le comprendía, y hasta le encantaba mirar la gallarda figura de su galán, cuyo uniforme prestaba gallardía y aire elegante y vistoso al cuerpo delgado y esbelto.

Increíble parecía; más bien como urdida fábula que como realidad, que se hiciera sufrir, tan vulgar y ensañadamente á una pobre muchacha, aquel tormento por el cual unas veces haciendo por ficción alardes de ternura y de generosidad, otras de riguroso cuidado, y al fin, de

salvaje y cruel opresión. Doña Cayetana sacrificaba á su hijastra.

El deseo de Juanita era cada vez más vivo, miraba con anhelante afán al término del paseo, y desde luego, sin prudencias ni reparos, hubiera respondido á las señas de su galán. Disimulaba cuanto la era posible su impaciencia por subir al Salón; á veces se negaba á pasear, protestando con fingido enojo, de que se la obligase á acompañar á su padre todas las tardes, y doña Cayetana, convencida por la verdad de aquellas comedias representadas por su hijastra, ponía un marcado empeño en obligarla á hacer lo que la madrastra consideraba una nueva contrariedad para la muchacha.

Ésta se hallaba convencida de lo irremediable de su desdicha, si la suerte no la deparaba un hombre enamorado, decidido y generoso; élla vivía entre locos, su padre lo estaba declaradamente, su madrastra era, sin duda, una mujer atacada de furibundos arrebatos, y Mariano era un imbécil, más terrible aún por su falta de crianza y de educación moral.

Porque, ¿cuál podría ser el interés que tenía la madrastra en atormentarla? ¿qué se metía por esto en el bolsillo? Tan sólo pensando que la faltaba el juicio y que maleada la sangre de aquel



corpanchón pesado y gordo, se vería sin discurso ni norma la cabezota de doña Cayetana. Estaba loca de remate. Todo el mundo lo aseguraba; de igual modo lo habían dicho los vecinos de las casas en que habían habitado durante los dos ó tres años que don Juan Rotero y su familia permanecieron en Madrid, que lo decían cuantas personas trataban en Segovia, y así compadecían las gentes á Juanita, diciéndola sin rebozo alguno, que no era pequeña desgracia tener que vivir entre un pobre insensato, una mujer climatérica y un muchacho imbécil.

Fernando Olivenza, no se le olvidaba el nombre á Juanita, seguía en sus intentos de galanteo; pero no había vuelto á dirigir á Juanita carta alguna. Puede que careciese de medios para hacer llegar otra carta á manos de la niña; esto era inverosímil; quizá esperaba que ella contestase; pero esto no era posible. El joven ignoraba que á Juanita no le era dado escribir hallándose vigilada durante todo el día; además, y esto era lo cierto, ella no hubiera acertado á contestar á aquella carta tan sabiamente escrita como fielmente retenida en la memoria de la pobre niña.

Aquello era desesperante; no podían entenderse, y, sin embargo, Juanita, abrasada por la cu-

riosidad y por su vivísimo deseo, se veía en el rudo trance de reprimir y dominar su voluntad tenaz y pujante; dominada, sobre todo, por el temor de que fuese descubierta aquella latente energía, antes de que incontrastables resoluciones la revelasen.

Una tarde que Juanita se había retrasado separando á su padre del lado de doña Cayetana, que prosiguió su camino distraída y como embobada, Fernando se atrevió á pasar junto al paralítico y su hija, y dijo á ésta en voz baja y con acento apasionado y resuelto:

—Hasta luego.

¡Hasta luego! ¿qué quería decir? No lo comprendió, pero hubo de sentirse animada por viva esperanza; para aquellos diabólicos cadetes no había imposibles; tarde ó temprano, Fernando habría de vencer cuantos obstáculos se opusiesen á sus amores. Porque ellos, Juana y Fernando, se amaban ya; esto era cosa que no podía dudarse, por lo menos, de que no dudaba Juanita.

Aquella misma noche, á las diez, Juanita alzó los manteles; habían acabado de cenar. Doña Cayetana tenía el sueño pesado, y dominándola por invencible letargo sus sentidos, no bien llegaba la hora de acostarse, cabeceaba sentada en

un sillón de paja ancho y almohadillado; Mariano, hurafío y descontento de no se sabe qué pesadas bromas que los alumnos les habían jugado á él y á otros candidatos, herederos entonces de las novatadas que en los tiempos en que era colegio de internos la Academia de Artillería hacían los *antiguos* á los *nuevos* había charlado por los codos, manifestando el odio que le inspiraban los alumnos, y disponiéndose para salir, como tenía por costumbre hacerlo todas las noches; y el pobre don Juan, como un niño con su babador al cuello, esperaba que su hija empujase hasta la alcoba el sillón, aquel armatoste de rodajuelas á que se hallaba pegado el viejo como un galápago á su concha.

Juanita era quien le daba de comer, cucharada á cucharada, animándole y reprendiéndole constantemente, ni más ni menos que podría hacerlo con un chiquillo travieso de poco más de cuatro años.

Juanita era quien le vestía y le desnudaba. Todas las noches y todas las mañanas tenía ante sus ojos la muchacha la misérrima anatomía del anciano, la desnudez cetrina, vellosa y fría de aquel cuerpo ya casi petrificado como el de un cadáver. Miraba, impresionada por honda compasión, las piernas flacas, los brazos enjutos

y la torpe mecánica, el trastornado engranaje de aquellos ateridos músculos; miraba unas formas de momia que espantaban, enterneciendo el ánimo de la niña. Había que mudarle de ropa dos veces, tal era la suciedad del enfermo.

Cuidar de aquel escuálido y tratar aquel viejo niño con cierta ternura gozosa y una resignación á toda prueba y riesgo, era penoso; el parálítico se resistía con furia de enfermo demente á toda solicitud y á todo cuidado; su genio regañón y su malévola perversión de loco, solían acarrearle á Juanita malos tratamientos.

Era un dolor ver cómo tenía, en ocasiones, los brazos la muchacha de señales de pellizcos y de arañazos y empujones.

Aquella noche acostó á don Juan; en tanto que Mariano se escurría por la escalera á la calle á pasar la noche en alguno de los cafés de la ciudad, aprovechando el sueño profundo é inquebrantable de su madre, á la cual desnudaba la criada, que muchas veces casi cargando con élla la conducía á la cama, Juanita se retiró á su habitación, á un cuartito contiguo á aquel en que se hallaba la ventanita, gracia y lindeza de la vieja y obscura casa de la Compañía.

No había transcurrido un cuarto de hora; aún Juana, indecisa y pensativa, no se había resuel-

to á acostarse, cuando llegó á sus oídos la señal, resonaron dos golpecillos dados en la ventana. Fernando estaba allí.

El corazón de Juanita saltaba apresuradamente; sentía la pobre muchacha intensos calofríos de terror por todo el cuerpo; no obstante, de un modo maquinal, como si ya lo tuviera pensado desde mucho tiempo antes, cerró con llave la puerta de su cuarto y apagó la luz; se le había ocurrido que cualquiera que apareciese por la ventana dejaría ver su sombra en la pared de la casa de enfrente; además, no se quedaba á obscuras, la luna iluminaba la habitación.

¿Pero cómo había de figurarse Juanita que se pudiera dar un atrevimiento como el de Fernando? Saltó allí, entró por la ventana hablando bajo, con voz ardorosa, confidencial y apasionada. Aquello era demasiado; Juanita estuvo á punto de lanzar un grito; no obstante, se contuvo, y lentamente fué á ocultarse á lo más obscuro del cuarto, llevándose la mano al pecho baqueteado por los irregulares latidos de su corazón.

—Juana, Juana: perdóneme usted, señorita, no había otro medio de que pudiéramos entendernos;—exclamó el joven; su sombra se veía en el suelo del cuarto, y en el plano de luz que producían los pálidos rayos de la luna al penetrar por

la ventana, allí se marcaba la negra y recortada sombra.

Juanita no hubiera temido más que les sorprendiera su madrastra, de lo que temía verse en aquella peligrosa é inesperada situación.

El joven siguió llamándola, y Juana parecía resuelta á no hablar, pero le pareció necesario suplicarle que tuviera á bien salir de allí; le propondría hablar con él, élla en la ventana, y el joven oculto en el quicio de la puerta de enfrente ó en el tablón del andamiaje inmediato. Salió al fin de la obscuridad, y se dirigió al cadete; pero antes de que élla pudiera hablar, el cadete ya había tomado cariñosamente una de las manos de Juanita, y hablaba con tal humildad y tal dulzura, que Juana, sin saber por qué, hubo de quedarse suspensa escuchándole:

—Señorita: yo sé la situación en que usted se halla; sé que no hay más que el peligro conocido de que ocurriese algo al enfermo, y de que la criada que duerme cerca de papá viniera á avisar á usted; pero usted ha cerrado la puerta, y antes de que nadie pueda venir, yo de un salto estoy en el tablón del andamio, y de dos gateadas, en el suelo, y escapo como una lagartija por esos callejones á la plaza de la Catedral, ó por la puerta de San Andrés, al infierno.

Voz resuelta, ánimo varonil, y en esa entonación de energía apasionada; estas eran las mayores seducciones que podían enloquecer á Juanita; aparecía Fernando como élla le esperaba; aparecía brusca, resueltamente, como quien acude con decidida voluntad, con fuerza irresistible á salvar y á defender á la pobre muchacha. El alumno llevaba en sí los encantos de esa audacia de los primeros años que todo lo arrastra, que á todo se atreve.

Por aquella hora, nubarrones oscuros arrastrados por el viento de la sierra se prendían, y desgarrábanse en parte por las dentadas alturas de la cordillera; las vetustas torres dibujaban esbozos sombríos de fantásticos é indecisos contornos; un ruido continuo, leve y cristalino de las aguas del Clamores y del Eresma, embozados por las neblinas, se escuchaba, y latía de tiempo en tiempo, á lo lejos, la argentina campana de un convento de monjas; la romancesca ciudad brindaba con sus viejos conjuntos y sus caprichosos detalles de realidad á la atrevida y medio fantástica aventura de Fernando.

Juana se atrevió á hablar; temía, y el pudor hizo trémula y débil su voz:

—Váyase usted, Fernando.

—¿Que me vaya? ¿Por qué, en último extre-

mo? ¿Porque pueden sorprendernos? Puede que esto fuese mejor para los dos...

Fernando había entrado allí, más que deliberada, instintivamente; había emprendido aquel diabólico proyecto como travesura de chicuelo, tal vez buscando descubrir lo desconocido de una primera entrevista de amor; pero una vez allí, se hallaba transfigurado, sentíase otro, dispuesto á arrostrarlo todo; sentía arrepentimiento de haber profanado el cuarto de una pobre muchacha, pena ó vergüenza de seductor no pervertido, ¿y por qué no decirlo? sensibilizándose, á su pesar, por el bien y la abnegación que embriagan al que se acerca al amor, al verdadero amor. Mas ¡qué importaba si les sorprendían; él tenía un nombre con que responder, un padre noble y honrado que sería el primero en obligarle á reparar el daño; y habló Fernando de su padre, presentándole ante los ojos de Juana, que así creyó verle, como un viejo militar de robusta cabeza encanecida, mirar altivo y dulce, ceño en la frente y sonrisa en los labios, como quien tiene en el pensamiento el celo constante por el honor y generosos sentimientos en un pecho rayado de cicatrices y cubierto de cruces.

Las manos de Fernando tomaron las de Juana, que las tenía heladas y sentían el ardoroso



contacto de las manos del joven; era aquella una conjunción como si una llama hubiera querido animar un mármol, ó se diera una visión de fuego junto á una estatua.

Tal vez aquella empresa acometida por lograr motivo de alardes entre los apicarados y alegres camaradas, seducía al seductor, conquistaba al conquistador y esclavizaba al aventurero. Fernando, al estrechar dulcemente la cintura de Juana, sintió bajo su brazo estremecerse aquel cuerpo de niña por ese medroso temblor de pajarillo en la mano del hombre; hay en lo delicado y en lo tierno una fuerza defensiva, irresistible, la gracia; perfume, color y movimiento, la gracia será como la vida de lo bello.

Había en aquella aventura mucho de travesura; se sentía en aquella escena peligrosa, la imperturbabilidad de los atrevimientos infantiles; Fernando no era el joven gastado de las grandes ciudades; era el mozo alucinado por las seducciones románticas de la guerra, del brillo, del atavío militar, de las viejas y venerables palabras de la antigua vida del corazón humano: la gloria, el amor y el honor; palabras que forman una sola virtud: la fe sincera, inquebrantable y luminosa.

La ceguedad de los sentidos, la nube que pasa por los ojos, acelera el movimiento del corazón y

hace instintivos é irresistibles los desvanecimientos del deseo, se hallaban como resolviéndose en otros encantos; en la ostentación de nobleza heroica de que creía hacer gala Fernando.

¡Oh! por más que la turba de infortunados esclavos del vicio servil de las grandes poblaciones, atrofiada la sensibilidad, lanza su risa de cínico escepticismo, dicho sea con vigoroso sentimiento, la virtud es el primero y el más natural producto de esos elementos del corazón y de la inteligencia.

Juanita lloraba, lloraba por fin; tenía allí, á su lado, un ser acariciador y bueno; se podía considerar feliz; al fin ella se veía amada, ennoblecida; había soñado con aquello que la pobre muchacha no acertaba á comprender bien; ¡ah! pero enmudecía; hubiérase dicho que ya nada más tenía que pedir, nada que solicitar... ¿Para qué? Se hallaba como si aquel momento hubiera de ser eterno.

Todo contribuía á dar verosimilitud á tal alucinación. Las ciudades antiguas obligan á vivir en un aislamiento, en una soledad, que embrutecen á unos y enloquecen á otros; de una parte, la vida monótona, indiferente é inactiva de algunos; de otra, los sueños de muchos. Los jóvenes pueden ir elaborando sus ilusiones y formán-

dolas bajo la impresión de los monumentos que despiertan en el alma sus nobles ideas, quimeras de fuerza imaginativa, como los viejos sellan en las cárdenas piedras, exaltados, sus recuerdos; de aquí esa sencillez, ese entusiasmo de los que habitan en ciudades de provincia, pobres, pero ataviadas por monumentales arquitecturas. Tales ciudades son libros que se ven siempre ante los ojos, y se halla uno á merced de sus relieves, como se puede vivir bajo las elucubraciones ó influjo de lo que constantemente se lee.

De aquí, sin duda, que aquella primera entrevista tuviera eso tan inverosímil aunque real, tan extraordinario, á pesar de verse repetido siempre el candor de los amantes jóvenes.

Juana no supo hablar.

Él se sintió como inspirado; era extraño; su voz tomaba esos tonos de enternecimiento con que algunas veces, y sin proponérselo, hablamos á nuestra madre; y sus ideas salían todas tan desordenadas, tan vagas, y con el mismo encanto de la neblina que se tendía ondulante por las alturas de la sierra ó yacía prolongada por el río, eran sus pensamientos como las frases que creemos formular en sueños; nos seducirán, nos convencerán, y no acertaremos á recordarlas, ó no sabremos descifrarlas después.

—¡Pobre niña mía!

Causaba su entusiasmo y su arrobamiento, ver á la indecisa claridad el suavísimo y delineado oval de aquel rostro, sentirse gozoso bajo la dulce mirada de aquella niña. Eran aquéllos unos ojos inocentes y asombrados, brillantes y bellos... Sí; hubiera sido brutal acometer á aquella pobre niña tan sólo con pensar en algo que alarmara su confianza. Tal vez esto para Fernando hubiera sido tan vil como responder al lamento de una mendiga con una propuesta de seducción.

Juanita demandaba amparo, le demandaba con ciega confianza, cual si le fueran evidentes las preciosas cualidades de un noble corazón.

—No habrá,—pensaba después Fernando,—quien, viéndose elevar en opinión muy alta, goce en burlarse y desengañar á su adorador.

Parecía que se habían visto y hablado siempre; ni uno ni otro pudieron apercibirse de ello; se trataban con una confianza íntima, se tuteaban sin saberlo... y hubo un momento en que él se trocó en tímido, y élla cobró ánimo y habló con ardimiento y con resolución.

Llorando contó al joven todo cuanto élla sufría, todo cuanto había sufrido y cuanto tenía que sufrir, y llorando demandó de su amante protección y defensa pronta; lo demandó,

como habla el verdadero doliente que se cree mortificado por esa aberración del destino que se llama injusticia.

—Sí; no me engaña usted. Me parecería una infamia que á mí, que tanto padezco... Pero no lo creo, no me engañas.

Puso en esta aseveración toda su energía, aquella latente fuerza de esperanza que le había hecho mirar con encanto al joven.

Después hablaron, hablaron como por hablar, como por oirse, más que por entenderse, cual si quisiese el uno escuchar la voz del otro, ó bien movidos ambos por esa confianza inconsciente que inspiran los extremados momentos de placer: pensaran en alta voz.

Fueron mutuas las confianzas; nada, ni miedos, prodigalidades de confianza que se hacían obsequiosamente, una delicia de cosas sucediéndose sin orden y todas revestidas de un maravilloso colorido; se hubiera dicho que tomaba el diálogo vulgar, merced á aquel ambiente de amor, proporciones de lenguaje poético, cual los sonidos en ciertos medios se producen más llenos, más vibrantes y hasta más armónicos.

—¿No sabes, Juana, la nueva aventura de Poveda?

Y la refería con un colorido muy vivo, y en tono de fiesta, una de las travesuras del alegre camarada, célebre entre entre todos por sus diabólicas empresas; pocos días antes se propuso asistir á un baile en Valladolid, se hizo una gata-da, y la sustitución de él en lista por otro que contestaría al nombre de Poveda. Pero la aventura del viaje había tenido sus contratiempos; en el mismo tren que Poveda escapaba iba un *proto*; Poveda sé refugió en la máquina, y pasó ennegrecido y raído ante el profesor en una de las estaciones de parada.

Manquells, éste era el profesor, supo que iba un prófugo en el mismo tren en que él iba, y Poveda pasó ante el *proto*, se acercó á él y le pidió en francés lumbre para encender su cigarro.

Esto encantaba á Fernando y deleitaba sobremanera á Juana. Cuando el lenguaje perdía este carácter, se pronunciaban desesperadamente las súplicas, no bien definidas pero expresivas, que Juanita dirigía á su amante, y las protestas entusiastas de Fernando.

—¡Oh! no me abandone usted nunca; mi padre... no existe, como si no existiera; cuidarle y amarle, no separarme jamás de su lado era mi ilusión.

¿Pero cómo tener valor para vivir allí siempre

al lado de la cruelísima doña Cayetana y del malvado Mariano?

Sí, no hay duda; á los que sufren verdaderamente, llévalos la suerte del extremo de la desesperación al extremo de las ilusorias esperanzas, y así habló Juana sencilla y francamente diciendo:

—De usted, de usted lo espero todo.

—¿Todo?

—Todo.

Si era necesario aguardar y sufrir, aguardaría y sufriría más, resignada, llena de fuerza para resistir, y sintiendo en sí misma el vigor que presta una fe absoluta y ciega...

—Y si es necesario resolverse en un momento por el más extraño medio; por ejemplo... huir los dos.

—Huiría; yo lo juro por la memoria de mi madre.

—Pues bien, pobre niña mía; yo te juro, yo te juro, *por la memoria* de la mía, que jamás, jamás te abandonaré...

Ocurrió entonces, que Juana se sintió sofocada, estrechada por los robustos brazos de su amante, y que sus labios se entreabrieron á la fuerte opresión y al quemante contacto de unos labios encendidos...

—¡Ah!—exclamó con un grito de involuntaria y espontánea alegría Juana, sintiendo un gozo inesperado y para élla desconocido; y se apartó bruscamente, llorosa, no se sabe si de contento sólo, si de rubor ó de gozo, y de pudorosa emoción al propio tiempo.

Realmente, para quien pasa y recuerda la vida de Juana, ha sido su existencia algo ideal; Juana la hallaba fantástica, tomaba los tormentos sufridos como horrendos martirios; aquella, su primera escena de amor, como un sueño de felicidad y como un bien y una dicha más fantásticos que verdaderos.

Vió desaparecer á su amante, le sintió después hablar quedamente en la calle, murmurando un «adiós» amoroso y lleno de sigilo como si hubiera sido un soplo del viento al pasar rozando por los negros muros; luego, allá en el extremo de la calle, sonaron las bandurrias de la parranda.

Fernando se había reunido á sus amigos.

En esto resonaron formidables los golpes metálicos del reloj de la Catedral; daban solemnemente de un modo acompasado y vibrante la hora de las doce.

No son, en verdad, indelebles las impresiones, por vivamente que lleguen al ánimo; unas á otras se destruyen, y el tiempo las borra y con-



funde. Juana se creía transportada á otra vida bien opuesta á la que hasta entonces había llevado; aquella noche serena, aquel cielo lleno de estrellas la embelesaban.

Pasaban para élla las quiméricas ilusiones de un primer amor.

Las nubes parecían poner en acción los sueños de Juanita; velada en un punto la luna por masas densas, difundía una claridad difusa y suave, y por todas partes se daban cambiantes rapidísimos, iniciados y concluidos por un movimiento cuasi imperceptible á la vista.

Se diría que aparecían ante los ojos de Juanita aspectos de regiones desconocidas; agrupamientos de algo como edificios; conglomerados de rocas, ápices de montañas, dibujo de árboles altísimos; confusión de aspectos extraños que iban cual si correspondiesen á las ideas de viajes por nuevos mundos de belleza y de esperanza.

Así como aquel cielo era la mente de la niña; se daban en su imaginación informes contornos, delineaciones inseguras, borrosas nociones de las realidades y de los engaños de la existencia; también semejanzas más ó menos caprichosas con cosas y pensamientos tan prendidos y relacionados á la realidad como difuminados por la ilusión.

De pronto surgió un anublamiento en su alma; sintió que alguien le oprimía el corazón; fué además aquello con un frío que estuvo como á punto de paralizarla, y le dieron ganas de llorar, y lanzó suspiros hondos y apresurados como los que produce la agitación de la fatiga.

—¡Pero no, Dios mío,—exclamó en alta voz, —eso sería un crimen!

Esto dijo; mejor dicho, esto se dijo, cual si realmente hablara con el Dios á quien invocaba; había temido que todo el bien, que todo el consuelo que hubo de recibir aquella noche, fuera no más que un engaño, y que Fernando, aquel joven tan idealizador, tan noble, tan enamorado, la hubiera engañado.

¡Oh! no; lo había jurado por la memoria de su madre.

## IV.

—¡Ah! Por Dios y mi alma que si te pillase en algo que pudiera deshonorarnos, te mataba, condenada; te mataba, rompía sobre tus costillas el bastón de tu padre.

Esto lo repetía mil y mil veces doña Cayetana, tuviera ó no motivo para sacar á colación semejante apóstrofe; sin duda que el amor era cosa tal, ó sea tan parecida á la rabia, según lo que afectaba temer doña Cayetana que su hijastra lo sintiera y tal vez la considerase como predispuesta á dicha locura, y tomaba contra Juana precauciones y aislamientos propios de lazareto defendiendo á un pueblo contra una enfermedad pestilente y contagiosa.

Y es que para la madrastra había en Juanita algo como predestinación, ó se cumpliría alguna ley de herencia no ocultando á las gentes doña Cayetana, que la madre de Juanita no había sido

tan rígida ni tan escrupulosa como fuera de esperar.

Y nada más decía con las palabras, pero cargaba de malignidad su entrecejo, reían con hipócrita malicia sus labios, y hacía de su cara propia máscara de la calumnia, pues más difamaba con sus gestos y más intención ponía en ellos, que hubiera podido decir con sus frases.

El padre, el mismo padre de Juana, parecía sentir contra ésta no sabemos qué maniático recelo ó qué fiera desconfianza; sin duda, imbuído por la madrastra, no hacía sino hablar del caso en que Juanita «olvidase lo que á ella se debía ó manchase el nombre que llevaba,» y así de tantas otras cosas que no podían enojar á la chica, toda vez que apenas hubiera élla acertado á desentrañar el sentido de ellas.

La mortificaba oirlas, pero no acertaba á comprenderlas sino de un modo tan vago que era difícil, si no imposible, contrastarlo en expresiones claras; eran algo que élla no había oído jamás, envolviendo, sin duda, ultrajes de otro orden, insultos, siempre insultos y siempre ultrajes.

El padre se lo repetía mil veces también, convulso de ira, revolviendo sus ojos mortecinos, y con su voz temblona y cascada, golpeando furiosamente con la contera del bastón en el suelo y

tomando como estribillo una amenaza que amedrentaba á Juanita.

—Te arrojo de casa. ¡Ay de tí, si te me tuerces por el camino derecho!

Mariano, el brutal Mariano, aquel mozalvete envidioso y cruel, ponía de su parte cuanto le era posible en este punto; también daba sus reticencias amenazadoras, en ocasiones más soeces que las palabras de su madre.

Temían todos algo; el mal que ella pudiera hacer; un delito grave que deshonorase á la familia, y sin duda algún delito de ejecución fácil y casi inevitable, según era de extremoso el recelo de todos y las sospechas con que la asediaban. Élla presentía que se trataba de sus amores, y que tal vez comprendieran que éstos habían de ofrecerla un medio de libertarse de la esclavitud en que gemía.

Juanita se veía hermosa. No había que dudarlo, estaba hermosa; á su constante expresión de angustia se sucedían algunos momentos durante los cuales su rostro se animaba, brillaban sus ojos y se alegraba su rostro; tuvo desde entonces un lenguaje humildísimo, una resignación y un apacible carácter; sufría gustosa, desafiaba con entusiasmo los fieros sobresaltos del genio irascible y caprichoso de su madrastra, la cual solía

irritarse tanto más, cuanto que hallaba más terrible aún que la huraña resistencia, aquella conformidad sin duda aparente, y aquella suavidad fingida de Juanita.

—Tú has cambiado,—repetía dirigiéndose á su entenada,—y no me fío; algo malo fraguas con esa carita de santa, que no es la tuya, y esa voz meliflua que jamás tuviste.

En tanto, Juanita hubo de considerarse feliz; fingieron élla y Fernando á maravilla; doña Cayetana se gozaba en ello, pensando que la muchacha había sido burlada en sus ilusiones, y de vez en cuando, y por modo indirecto, hacía mofa por el chasco que suponía élla que Juana había recibido.

Por lo demás, Juana y Fernando se entendían á maravilla; *Celipe* era el Fígaro de aquellos amores; iba, venía, se las ingeniaba hábilmente, sirviéndoles con astucia de pillete del arroyo.

Juana, con su letra desigual y tortuosa, contestaba á las románticas cartas de su enamorado con cartas llenas de fe, de ingenuidad y de promesas de abnegación; á veces, los sufrimientos la impacientaban, y escribía sobrecitada proponiendo locos proyectos; otras, calmada, llena de sensatez y haciendo alardes de formali-

dad, prometiendo esperar y aconsejando á su vez la mayor prudencia.

En cuanto á las cartas de él, no habrá que decir sino que eran aún más desiguales; cartas frívolas ó de muy extraños términos vulgares, más ardientes que apasionadas; escritos hechos después de la fatiga de los placeres de su libre vida de estudiante-soldado. Sin duda que una mujer de mundo hubiera dado poco ó ningún valor á las cartas de Fernando.

No había vuelto éste á subir al cuarto de Juana.

El andamiaje pegado á la casa inmediata á la de la Compañía se había corrido de modo que era imposible pasar á ésta por los tablones de aquél; pero los amantes se veían, se veían diariamente, sin que nadie hasta entonces, y ni quizás en mucho tiempo, pudiera descubrirlo; habían sido amparados por la fortuna.

Si era imposible saltar de la casa que estaba en obra á la casa de la Compañía por los tablones, en cambio Fernando había hecho un magnífico descubrimiento; el desván de la una y el de la otra se comunicarían fácilmente; era cosa sencilla abrir en la pared un agujero y ocultarle; tan realizable fué esto, cuanto que sin duda las dos casas habían sido una sola en otro tiempo, y

las dividían en dos tabiques endebles, fáciles de derribar á un solo golpe.

En el desván, solana ó secadero, de una casa y de otra, la división se había hecho con más solidez, sin duda por evitar la promiscuidad de vida de unos vecinos con otros; esta doble pared de las solanas ó secaderos era un bien para Fernando y para Juana; haría pensar al más receloso, que la separación entre uno y otro edificio era inquebrantable.

Juana subía á colgar la ropa lavada y á planchar al desvanillo; Fernando había comprado á una pobre vieja que vivía en el desván vecino, y algunas veces por el día, y casi todas las noches, los jóvenes se veían y se acariciaban por aquella comunicación, para ocultar la cual bastaba correr una esterilla del montón de esteras viejas que había en aquella parte del desván.

Fernando, además, había hecho una cosa diabólica; fué imposible averiguar cómo pudo arreglárselas para ello, pero lo cierto fué que Juana halló colocado junto al boquete un aparato telefónico en comunicación con el que había en el piso principal de la casa inmediata á la casa de la Compañía.

No había ni en uno ni en otro nada que pudiera revelar circunstancias extrañas, caracteres



singulares de una de esas profundas pasiones que exageran sus deseos y acentúan todos los actos de la vida; se hablaban, se amaban como jugando, y hasta olvidaban, élla, sus grandes esperanzas de libertad, y él, sus caballerescas promesas; aquello de verse y hablarse diariamente les fué dejando entregados á la complacencia y al abandono de esos deleites inocentes de un trato amoroso que se detiene en la estimación y el temor.

Algunas veces Juana aparecía llorosa, y tornaba á quejarse amargamente de sus desdichas, y él la consolaba con frases de exagerada entonación y promesas quiméricas.

—Juana: he pensado,—le decía,—en que somos unos tontos; podríamos estar juntos, ¿qué importa agrandar este boquete de la pared?

Sí, cierto; tomarían sus precauciones para no creerse sorprendidos; Juana no se amedrentó ante tal proposición; antes bien fué la que con más entusiasmo y ahinco hubo de acogerse á semejante idea, sin ver peligros ni recelar males.

Pero Fernando se detenía y vacilaba; en él, que hubo de ser quien propusiera tal travesura, se daba el temor de cometerla; le avergonzaban sus atrevidos deseos, temía atravesar la marca que le separaba de las afrentosas perfidias y de las inno-

bles ideas; era para él muy enorgullecedora á aquella confianza que en su hidalguía había depositado la desdichada Juanita.

—No; esta muchacha es muy desgraciada; además, me vería atado para toda la vida, y quién sabe si metido en un mal negocio.

Fernando juraba con sinceridad; él mismo caía en el engaño, pero á veces se estremecía al pensar que sus decisiones, sus palabras de entusiasmo, sus insistentes y atrevidas promesas, la fantástica personalidad que había tomado ante Juanita, se desvanecían y resultaban falsas, no bien se apartaba del boquetillo abierto para locutorio de amor en las paredes del desván.

Además, á Fernando le enamoraba realmente la belleza de Juana, y le movía á profunda compasión la desventurada existencia de aquella niña que en él había fijado el pensamiento, y de él lo esperaba todo.

A los pocos días hicieron los amantes un nuevo y para su dicha más feliz descubrimiento; el patio de la casa vecina comunicaba con la panera de la casa de la Compañía. La panera se hallaba cerrada, pero en ella guardaba el canónigo señor Viejeras-Croyo multitud de trastos viejos, y había permitido á la madrastra de Juanita que guardase élla á su vez lo que quisiera, desechos

de muebles, leña y algunos cachivaches inservibles. Doña Cayetana había convertido aquella larga y espaciosa habitación en despensa.

Pues bien; una destartalada ventana de la panera daba al corral de la casa inmediata; nada más fácil que pasar por la referida ventana á la panera.

Bajar á la panera resultaba siempre para Juana un placer incomparable; se descendía del piso segundo por una estrecha escalerilla que daba á un corralón, al gallinero, á las cuadras y al esqui-leo, y por último, á la panera.

En la panera ya no se guardaba trigo hacía muchos años. Había quedado convertido en almacén de antigüedades, en museo arqueológico de la familia del señor canónigo.

Había allí muebles viejos; arcones cojos y descerrajados; estantes con multitud de libros, de cubierta de pergamino los más, algunos en rústica y otros en pasta; sillas desfundadas; armas emmohecidas; grandes cuadros de lienzo ya sucios y borrosos; allí una araña de cristal, de cuyos prismas y lágrimas se habían apoderado los sobrinos del canónigo hasta dejarla en un puro esqueleto; en fin, multitud de baratijas y vejeces, cachivaches y trastos; aquello era como una gruta de fósiles, un depósito de restos de un período de que

apenas queda memoria; era, en fin, la casa de los antepasados; y como esos bosques carboníferos subterráneos que descubre el geólogo, se hallaba bajo la casa de los descendientes, como ésta á su vez habría de quedar después bajo otra, siguiéndose así en continuas superposiciones y hundimientos.

La panera, además, había tenido para Juanita otro atractivo; parecíale tan maravillosa como el salón de misterios ó la caverna fantástica de algún lugar encantado; contaba con sus monstruos, negruzcas, panzudas y horribles arañas, sucias cucarachas y terribles ratas, pero también preciosos escondrijos donde hallaba la niña lindos grabados, y el arcón donde había élla visto magníficos casacones y otras antiguallas de algún valor, y á las cuales maldito el que les prestaba el señor Viejeras-Croyo, y allí les tenía en desprecio y abandono.

—En la panera, sí; en la panera podremos vernos y hablarnos muy de tarde en tarde; nadie habrá de sorprendernos. Mi madrastra se acuesta pronto y se duerme como un leño, dejándome el encargo de sacar todo lo necesario para el día siguiente, y el armario de los garbanzos está en un cuartito de la panera; una vez que papá se haya dormido... bajaré,—decía Juanita, loca de conten-

ta; élla nada temía... porque estaba segura de que allí no les habían de sorprender.

—Además,—dijo Fernando,—el único que pudiera sorprendernos es Mariano, y este está de nuestra parte.

Algo costó al joven convencer á Juanita acerca del caso; Mariano, según élla, era muy artero y la odiaba; pero Fernando le aseguró que, como aspirante á candidato, tendría buena cuenta en no indisponerse tan seriamente con alumno antiguo. Fernando y Juana eran dos niños, obraban como tales, y en todas sus determinaciones y sentimientos se veía cuán reducido era el círculo donde se determinaban sus ideas.

El mayor gusto de ambos era verse á solas y acariciarse; Fernando, sin embargo, temía este encuentro, le consideraba peligroso; sentía ese miedo que unas veces enerva, otras excita los deseos; miedo de hombre á quien asusta lo propio que desea con gran vehemencia realizar.

La noche señalada para la entrevista en la panera, Juanita, impaciente, aguardó á que su madrastra se acostase; fué luego á acostar á su padre. Era sábado, y al día siguiente debía de mudar la ropa blanca de la casa, y con este pretexto, Juanita podría acostarse tarde; además, había que recoger algunas cosas de la panera.

Juanita bajó, y con mano temblorosa introdujo la llave en la oxidada cerradura de la panera, rechinó, y empujando la niña la puerta, entró en la espaciosa y vieja sala.

Ante la puerta había un biombo de lienzo jalbegado y extendido en los quebrados planos de sus articulaciones. Frente á este biombo se hallaba el arcón grande del señor canónigo.

Sentado sobre este viejo arcón se hallaba Fernando, pálido y agitado por la impaciencia.

—Ocultaré la luz aquí, tras del biombo,—dijo Juanita en voz baja.

Fernando nada contestó; realmente seguían amedrentándole las consecuencias morales de aquella peligrosa aventura; la inocencia, tal vez más aparente que verdadera de Juanita, le intimidaba.

Por otra parte, ¿hay, se decía, algo que pueda más en el corazón de un hombre que estos momentos en los cuales todo se arriesga por lograr una dicha? ¿Cabe mayor fortuna que las que se le pueden ofrecer á un joven que se halle en las circunstancias en que Fernando se encontraba? No obstante, sin saber por qué, además de intimidarle la inocencia de Juanita, se le imponía de tal modo, quizá por la fantasía caballeresca y la ingenuidad propias de un soñador, y más pro-

pias de lo que se piensa, en un joven adolescente á quien no han pervertido el alma las miserias mundanas.

Juana y Fernando, sin proponérselo, entregándose á una sencilla alegría, tomaron á juego aquella aventura, en la cual tantos y tan graves peligros se daban. Los jóvenes desconocían en absoluto la gravedad del caso.

—¡Ah! tú no sabes qué curiosidad tenía de bajar aquí,—dijo Juana en voz baja y acercándose á Fernando.

—Este es un lugar muy ameno, en verdad,—replicó el joven, y miró y remiró por todos los rincones de la vieja panera.

—Vamos primero al arcón grande; á ese en que tú estabas sentado.

—Vamos donde gustes.

—No tenemos llave; pero yo sé abrirle, ya le he abierto otras veces.

Cuán traviesa, cuán atrevida y alegre se mostraba la muchachita ante la idea de satisfacer su curiosidad infantil, revolviendo aquellos trastos viejos, y rebuscando en aquellos misteriosos escondrijos, siempre con la esperanza de un hallazgo sorprendente.

Abrieron el arcón; alzaron, por fin, su pesada tapa, y de seguida, Juanita comenzó á

sacar de aquel carcomido depósito multitud de cosas.

Fernando la miraba embelesado y sintiendo todo el empuje tumultuoso y la inquieta excitación que le producía la belleza de aquella pobre muchacha.

Sí, pobre; una pobre víctima; más desdichada que si realmente fuera huérfana de padre. ¿Tenía Fernando propósito serio de ampararla y de amarla? No; él no había pensado semejante cosa; ni siquiera podría ocurrírsele como propia y natural dicha preocupación.

Fernando tomaba el galanteo aquel como había tomado otros; como tomaban los amores todos los estudiantes y los mozos en general: como un juego admitido y tolerado, y hasta celebrado en jóvenes de su edad.

Compadecía á Juana, y tal vez sentía hacia ella algún cariño mayor que los atrevidos deseos eróticos... pero de nada de esto tendría conciencia, y ni por semejante cosa era fácil que la formase.

En tanto, Juanita jugueteaba loca de contento. Se había puesto un lindo corpiño de velludo granate, orlado de encajes de Bruselas, color de ámbar, con bordados de cordoncillo de oro, y quiso obligar á Fernando á que se pu-



siera una chupa de seda con cenefas de flores seda y oro.

En seguida halló un peluquín. ¡Oh, qué alegría! Cuánto hubo de gozar al encasquetárselo en la cabeza de Fernando.

Luego encontró otras prendas, y todas se las fué aplicando, cometiendo sin duda grandes anacronismos de indumentaria.

Juanita no cesaba de reír. Veíala Fernando sonrojada y gozosa, revolver con sus lindas manos aquellas preciosas vejeces, doblado el cuerpo sobre el arcón y mostrando al joven el curvo pecho apretado por el corpiño de alguna tatarabuela de la familia del señor Viejera-Crollo.

Sus dos sombras prolongadas se dibujaban sobre el biombo.

—Qué majitos eran nuestros antepasados,— dijo Juanita.

Estaba contenta como nunca, riendo y haciendo locuras.

Hubo de quedarse un instante mirando muy fijamente á su amado, que al fin se había puesto un casacón antiguo; Juanita, al ver á Fernando de aquel modo, lanzó una alegre carcajada.

—Me pareces,— le dijo,— todo un señor mayor...

—Y tú eres madame de Pompadour... estás deliciosa.

—Podemos cantar la *Atala* al compás de un *minué*.

—Y así estamos profanando estas reliquias de la magnificencia y de la gravedad de nuestros antepasados.

En esto Fernando, que á su vez se había puesto á revolver en el arcón y á buscar afanoso, dió con un atijo de cintas.

—¿Qué es ello?—preguntó Juanita.

—Un paquete de papeles y de pergaminos.

—Desátalo.

—Esto ya no podemos hacerlo, querida mía; ya no sería una travesura, sería... una picardía, una...

Pero Juanita no le dejó concluir, y apoderándose del atijo lo desenvolvió, poniéndose á leer con la mayor frescura parte del envoltorio.

—Son cartas; mira,—y leyó:

«Cartas que mi señor padre don Manuel Margero me escribió reprendiendo mis disipaciones y travesuras de estudiante. 1806.»

—Hombre; eso tendría gracia. Según parece, era un picaruelo el escolar, — dijo Fernando, y muy interesado ya por lo curioso del hallazgo.

Era una carta que el tal don Miguel escribía á

su hijo don Antonio, cursante en la Universidad de Salamanca, allá por los tiempos del rey que rabió; había una cruz, por bajo decía lo que Fernando y Juana leyeron:

«En gracia de Dios te halle ésta que te dirijo, para ver de encaminar á buena senda tu ánimo; y para que ello se cumpla con mayor presteza y atinado fin, bueno es que atiendas á los consejos doctos del reverendo Fr. Simón de la Merced. No andes por las noches en las parrandas, ni, como se me ha dicho que haces, con el trato de mozos y de mozas de alegre vivir, que no es honroso en un mancebo hidalgo, buscar diversiones por perversos caminos, recreaciones más propias de la villanería que de la gente principal, entre la cual, por favor del cielo, puedes contarte.

»Muy apenado estoy (aquí había un roto)...  
...fuera bueno...

»Sobrado para tus gastos; ¡qué manera, tienes de cumplir tu propósito de volver con la media onza de oro que hube de darte para tus gastos al principio del año primero de tus estudios!»

—¡Já, já, já! Puede que el pobrecillo llevara ya diez años en Salamanca, — exclamó Fernando, — volviendo al cabo de cada año con su media onza sin haber gastado un maravedí...

—Sigue la carta,—añadió.—Cállate, que llega lo más interesante de la epístola.

Mas Juana no pudo continuar; Fernando había ceñido con su brazo la cintura de la joven y acercaba á la cara de ésta su cara, abrasándole las mejillas con su aliento cálido...

—¡Quita!...—murmuró dulcemente la pobre muchacha.

—¡Oh! Juana, te amo... te amo...—Exclamó Fernando, besándola ya, ciego por el frenesí amoroso.

Las sombras que ellos proyectaban también se juntaron en el biombo; las dos sombras se acariciaban, doblándose una al lado hacia el que la otra se inclinaba; se besaban también, se fundían una en otra...

—¡Oh! no, por Dios, Fernando... respétame... ten piedad de mí. .

Fernando murmuraba á los oídos de su amada dulcísimas palabras, palabras enloquecedoras que embriagaban su alma y desvanecían su juicio.

—¡Oh! por Dios, compadéceme... Fernando mío...

—Yo te amo, yo te amo; te amaré toda la vida; yo te lo juro...

Juana comprendió que en aquel momento se hallaba al borde de un peligro terrible, peligro

hacia el cual arrastra una impulsión tan violenta y aun más irresistible y engañadora que el vértigo de las alturas.

Y resistió, resistió. ¿De dónde pudo élla sacar la elocuencia para detener al frenético mozo? ¿Qué ideas de honor, qué censuras contra el abuso de confianza, qué lamentos por su desgracia supo producir, y qué fuerza de resistencia opuso, que el mismo Fernando, dispuesto ya á la fuga, se dijo:—En efecto, sería villano mi proceder... ¡No me habría de casar con élla!...

—Te amo tanto,—añadió... como para disculparse.

Quedóse en esto Juanita absorta y suspensa. En su tersa frente se mostró el pliegue del entrecejo que marca de ordinario la fijeza de una preocupación en la mente. Su entendimiento cayó en juiciosas reflexiones, reaccionando en su ánimo el miedo, el miedo que hasta aquel momento había combatido la presencia de Fernando.

Al miedo debía la fuerza con que le era dado resistir á las sollicitaciones amorosas del joven y á los violentos impulsos que ella sentía como un fuego que le abrasaba el pecho. Por este miedo supersticioso, muy vaga idea de la fatalidad del destino á que se creía condenada, así como por la impaciencia y la mortificación que á Fernando

le produjo el pensativo silencio de Juana, llegaron ambos á explicaciones más ó menos apasionadas. Fué aquello el juego de dos fantasías exaltadas, una por los terrores del recuerdo de existencia dolorosa, y otra por las presunciones y perturbaciones á que daban vida las risueñas esperanzas de la juventud.

—Tengo miedo, Fernando,—dijo Juana, y fijó sus grandes ojos en los del joven.—Yo no he nacido más que para sufrir, y creo que un desencanto más me mataría.

Pocas, muy pocas personas conocían á Juana y á su familia en la ciudad. Doña Cayetana, á pesar suyo, tenía que vivir una vida de retraimiento; los recursos con que contaban eran escasos, y la situación de todos resultaba aún más aflictiva por los excesivos gastos que producía la carrera que la madrastra intentaba dar á su hijo; no obstante el retraimiento de la familia de don Juan Valentin Rodero, Juana temblaba ante la idea de que las noticias de sus amoríos, de la carta entregada por Ciprianejo el pelaire, y de las entrevistas que Juana y Fernando se habían arreglado, corriesen de boca en boca y por toda la población, desde el tenderucho del tío Frutos á los tres ó cuatro talleres de modistas, y por los corrillos de la plaza, por las tertulias, por los lo-

cutorios de monjas, los patios de la Academia y hasta los claustros de la Catedral: las noticias corrían por la ciudad como chispa por un reguero de pólvora. Juana temía llegar á ser una de tantas engañadas, de las cuales, según decían los alumnos en su lenguaje de chungu, se formaban las cursantes del «cálculo de probabilidades al matrimonio,» y todas *trompeaban*. Trompear es en el habla de los cadetes, perder el examen semestral.

¡Ah! pero la pobre Juana no podía ocultarlo; élla de todas maneras se consideraba perdida irremediablemente, si no por la maledicencia pública, por el odio fiero que la profesaban Mariano y doña Cayetana.

Hasta entonces sólo había pensado en huir de allí; escaparse á Madrid ó á cualquier parte, ponerse á servir... Era preferible esto que no mirarse condenada al tormento en que élla gemía. Querían hacerla pasar por una señorita, cuando ella, al fin y al cabo, había sido ni más ni menos que una sirvienta; eso, una sirvienta. Tan sólo el religioso temor que le inspiraba la desgracia de su padre... la había detenido en el intento de fugarse de la casa.

Juana, llorosa, y abandonándose dulcemente á los consuelos que Fernando la prodigaba, sintió

que besaban sus mejillas, que ceñía un brazo robusto su cintura, y sólo protestó con una mirada de súplica.

¡Ah, Dios mío! Ese Dios que mira durante la noche á través de los astros, hasta lo más recóndito de las almas, y para cada una parece que ha puesto una estrella en el cielo; ese Dios justiciero y santo que al fin se rebela poderoso contra la maldad, ¿no vió ese Dios la infantil vanidad de Fernando, que en medio de sus febriles deseos tuvo á gala ser caballeroso y honrado? ¿No vió cómo Juana, angustiada, suplicó á su amante que respetara la triste situación en que élla se veía?

¿Qué pasó entre ellos, fuera de un hablar apasionado, de una vehemente lucha y de un verdadero cariño santo y puro como el que han de sentir los ángeles?

Porque no bien ella hubo despedido á Fernando, él salió de allí casi con las lágrimas en los ojos, compadecido de aquella pobre muchacha, y avergonzado quizá de los maliciosos propósitos que tal vez hubiera abrigado desde un principio.

¿Por qué aquella terrible escena que luego se siguió? Un sueño horrible, una espantosa pesadilla. Tiempo después, los personajes, los aspectos de las cosas, la hora, la luz y las sombras,



todo resultó confuso y monstruosamente mezclado en la memoria de Juana. Apareció feroz y espantosa doña Cayetana, como uno de esos horrendos monstruos de los cuentos de Ogros y Hadas que guardan las puertas de los palacios encantados; apareció vociferando asquerosos insultos; seguía riéndose maliciosamente Mariano. ¡Qué cara aquella tan horrible! Nunca, nunca se le borró de la memoria á Juana; en su alma quedó impresa, y reavivando el odio profundo que hacia aquel malvado sentía Juanita.

Entonces, entonces verdaderamente surgió en Juana el odio que jamás había de extinguirse en su alma.

Todo pasó así, como en la realidad suelen ocurrir las cosas, dejando por lo inesperado y rápido de los sucesos, inexplicables y misteriosos, no sólo las circunstancias que los motivan, sino hasta los accidentes que los modifican ó completan. Juana había sido horriblemente calumniada... se supuso. ¿Cómo decirlo? se supuso que había sido deshonrada por su amante, y el pobre don Juan Valentín, en medio de su incertidumbre de imbécil, bramaba lleno de ira maldiciendo á su hija...

Al día siguiente Juanita debía de salir de Se-

govia; esta fué la resolución; iría á Madrid á servir de camarera en una casa.

Juana no tuvo nada en cuenta, ni aun á su amante; aquel mismo día se arriesgó á olvidarle para siempre; élla era así, amaba más que nada su libertad, y comprendió, tal vez lo había comprendido desde un principio, que sus amores no eran sino un jugueteo.

Y, sobre todo, que dejaba la ilusión de aquellos amores por una nueva infamia.

Juanita supo que á Fernando se le había hecho creer que élla y las gentes de su familia habían preparado, para prenderle en grave compromiso, una maquinación indigna, de la cual, felizmente para él, se había podido escapar; pero aquello había sido una comedia, una ratonera, una trama conocida también por la muchacha... Esto le repugnó al fin. No se deseaba otra cosa; era un medio de resistencia, por si acaso Fernando sentía *algo serio* hacia la pobre niña.

El padre de Juana estuvo á punto de morir de disgusto; se dirigió á su hija ceñudo y con los ojos coléricos, diciéndola:

—Quita; quítate de ahí; eres una grandísima...

La tos violenta que se siguió á aquel desgarrador insulto interrumpió el apóstrofe. El viejo lan-

zó fieras miradas á su hija, pugnando por pegarla con el palo.

Se dijo por Mariano que habían sorprendido á la hermana *en brazos de un cadete*; tales fueron las brutales frases calumniosas, que confirmó por su parte doña Cayetana.

El único que no prestó crédito á ellas, y sí á la sinceridad de las protestas de la joven, fué el canónigo Viejeras-Crollo. El padre, don Juan, la arrojaba fuera de sí; decidió mandarla á servir como criada; no hubo medio de convencer al viejo.

Viejeras-Crollo dijo á Juanita:

—¡Quizá sea esto mejor, hija mía. Yo te recomendaré á unos buenos y santos señores.

Fernando no creyó á Juanita, ó no quiso acudir á su defensa. Juana le llamó, y al ver que no la atendía, confirmó en su corazón el firme propósito de olvidar para siempre al que le había hecho soñar en las más risueñas esperanzas.

Y así, calumniada por todo el mundo, lloraba; herida y en el más espantoso abatimiento moral salió de Segovia Juanita, y al día siguiente se hallaba en Madrid en la casa de los señores para quienes llevaba una carta de recomendación.

## V.

Los señores de Saltierra ocupaban el piso principal de una gran casa, cuyo exterior, decorado al gusto moderno, ofrecía á la vista un aspecto agradable.

Era una de las casas más elegantes de aquella calle y aun de todas las casas del barrio. Tenía espacioso portal, con pavimento ajedrezado de mármol blanco y rojo, caprichosa caseta gótica para el portero, dos grandes lobos de piedra á los lados de la escalinata y de la compuerta de cristales, y en el fondo se veía la anchurosa escalera cubierta con listón de alfombra prendido á los extremos por barretillas doradas; asientos para descanso en los repisos y bonitas farolas de bombas-tulipanes para los mecheros del gas.

En el piso principal había una magnífica puerta de roble tallado y botón de timbre eléctrico por llamador.

Ante aquella puerta se hallaba Juanita, sobre-

cogida de respeto y asombrada por todo lo que hubo de parecerle á ella, en la entrada de la casa, magnificencia y riqueza.

Los señores de Saltierra eran, sin duda, gente de muy alta categoría.

¡No habría llegado hasta allí, seguramente, la difamación de Juanita! Se creía dignificada en aquel momento de humildad, durante el cual demandaba amparo y trabajo á una puerta extraña. Todas las amarguras pasadas hallaban un consuelo triste, pero al fin lenitivo propio de un alma sencilla; con aquella resolución por el trabajo en la servidumbre, que Juanita consideraba más llevadera que las mortificaciones á que le había sometido su madrastra y que la vergüenza de que la había cubierto una apreciación errónea y calumniosa.

Llevaba una carta del canónigo señor Viejeras-Croyo; una carta singular, que ella no había comprendido bien, pero que juzgaba bastante favorable, aunque no se sabe qué embozados juicios ocultaba á vuelta de mil reticencias; puede que el canónigo la hubiese también juzgado como culpable en la triste aventura por la que había abandonado la casa paterna.

¡Oh! bien puede asegurarse que durante todo el viaje, un encono ardiente, un insaciable deseo

de venganza había torturado su ánimo. Vivía en su débil corazón de niña, un odio profundo hacia Mariano, su hermanastro.

Hallaba que nada había más vil y repugnante que aquel malvado.

Trémula, pero gozosa, llamó al fin á aquella puerta, tras de la cual comenzaría su nueva vida una existencia que entreveía repleta de nuevos martirios, pero que la libertaba de la opresión de su madrastra.

Juanita pensaba que al entrar al servicio de personas de rango, como sin duda serían los señores de Saltierra, podía considerarse feliz. Al cabo de ocho días, después de su entrada al servicio en aquella casa como doncella ó camarera de los señores de Saltierra, estaba, si no contenta, al menos satisfecha; convenían á la quietud y al penoso estado de su espíritu, aquel silencio, aquel orden y aquella solemnidad que parecían reinar en la casa.

—Es demasiado joven, es casi una niña,—había dicho doña Teresa Nogal, mujer de don Fermín Saltierra, y había añadido al propio tiempo algunas palabras por las cuales quiso dar á entender que la poca edad de Juanita era casi un bien, puesto que por ello podría ser educada y adiestrada en el servicio propio de una camarera.

Además, la señora se mostró compadecida, atendiendo á que, según la había dicho el señor Viejeras-Crollo, en su carta de recomendación, aquella muchacha tenía que ponerse á servir, más que por necesidad material, por necesidad de su espíritu, y porque no vivía en la mejor avenencia con la madrastra.

Juanita tenía padre; pero éste se hallaba enfermo de parálisis y *tocado del sentido*, esto es, loco ó imbecil, por manera que resultaba una obra de caridad recoger y educar cristianamente á aquella pobre muchacha.

El señor Saltierra miró y remiró á Juanita con ojos escrutadores, y la dirigió algunas frívolas preguntas hechas con tono de fiscalización y como inquiriendo descubrir por hábiles interrogaciones, al parecer nimias, misterios de importancia.

—¿Cómo se llama? ¿Ha nacido usted en Segovia? ¿Tiene más hermanos? ¿Hace mucho tiempo que perdió usted á su madre?

Pobre niña, no había conocido á su madre.

Y Saltierra miraba á la muchacha con aquellos ojos vivarachos; eran sus ojos unos ojos grises, claros, punteados de rayitas verdes como los de los gatos; quedábanse á veces fijos, y se agrandaban y se achicaban con astucia de acecho.

Los señores de Saltierra eran igualmente gordos; ella casi redonda y de una blancura y una blandura mantecosas; movía mucho las manos, y se las miraba y remiraba constantemente, sin duda gozándose en contemplarlas como á las cosas más bellas del mundo; eran dos manos gordifloncillas y ociosas.

Él era barrigudo y corpulento, mofletudo y colorado, con una larga nariz de águila y abierta como la de un sátiro.

Los Saltierras parecían más bien hermanos que esposos; hablaban poco, comían tanto y de un modo tan voraz, que casi hubo de espantar á Juanita. El señor y la señora no estaban juntos sino á la hora de la comida y á la hora del rosario, que se rezaba todas las noches. No cambiaban entre sí palabra alguna, sino para ocuparse de asuntos de cocina ó de cosas de iglesia; comer bien era para ellos la gloria, y el paraíso un manjar delicioso.

—Ya he visto rábanos nuevos,—decía don Fermín Saltierra.—Me parece que Cristina podía ya haberlos comprado.

—Cristina los traerá, y los comerás con jamón de Mérida,—replicaba la señora.

Cristina era un personaje tan importante como el director espiritual; era la cocinera, una vas-



congada flaca, nerviosa, cetrina y vivaracha, á la cual era imposible entender por lo babélico de su lenguaje, ni sufrir por lo endiablado de su carácter; pero sobre ella las censuras, sobre ella los elogios, los cargos y las advertencias; sobre ella, en fin, recaían las conversaciones de los amos; sobre ella y sobre los curas, las funciones de iglesia y las cosas eternas.

En este punto, doña Teresa era escrupulosa.

—¿Sabe usted la doctrina cristiana?—preguntó á Juanita, á los pocos días de haber entrado ésta á servir en la casa.

—Sí, señora; algo,—contestó la muchacha.

—¿Cómo algo? ¿No ha aprendido usted todo el *Catecismo*?

—Todo; todo no, señora.

—¡Hum! ¿Entonces quiere decir que en Segovia viven ustedes como hotentotes? ¿No ha ido usted á la escuela?

—No, señora; mi papá me enseñó á leer y á escribir cuando aún estaba bueno.

—No diga usted papá; porque eso en usted, que al fin es una criada, parece muy ridículo. Usted debe decir: mi padre. ¿Entiende usted?

—Sí, señora.

—¿De modo, que no sabe usted la doctrina? Que no sepa el señor que la ignora, porque la

despediría de casa. ¿No les dará á ustedes vergüenza vivir así?

Aquel *ustedes*, no sólo se refería á la familia de Juanita, sino al pueblo, á lo que ella, la Saltierra, llamaba la *gente baja*, *las clases inferiores*. El *ustedes* fué pronunciado por doña Teresa con un profundo desdén, no exento de cierto encono expresivo, manifiesta aversión hacia la *chusma*.

Juanita se hallaba muy seriamente impresionada por aquella pomposa gravedad de religioso y moralizador influjo. En la casa era todo ordenado y simétrico; parecían pareados los gustos, puestos en su debido lugar los muebles y los objetos del decorado; como en formación numerada para ofrecerse á un inventario notarial.

Se podía decir que la sala se había arreglado con los desechos de una sacristía ó de una capilla, y así los pasillos de la casa á modo de claustros de convento, con grandes, tristes y pesados cuadros de santos, con marcos antiguos de un dorado amarillento mate, con visos del polvo pegado al tejido de los oscuros lienzos, por los cuales aparecían las famélicas y pálidas figuras en espantables actitudes de penitente oración.

En igual simetría se hallaban colocadas las ideas en los cerebros de los Saltierra, como educados y hechos de un modo uniforme.

Pedro, el mozo de comedor, hubo de parecerle á Juana, por lo delgado, triste y barbilampiño del rostro, un sacristán ó un lego, más que un criado.

En la antesala de la casa se hallaba el complemento de las ideas de los amos; había un banco, y en éste, grabadas, unas iniciales y un escudo tallados en la madera; sobre el escudo, por morrión, se veía un casco de plumas con una banda de mote, en la cual se leía: «En la paz como en la guerra, Dios está con los Saltierra;» lo cual era muy heráldico y linajudo.

—¡No estés en cama, pues; ocho y más media, tarde ya!

Este era el despertador que tenía Juanita todas las mañanas, y veía ante sí de pie y vestida á la cocinera Cristina, la vascongada, que dormía en el mismo cuarto en una cama frente por frente á la suya. Todos los días era avisada por la cocinera.

Esta cerraba las puertas y apagaba las luces antes de ir á acostarse, y era la que siempre abría la ventana todas las mañanas. Luego de haber despertado á Juanita, Cristina seguidamente tomaba la cesta y se iba á la compra y á misa, pues la oía á diario y era muy rezadora y devota.

Estaba Juanita aturdida, y á veces le causaba

sorpresa verse entre aquellos desconocidos; despertaba á darse cuenta de todo cuanto le rodeaba, como el que vuelve de un desmayo y desconoce el lugar en que se halla, y torna con la memoria perdida. El desengaño que Fernando la había causado la apenaba á veces, pero le sentía como se sienten los amagos de dolor ó de angustia de alguna entraña enferma. ¡Ah, si le hubiera sido posible acogerse á un convento! Prefiriera élla mil veces un retiro de paz y de religiosa á la humillación de hallarse á merced de los gustos y de las rarezas de los amos, si no de aquellos á quienes entonces servía, por lo menos de los que después hallase, si llegaba á verse como muchos sirvientes se ven obligados á recorrer casas, mudando de amos continuamente.

Ordinariamente permanecía silenciosa y sin pensar cosa alguna; y más, cuando si por acaso iba á alguna iglesia á arrodillarse delante de alguno de los altares; cuantas veces se veía en un templo, otras tantas le asaltaban las ideas más graves de su alma; se entristecía recordando que élla no había conocido á su madre, lo cual, según todo el mundo, la aseguraba era una terrible desgracia.

A pesar del indigno abandono de Fernando, abandono que había considerado Juana como

cosa natural, y desaire que debiera haber esperado si atendía al poco valer de élla; á pesar de este abandono, Juanita podía creerse en parte favorecida por la suerte, con haber escapado de las garras de la madrastra y de su hermanastro.

Causábale también una pena muy profunda acordarse de su padre; el pobre viejo no tenía su juicio cabal; á no ser así, ¿cómo podía haber dado crédito á los calumniadores? ¿Cómo, sin informarse de la verdad ó falsedad de la acusación que contra élla lanzaran sus enemigos, habría dado su sentencia arrojando á su hija de su casa... dejándola obligada á demandar de manos extrañas y de puerta en puerta el pan y el abrigo?

La muchacha hubiera preferido verse sola, y según pensaba, muy á sus anchas. ¡Cuánto mejor hubiera sido que le hubiesen dado otro cuarto por dormitorio, que ponerle su cama en la misma habitación donde dormía la cocinera! Por ejemplo, en el desván estaba mejor que en las espaciosas, recargadas y oscuras estancias del principal, donde todo era silencioso como en un monasterio; allí, al menos, gozaba de la libertad apetecida, de hacer lo que élla no hacía sino cuando se hallaba sola, cantar á media voz, entregarse á su contento, coser, loquear y pensar

en Fernando, hasta que oía por el patio la voz de la vizcaína que le gritaba:

—Juana, pronto; baje, pues; *la precisa* la señora.

El primer día que hubo de subir al referido cuarto del desván, se asomó á la ventana y le pareció muy divertido y alegre el espectáculo que se le brindó á los ojos, recordándole los hermosos alrededores de Segovia. Desde aquella ventana dominaba un extenso horizonte lleno de luz; la ventana caía sobre un terrado de pizarra, en declive hasta la balaustrada que daba á la calle; todos los tejados y las torres de Madrid, los bosquecillos del Retiro, los altos de Carabanchel y las arboledas de la Casa de Campo, se divisaban desde aquel hermoso punto de vista. Se respiraba un aire muy puro y se gozaba de una luz brillantísima. El barrio en que vivían los Salierra, era de los nuevos barrios de la población, y le parecía á Juana una maravilla; se hubiera dicho que al verse allí Juanita, se había alejado para siempre y á grandísima distancia de la vieja barriada del Rastro, donde hacía tiempo había vivido con su padre y con su madrastra, y el hijo de ésta, donde la misma Juana había vivido con ellos antes de ir á Segovia. Allí sólo se oía el triste y cascado sonar de las campanas,

el desgarrado vocerío de los vecinos. Desde la ventana del cuarto de costura en que se hallaba Juanita, casa de los Saltierra, se veían los lindos *chalets*, los trenes lujosos; y hasta los solares en que ruidosamente trabajaba una muchedumbre de canteros, picando y cubicando las blancas piedras, alegraban el ánimo.

No era mucho el tiempo en que podía disfrutar de aquel apetecible retiro; constantemente la llamaban. Ciertamente que no tenía allí el riesgo amenazador de recibir manotazos y pellizcos, ó de verse en feroces reyertas como cuando se hallaba en su casa al lado de doña Cayetana, la madrastra, y de Mariano, su hijo; pero se sentía ahogada entre su ama y los otros tres criados, gentes taciturnas éstos, como mortificadora é insoportable se le iba haciendo aquélla; siempre miraba á Juanita con recelo, todo le parecía mal, y al menor motivo comenzaba á hablarla del pecado, del infierno y de la mortificación; además, Juanita creía que la Saltierra había jurado no permitirle que se peinase ni que se vistiese sino al gusto de ella. Todo era, á juicio de la señora, deshonestidad y escándalo. Lo cual no impedía que la buena señora enfurruñase de almohadillas y añadidos los cuatro pelos que la quedaban.

El recelo, además, se hacía visible hasta en los

criados. Martina, la costurera-modista que iba diariamente á la casa, trataba á Juana muy secamente; con Juana pagaba su endiablado humor la cocinera, y Pedro parecía mirarla con no disimulada desconfianza.

Un día que Juana se olvidó de hacer un encargo, el criado murmuró palabras que irritaron á la muchacha, la cual sintió que la sangre le hervía; á veces, y en casos tales, encendíasele el rostro y se inflamaba su genio fogoso é irritable, aparecía aquel carácter de «fiera» que, según doña Antonia, tenía la niña bajo su apariencia de mosquita muerta.

—¿Qué ha querido usted decir con eso?—preguntó Juana á Pedro.

—He dicho lo que se me ha antojado, ¿entiende? y no tiene usted la culpa, sino la señora, que es una santa y hace caso hasta de las inocentadas del canónigo de Segovia, ó de Claudia, la portera; ¿entiende? pues eso.

Demasiado comprendió Juana lo que aquello quería decir, pero pudo moderarse, porque por un rayo de subido orgullo rechazó despreciativamente las viles expresiones del criado; no obstante, á los pocos días vió declarado el motivo de aquellas desconfianzas y de aquel receloso é insultante trato. La verdad era, que la tal Claudia no



gozaba de muy buena fama en el barrio; se decía que era correvedile de picardías, muñidora de tapujos, esto no lo entendía bien Juana. Los Saltierras eran muy ricos, tenían *infinidad de oro*; tales habían sido los informes que señá Claudia había dado á Juana, añadiendo á éstos otros muy importantes. *Por parte de la mujer* (la Saltierra), *había en la casa millones, y don Fermín había ganado un fortunón en el despacho de su Notaría*; pero no se habían hecho á gastarlo conforme á su posición hasta que *los gatos habían reventado de repletos*. La señora, á juicio de señá Claudia, era muy santa pero muy *secota* y *respetosa*. ¡Ah! pero él, don Fermín, era un ángel, muy buena-zo; tomaba mucha ley á las personas, y le había conmovido al hombre oír la historia de Juanita; el señor y la señora no hacían mucho bien por el mal influjo de los sobrinos, que eran unos hambrones, envidiosos de todos cuantos rodearan á los Saltierras, los cuales se veían con aquel turbión de parientes, pertinaces como las moscas.

—Sí, hija; si no fuera por ellos, algo ganarías tú; porque tuvieron una criada que estuvo con ellos hasta que la casaron, y otra hasta que se metió monja; á una y á otra la dieron su dote,—decía señá Claudia.

La verdad era que á Juana le parecía el señor

muy cariñoso; siempre la llamaba «la muchachita, la Juanilla,» y se sonreía y la miraba dulcemente con aquellos sus ojos blancuzcos.

Una tarde que Juanita había ido con la vizcaína á unos recados, hallóse á la vuelta con la extraña noticia de que había estado en la casa una visita de Segovia para la señora.

—La madrastra de usted ha sido una madre para usted,—dijo la Saltierra á Juanita;—cuidado, pues, con que vuelva yo á oírla á usted deshonrar á la buena mujer.

Desde aquel día la aspereza de la Saltierra fué más cruda. Ya sabía, ya sabía Juanita á qué había ido allí la visita: á calumniar, á mentir, á ponerla á ella de perezosa y mala que no había por dónde cogerla.—Sí,—se decía en el colmo de su indignación y cual si hablara á su madrastra,—ya me figuro todo lo que habrás encargado que digan: que yo mato á mi padre á disgustos, que mi padre y yo *somos gentuza* que hubiéramos muerto de miseria á no ser por tí, que eres una archipámpana; que yo no me he marchado de tu casa, sino que me has despedido tú... ¡Ah, maldita!—Y al pensar esto en esa forma tan enérgica de la idea que, conservándose en la mente, toma la misma expresión apasionada que si brotase en palabras, dirigió al espacio una mirada de odio, como si

hubiera querido abrasar con ella á su madrastra. ¡Miserable! ¡No la dejaba vivir; quería perseguirla por todas partes!

Por fin llegó á manifestarse claramente el motivo de recelo que todos sentían hacia Juana; todos los de la casa, menos el señor.

Hacia cuatro meses que Juana se hallaba sirviendo en la casa; durante este tiempo, no habían sido muchas las personas que visitaran á los Saltierra, algunos señores curas y algunas viejas, compañeras de cofradías y de conferencias de doña Teresa; pero una tarde halló Juana de emperradísimo humor á la cocinera, porque, según dijo, tenía que hacer «almíbar de meriendas para dulces á las sobrinas de la señora.»

—Esta tarde, después de las Flores de Mayo, vendrán á comer los señores de Torreta; ponga usted cuidado, y ayúdeme bien al servicio,—había dicho Pedro á Juana, revelando también una viva y mal disimulada contrariedad.

Aquel día había entrado en la casa una criada más, una moza asturiana, alta, fornida, roja de carnes, la cual se reía por cualquier cosa y era muy á la buena de Dios; llamábase también Juana, y Juanita echó de ver que no era ni tan tosca ni tan torpe como á primera vista parecía. Hubieron de ponerla en la cama que hasta en-

tonces había ocupado Cristina, la cual se trasladó á otra alcoba interior; la asturiana entraba en la casa para fregar los platos y los suelos, lavar y hacer todas las faenas rudas de la casa.

—*Semos* compañeras de cuarto,—dijo á Juanita, y se echó á reir como una bobona; luego parló como una cotorra; ella se había llevado muy bien con todas sus compañeras; solamente con una, á consecuencia de un chisme, hubo de reñir; pero arremetió contra ella á bofetadas la asturiana, y no la dejó muela ni dientes en la boca; y con esto fué enumerando la moza todas sus aventuras de criada, hasta que Cristina, enfurecida como siempre, hubo de atajar su palique diciendo:

—Todos están en bullas, cabeza que aturden; callen, pues.

Lo cual hizo reir más y más á la asturiana, poniendo sus ásperas manazas en las anchas caderas y alborotándolo todo con sus hombrunas carcajadas.

—Vamos, tú, te figuras que estás en algún fi-gón... vaya, friega la vajilla que ya están ahí los convidados,—dijo Pedro.

—Tengan prudencia; qué prisa se dan, condenados, si mucho revuelven,—añadió la vizcaína.

Juanita pasó á sentarse á la antesala por orden de Pedro, que quería ocuparse de los preparativos de la mesa.

Las visitas esperadas por la Saltierra llegaron.

Teresa Nogal de Saltierra se hallaba muy empaquetada de perifollos, sentada en la sala; recibió bondadosa y majestuosamente á sus primas las de Torreta, madre é hijas, cinco señoritas vestidas de los mismos cortes y colores de traje, y como uniformadas hasta en los sombreros.

Siempre las había visto Juana siguiendo á la madre, ó precediéndola como crías de una misma pollada.

La señora de Torreta, no tan gruesa como la de Saltierra, pero muy encopetada, con el cuello tan tieso como si le tuviese de palo y sin rotación posible, tenía muy de empaque el rostro, de nariz acaballada y gorda hacia el extremo, y dos ojillos negros, encandilados, que miraban con fiereza bajo dos espesísimas y peludas cejas, casi juntas y rectas.

Las Torretas, hijas, tenían vocecillas muy chillonas, en contraste con la de la madre, que era una voz bronca y destemplada; pero madre é hijas parecían ser muy parlanchinas, se atropellaban á voces unas á otras como porfiando por hablar á la vez, ofreciendo á la vista de las gen-

tes narices tan altas, corvas y acachiporradas como las de la madre; ojuelos asimismo negros y diminutos; al reir lo hacían de un modo que á Juana le pareció la tal familia sarta de cascabeles ó collar de campanillas de zarandeo.

Se comprendía que las señoritas aquellas tomaban el empeño de aparecer como muy anañadas y de ánimo muy alegre.

La sala estaba alumbrada por una enorme lámpara de cristal, el tapiz de la puerta de entrada corrido, y Juana podía oír desde el banco de la antesala, frente por frente al espejo del perchero, cuanto hablasen las señoras.

Primero se ocuparon de modas.

Volvían á usarse las mangas estrechas con hombreras sopladas y mangas escurridas; se discutió muy seriamente si era ó no honesto el descote llamado de lengua de gato; las señoras opinaron con gran discreción, que según quien lo llevara y cómo lo llevara.

—¿Y por qué y para qué lo llevarán?—añadió la Torreta.—Claro que si es para una recepción oficial hay que obligarse.

En tanto, Juana se reía pensando en la tocaya Juanota, la asturiana, la moza que había entrado aquel mismo día á servir en la casa; la tal moza parecía de lo más infelizota y sencilla del

mundo; del mal el menos; ya tendría Juana con quien hablar y reirse.

—¿Pero dónde andarán nuestros maridos?— dijo la Saltierra.

Con este motivo se habló de las pláticas del celebrado jesuíta de la temporada aquella, y se enumeraron las conversiones que hacía aquel santo varon.

Una de los niñas de Torreta se manifestó muy admirada; había visto algo portentoso al pasar por las Calatravas; había visto penetrar en la iglesia toda clase de personas; iban hasta oficiales de Artillería, lo cual no hubo de parecerles á las señoras tan extraordinario, puesto que *muchas veces los militares eran, si se quiere, mejores y más devotos que otros hombres.*

Estas fueron afirmaciones hechas por la Torreta contestando á su hija, y luego, dirigiéndose á la Saltierra, la preguntó:

—¿Piensas mandar los criados á la Misión?

—Por supuesto.

Pedro y Cristina irían alternativamente, éstos no lo necesitaban; en cuanto á la damisela de Juanita, la camarera, la *señorita de Segovia*, y la *salvaje* de la asturiana, irían con el ama todos los días á la Misión.

—¡Ay, hijal ya he visto, ya he visto que tienes

una figurita de rinconera por doncella...—dijo la Torreta.

—Una desdicha, hija mía;—replicó la Saltierra, y bajó la voz, pero no tanto que el finísimo oído de Juanita no pudiera oirla.

La señorita contó que días antes, y así era cierto, al ver á Juanita tan repeinada y compuesta, la había dicho:

—Quítese usted esos arabescos, y no se presente jamás ante mí con esa porquería.

Por lo cual la Saltierra temía que Juana estuviese pervertida; además, según añadió la señorita, los informes no eran buenos. La madrastra de Juana había estado en Madrid un día, sólo por ver á la Saltierra. La Juanita era una joya; sólo por un sentimiento de caridad conservaba la Saltierra á la muchacha en la casa.

Sin duda pensaba la Saltierra que Pedro se hallaba en la antesala, ó no se cuidó de tal circunstancia, ello es que dijo una cosa cruel que hirió vivamente el corazón de la muchacha.

—¡Ah! es una cosa horrible, hablar de la vida de ciertas gentes,—dijo.—Figúrate que esa mujer, la madrastra de mi camarera, se casó por compasión con el padre que había tenido esa muchacha de una mujer perdida.

Sí; esto dijo, una mujer perdida. Juanita lo ha-



bía oído, y sintió que toda la sangre le afluía al corazón. Sufrió un desvanecimiento, una ráfaga de loco desvarió; quiso levantar el portier, penetrar en el salón y lanzarse sobre su señora; pero la faltaban las fuerzas, y sintió que una aflicción profunda la ahogaba, y rompió á llorar mordiendo el delantal y huyendo por todo lo largo del pasillo á esconderse en lo más obscuro de la casa.

Hablaría á la señora, sí, la haría ver la verdad; doña Cayetana acostumbraba á lanzar aquel insulto contra su hijastra; pasaba á más: decía que nada de cuanto había en casa de su padre era de éste, y que cuando el pobre viejo muriera, el haber pasivo no tocaría á la hija, sino á élla. Porque así era lo cierto, por desgracia; Juanita nada sabía de su madre, y Juanita sabía que á la muerte de don Juan no contaba con derechos pasivos. Poco importaba esto; lo infame, lo calumnioso, era aquel ultraje que constantemente ocupía á la memoria de la madre de su hijastra.

No quiso asistir á la mesa; dijo á Pedro que se sentía muy enferma, y que rogase á la señora que tuviera la bondad de dispensarla; y se metió en su cuarto, se desnudó y se acostó; cuando la señora hubo de presentarse á preguntarla qué clase de malestar la aquejaba, Juanita pretextó

una dolencia natural é insignificante, y la señora nada dijo.

A obscuras en aquel estrecho cuarto, mordiendo la almohada, lloró; había oído también que la señora de Torreta hubo de replicar á las palabras de su prima, que tuvieran cuidado con la muchacha, porque de «tal palo, tal astilla.» Algo semejante á lo que de continuo le había repetido á élla muchas veces su maldecida madrastra. «¡Anda, bribonaza... si lo tienes en la sangre... condenada, si te viene de castal»

¡Oh! Juanita consideraba que su suerte era bien desdichaba. Apenas si recordaba de su vida época alguna en la cual pudiera haberse considerado feliz ó tranquila; sólo como un sueño y de un modo involuntario, como por espejismos que se produjesen en la masa de su cerebro, surgían á su memoria los primeros años de su infancia. Según la habían dicho, su padre se hallaba ya viudo; hubo de encomendarla al cuidado de un hortelano de las cercanías de Estepona. Conservaba Juanita el recuerdo de un país de aspecto delicioso, de una mar sosegada como la superficie de un lago, reflejando con centelleo deslumbrante la luz del sol. Élla no era hábil para expresar lo que se producía vivamente en su imaginación. Se alzaban en élla, como si las viese

realmente, aquellas lomas de la costa áridas y arcillosas, desnudas de vegetación, de color carmíneo, amarillo tierra y grisáceo, violadas á veces por la temida de sutilísimos vapores, exhalación impalpable de las fértiles llanuras, cuya fronda apretada se extendía tras los montecillos costeros. Altas palmeras con sus empenachadas copas de palmas, desmayando como plumas al remate de los troncos delgados y gallardamente erguidos; cercas y riberas con largas cadenas de chumbales de hojas de palas anchas y espinosas; todo en un ambiente cálido, refrescado por la brisa marina salitrosa y húmeda.

A Juanita le parecía ver á Ventura, el dueño del cortijo, en la choza, bajo el tingladillo de estacas y de esterilla, sentado, con las piernas cruzadas como un moro, atando con mimbres mojados los manojos de cebollas que había de vender en la plaza de la villa.

No se le despintaba de la memoria el rostro de Ventura, un rostro negruzco; parecía ver al vejete con su tremendo cigarro en la boca, despidiendo por ella un humillo espeso y picante que le obligaba á hacer guiños con los ojos y fruncimientos con la nariz.

Cerca de la cabaña ataban la cabra con la cual habían criado á Juana. Ventura bañaba á ésta en

la playa, cogiendo á la chicuela en sus brazos, y sin importársele nada de los lloros, y dispuesto siempre á sufrir la cachetina que Juana le propinaba en sus rabetas.

Lo extraño era que no podía recordar lo que hubo de sucederle inmediatamente después de esta época; luego, sí, luego asaltaban á su memoria los encierros, los golpes, los fieros tratamientos que hubo de recibir de su madrastra; sobre todo, aquel hondo patio, aquella interminable escalera que Juanita subía y bajaba muchos días de invierno más de cien veces, cargada con su pesado cántaro de agua á la cadera. Recordaba el principio de la enfermedad de su padre, hasta que hubo de empeorarse quedando paralítico; los ultrajes, las maldiciones de doña Antonia, la envidia espantosa del hijo de ésta, y, por último, cuanto hubo de obligar á Juanita á dejar aquella casa. Juana no había conocido á su madre, ni aun había visto ningún retrato suyo; no obstante, se la figuraba, á su modo, algo parecida á élla, pero mucho más hermosa.

En esto la puerta del cuarto se abrió, y la habitación se iluminó bruscamente. Era la asturiana que entraba á acostarse, llevando un candelero y una vela encendida; Juana se había olvidado dónde se hallaba, y la produjo instantáneamente

viva extrañeza verse allí, y al pronto no conoció á su tocaya y á su compañera.

—¿Está *espavilá entodavía*? Según eso, tiene el sueño ligero... ¿No tiene?...

Juanita dijo que no se había acostado con la esperanza de dormirse pronto, sino porque no podía tenerse de pie. Luego se le ocurrió preguntar si se había acabado todo.

—Todo arremató ya; han engullido como pavos,—replicó la asturiana.

Luego, Juana vió la gigantesca figura de la asturiana ir y venir por el cuarto. La moza aquella tenía movimientos muy parecidos á los de un hombre; la vió desnudarse con el desembarazo de un cargador que tira de su chaqueta para echarse á dormir en la calle; no era fea, á pesar de la tosquedad de sus facciones. Hacía temblar el suelo á su paso; era una muchachota robusta y saludable. Vió sus brazos carnosos y colorados, su cuello gordo, sus espaldas anchas, su pecho saliente y duro; la moza se quedó en camisa, destapó la cama, se arrojó sobre ella y se echó á reir con toda su alma.

—¿A que sé yo *qué la pasa*, tocaya? Sin que me lo diga lo sé; ponía yo á que lo acierto, unos pendientes de plata que tengo ahí mismo, en el baul; como Dios que los pongo.

Hizo una pausa, lanzó tres ó cuatro resoplidos y tornó á decir:

—Pongo los pendientes á que mi tocaya está mala por *mor* del novio. Pero es muy mocica ahora para novios, déjese ahora de noviajos; ¿es ó no es? ¿No? Pues entonces ya sí que no *menquívoco*; será que, como es nueva en el servicio, tiene tristeza de haber dejado su casa. Bien lo puede sentir, hija; que me trajeron aquí siendo una renacuaja y estoy más aperreada y más harta de casas *que hay en el mundo*; llevo con ésta *quisió cuantas*. Primero estuve de niñera casa de un sastrero, que todo se le volvía al condenado del hombre rondar mi cuarto para meterse en él por la noche, y ya ve, perderme; pero le pescó la mujer, y entre la mujer y yo le dimos una paliza al amo que medio le matamos, ¿entiende? La sastra era templada; le quitaba los dineros á su marido y se les daba al oficial, que el condenado estaba enredado con ella, y quiso pescarme á mí; pero esto sí que no le importó al ama, porque me dió la cuenta y ¡ala, afuera!

La asturiana se echó á reir de nuevo con el mayor gozo.

—Sali de aquella casa y estuve en la de un francés; el francés y su mujer empinaban; mire si empinarían que todas *las más* de las noches se

quedaban atroncados de bruces sobre la mesa; allí le tomé yo el gusto, y trinco sia mano viene lo que puedo, ¿comprende, tocaya? Dicho lo cual, la asturiana dió suelta á una estrepitosa carcajada; después siguió enumerando otras aventuras, sacando á relucir multitud de horrores, de ridicules, de bellaquerías y de miserias; barría de mil basuras morales, y de una vez, las casas todas donde ella había servido, ¿y qué había ganado? nada; ¿y qué había aprendido? lo malo.

—¡Me caso con Dios! si cuando una rueda, cuanto más rueda, más se ensucia por todas estas cochinas casas. Aquí se hace borracha, allí hereje, en el otro lado mentirosa.

Juanita la oía sin chistar, y así la asturiana terminó con las anteriores palabras, respiró fuertemente, lanzó un «¡madre mía!» y no volvió á charlar ni á reir; poco á poco su respiración se hizo más regular y ruidosa, y terminó produciendo atronadores ronquidos.

Había en el cuarto un fuerte olor á carne sudorosa, seguramente que el corpachón de la asturiana manaba agua por todos sus poros. Juana al principio no pudo coger el sueño, dándole vueltas mil ideas en la cabeza.

¿Quedaría ella en aquella vida que por desesperación había emprendido? ¿Iría para siempre

de la ceca á la meca recibiendo ultrajes, exponiéndose á brutales acometidas como las que con su burda franqueza había referido la asturiana? Destino bien espantoso sería el suyo.

—Yo no tengo,—decía,—la robustez de esa pobre muchacha; yo no tengo tampoco esa corteza tan dura, y sufriré, como he sufrido esta noche.

Y al pensar en esto, lloraba hundiendo el rostro en la almohada; la vela que la asturiana había llevado se iba gastando y hundiéndose en el candelero; la llama vibró con agitación, se achicó, luciendo angustiada para luego reanimarse y morir; después, Juanita se quedó dormida, pensando en lo dicho por Juana.

—¡Cuanto más rueda una, más se ensucia!

En efecto; no había de durar mucho en aquella casa. La persona á la cual había recomendado verdaderamente el señor Viejeras-Croyo, que atendiese y protegiese á Juanita, era «un pobre señor,» según le llamaba Juanita, por parecerle que habría de ser un viejecito bueno y sencillo. Llamábase don Antonio, y se ocupaba en afinar pianos y dar alguna que otra lección de solfeo; á los dos meses de entrar en la casa en que estaba, y á la cual el señor canónigo la había recomendado Juanita, se presentó afligida y llorosa ante



don Antonio, á decirle que había tenido que salir de aquella casa.

—Me lo figuraba, hija mía; pero el señor Viejera es tan bueno, que se figura que todos somos santos... y lo que es los Saltierra... Y en fin, ¿por qué diablos te has salido?

¿Cómo decirle que después de haber tenido que oír resignadamente que hablaban mal de su madre le había acaecido una aventura tan repugnante que no era para contarla? El señor, aquel señor que al rezar no alzaba los ojos del suelo ó no los bajaba del techo; don Fermín, aquel caballero tan melifluo, había cometido, mejor dicho, había intentado cometer con ella la más villana felonía. Habiéndose puesto bastante enferma la Saltierra; siendo necesario que hubiese una persona no lejos de la enferma, y contando para esto con Juanita, se eligió en cambio, y por proposición de don Fermín, á la asturiana; ahora bien, á nadie podría decirsele, esperando que lo creyese, lo que ocurrió...

Don Fermín, el propio don Fermín, sigiloso, trémulo, paso á paso y tan gravemente como andan los gatos, don Fermín se encaminó de noche al cuarto de Juanita, levantó queditamente el pestillo y se dirigió al lecho de la joven.

Cristina se hallaba cerca; pero sin duda sería

cómplice; las demás personas de la servidumbre dormían en el sotabanco; el cuarto de la señora se hallaba al lado opuesto de la casa. No se oyeron las súplicas en voz lasciva, torpe, como la del miedo, que hiciera don Fermín, ni las resistencias de Juanita, ni por fin la lucha en la cual ella salió victoriosa, pero enfurecida y avergonzada, llorando de rabia y de rubor.

Juanita dijo á don Antonio, contestando á su pregunta y sin querer declarar la verdad:

—¿Qué es lo que me ha ocurrido? ¡Bah! Eso que ocurre; disgustarse por nada.

—¡Ah! no te apures, hija mía; ahora, ahora mismo voy á llevarte á la mejor casa de Madrid; gentes rumbosas y ricas; son de lo primero de la aristocracia; vente, pues, que Dios te ha traído, toda vez que allí iba yo á ir cuando tú has entrado.

Y Juanita y don Antonio salieron en dirección al paseo de Recoletos.

## VI.

No le hizo mal impresión el lugar á donde don Antonio la condujo. Era un hotel rodeado por un jardín bastante extenso.

La señora, una mujer joven y elegantísima.

—Mi querido Antoñete... ¿qué le trae á usted por aquí?—dijo á don Antonio aquella señora.

—Traigo esta muchachita; ayer me habló usted de una camarera.

—En efecto; usted siempre extremándose diligente y servicial; ¿y de dónde viene usted?—añadió, dirigiéndose á Juanita y echando sobre ella una mirada fija é impertinente á través de su binóculo de petímetra.

—Viene de Segovia; pero ya ha servido aquí en otra casa como camarera.

—Me conviene, es muy mona... y tiene una figurita muy fina; llévela usted y dígale á Mateo que la reciba y se ajusten.

—Está muy bien, señora marquesa.

—¡Ah!... ¿cuándo podrá venir á quedarse esta... ¿cómo se llama?

—Juanita, señora marquesa.

—Pues bien, ¿cuándo podrá venir Juana?

—Ahora mismo, desde ahora puede quedarse, si ella quiere.

Juana no opuso resistencia alguna; se conformó con quedarse desde aquel momento; miraba llena de asombro á la marquesa, y no podía negarse á reconocer que la nueva señora era mucho más simpática que la anterior.

La casa era también más alegre y más elegante.

En un momento quedó todo arreglado; Juanita tendría allí el mismo salario; pero era de esperar que disfrutase de muchos más gajes; la señora la haría mil obsequios.

—¡Ah! sí, aquí puedo ser menos desdichada.

La pobre no hallaba ni un momento de reposo para dar consuelo á sus penas; su carácter no se había formado verdaderamente; ella era tan leve como una pluma que el viento arrebatara y lleva de aquí para allá.

Había tenido que renunciar, por la cobardía ó falsedad de Fernando, á su más bella esperanza; ya sólo deseaba verse lejos de la madrastra; estando así, hasta la servidumbre era una gran felicidad.

A los pocos días ya conocía Juanita todas las habitaciones de la casa; á ella le parecieron regias, fijando su asombro en aquel cúmulo de lujosas fruslerías que enriquecían con maravillas de *bibelot* los gabinetitos de muebles enanos, así como le admiraba la vajilla de los grandes aparadores del comedor, y todo lo aparatoso y lindo de las habitaciones de la señora.

En aquella casa se comía bien; esto era lo único, porque en cuanto á lo demás, aquello era una tempestad; tales fueron los juicios formulados por Juanita.

A la verdad, en un principio, esa aversión que sienten hacia todo «nuevo» los criados de casa grande; el antecedente que respecto á Juanita se tenía de que ésta era una «señorita» desgraciada, y quién sabe si su aire de timidez, que hubo de parecer á todos los compañeros hipocresía, y puede que hasta lo lindo de su cara, contribuyeron á disponer en contra suya multitud de prevenciones... pero después convinieron, así Mateo, el ayuda de cámara del señor, como Andrea, la camarera; Frutos, el mozo; el cochero, el jardinero, el conserje y la cocinera, en que era una infeliz, una palurda.

Todos, menos el cochero, comían reunidos, é inmediatamente después que se levantaban de la

mesa los señores, comían junto á la cocina en una larga sala iluminada por la noche con tres grandes mecheros de gas.

Juanita comió allí también, sin atreverse los primeros días á hablar sino á media voz, y contestando á lo más por monosílabos; sintió una extraña repugnancia al mirar á Frutos casi echado de bruces sobre la mesa, y cogiendo con los dedazos de sus toscas manos el pedazo de carne, sorbiendo la caña de los huesos y engrasando, al comer, sus labios; la mortificaban las brutales risotadas y las soeces palabras de aquel muchachote cejudo, de cabeza aplastada y facciones groseras, en las que brillaban dos ojillos rientes, con no se sabía qué extraña malicia.

No era aquello lo único que la mortificaba en su nueva vida, con hallar, como hallaba, que era mil veces más agradable que la que hasta entonces había arrastrado... la dañaba verse mandada á veces por Mateo ó por Andrea, ni más ni menos que si éstos fuesen los amos; cierto que no sufría allí como al lado de su madrastra había sufrido... pero hubiera dado cualquier cosa por hacer que aquella gente comprendiese que ella al fin y al cabo era una señorita acostumbrada á tener sirvientes.

Una señorita, una señorita. ¿Cuándo lo había

sido? Dábale gana de llorar cuando atendía con su pensamiento á justificar sus pretensiones.

Si conocía ya la casa, puede asegurarse que también la eran conocidos los señores, y eso que á la señora no la había visto sino dos veces: el día en que Juanita hubo de presentarse ante ella, la marquesa la miró de pies á cabeza, dirigióla dos ó tres preguntas indiferentes, y luego la encomendó á la camarera, y algunas tardes la vió subir al carruaje; pero la conocía, la conocía detalladamente.

Tanto la marquesa como el marqués eran el tema constante de las conversaciones de sus criados; se acumulaban diariamente las noticias de todos respecto á ellos, formando una mescolanza extravagante de censuras, de burlas y aun de elogios extraños.

Frutos, que ante el señor parecía aturdirse de miedo, y que se mostraba aún más confuso y torpe cuando le hablaba la marquesa, era quien más estúpidamente y con mayor desenfado se reía á más reir de sus amos.

No obstante, casi todos se callaban cuando aparecía Mateo, aquel hombrón tan alto, de faz severa cual la de un personaje preocupado por arduas cuestiones de Estado, con sus espesas patillas negras, tiesas cual si las engoma-

se, y cuidadas con un esmero rayano en puerilidad.

Andrea excusaba de tales miramientos respecto de la señora; según su constante repetición, no había que apreciar en mucho el cariño que la marquesa manifestase á las personas.

Élla no quería á nadie.

Juanita se hallaba muy de mañana en el cuarto de plancha, cosiendo ó planchando, á la hora de levantarse la marquesa. Andrea entraba y salía constantemente, ocupada en el trajín de disponer las ropas de la señora.

—¡Hoy está de venal Buen día se prepara. ¡Jesús, qué mujer más cargante!—Con estas y otras exclamaciones, frases irónicas, remedos y burlas, murmuraba de continuo la camarera, mostrando su encono sórdido y su antipatía por la marquesa.

Andrea, con sus cabellos rubios, tirando á rojos; su faz gruesa y blanca, pintaba de pecas, era una mujer que no carecía de gracia, y se hallaba dotada de un carácter resuelto y decidido, siendo, no obstante, para Juanita, que la miraba con desconfianza, poco simpática por la doblez manifiesta en aquellas murmuraciones que contrastaban con el aspecto de seriedad y de cariño con que se presentaba siempre ante la señora.



Cierto día Andrea apareció como más enojada é impaciente que de ordinario.

—Juana,—dijo;—¿están ya las chambras de la señora? Es necesario que pegue usted estos adornos á esta bata; luego, debe de quedar lista toda la ropa blanca para antes de las doce. Ocurrén grandes novedades... ¡já, já, já! está *chiflada*.

—¿Quién?—preguntó Juanita.

—Élla, mujer, élla,—replicó Andrea;—quería irse á Sevilla sólo á juntarse con la otra, por supuesto; pero como la señora es tan maliciosa, empezó anoche á hacer mimos y gestos, y en fin, que ha decidido pegarse á él y á no soltarle, así la pelen...—Andrea acompañó sus palabras con ademanes muy desenvueltos, y luego, bajando la voz, añadió que no acertaba á comprender cómo algunas mujeres se volvían tan empalagosas.

Juanita guardaba el más profundo silencio, y con la cabeza inclinada, fijando el brazo en el cabellete de la plancha, continuó pasándola cuidadosamente por la chambrá, que extendida sobre una manta había puesto en una gran mesa de pino hecha para tales trabajos.

—Lo que es yo, si fuera hombre, me había escapado al infierno por no vivir al lado de semejante mujer.

En efecto; los señores se fueron de viaje aque-

lla mañana; Juanita vió al marqués y á la marquesa atravesar muy amigablemente el jardín y subir en el carruaje; Frutos montó en el pescante cargado con una maleta y junto al cochero; Pedro, el lacayo, había ido una hora antes á la Central. La marquesa se asomó por la ventanilla del coche y saludó con la mano, riéndose, y al parecer sumamente contenta.

—Ea, señoras, á almorzar,—dijo á Juanita y á Andrea, una de las mozas de la cocina;—que Perico y Frutos ya almorzarán cuando vuelvan.

Andrea quedaba de ama de casa con Mateo, el ayuda de cámara; la ausencia de los señores duraría unos ocho ó diez días, cuando más.

En todo este tiempo no se hizo otra cosa que trabajar; todos temían á Mateo, y de él nadie se burlaba impunemente; pero en aquellos días fué cuando Juanita llegó á saber cosas que la llenaron de asombro; según Andrea, los señores no tenían, ni mucho menos, lo que aparentaban; á aquella casa se lo llevaba todo el diablo el día menos pensado. El marqués había sido riquísimo; ella, la marquesa, era una *cualesquiera*, más pobre que *las ratas*, cuando tuvo la suerte de casarse con él, y él era capaz de jugarse hasta los dedos de la mano.

—Qué se figuraba usted, hija mía; aquí es más

el ruido que las nueces. Y cuando una mujer regular se pone al servicio, ¡tiene que ver unas cosas! ¿Quién podrá creer que á los señores se los comen los ingleses? ¡Ufl si deben en todas partes. Sobre todo, élla... que es de lo más loca y manirrota que pueda haber en el mundo... Ya ve usted, á mí me deben seis meses, que á ocho duros, eche usted tela... y una, con la esperanza de cobrar...

—Andrea... yo me figuré,—se atrevió á decir Juanita,—que usted quería á la señora.

—Pues no ha ido usted descaminada en su *figuración*; no, señora; yo la tengo ley, y por lo mismo me llevan los demonios al verla que es más boba que Picio... Tiene la cabeza llena de viento... Vestirse, componerse, derrochar, y se acabó.

Además era insufrible con sus celos; siempre la estaba mortificando con preguntas acerca del señorito, como si ella hubiera de convertirse en perseguidora del marqués cosiéndose á las faldillas de su levita.

En lo que Andrea parecía hallar un contento extraordinario y hasta embriagador de gozo, era en relatar las calaveradas del marqués.

Por entonces tenía éste, según Andrea dijo á Juanita, una querida.

Andrea y Juana cosían en la azotea del hotel, á la cual daba salida una puertecilla del largo y espacioso cuarto de plancha; los grandes álamos del jardín dejaban entrever por su ramaje vestido de hojas de variados matices, desde el verde-oscuro hasta el amarillo-ámbar, todo el dilatado paseo de la Castellana; era ya más de la mitad de la tarde, y magníficos trenes en constante vaivén cruzaban por la avenida central, reluciendo en rayos de luz las ruedas al sol y las charoladas cajas.

Andrea interrumpía su charla para enumerar los carruajes de gentes conocidas, amigos de la casa; el conde Lobán, las de Irerquiz, duques de Santibofía, y así nombres de los más conocidos en la sociedad selecta de Madrid.

—¡Ah! pues hija mía, como la digo á usted, fué muy curioso el modo que tuve de averiguar cuál era y dónde vivía la querida del señor. Por ahí va la baronesa *Confurtius*, una milady vieja, y creo que riquísima; hace ya más de un año que está aquí la muy socarrona á ver si se adapta un prójimo. Pues yo ya me había calado que mi señor marqués estaba de capricho, ¿entiende usted?

—No, señora; no la entiendo,—replicó Juanita con ingenuidad.

Pues no era difícil entenderla, y Andrea le explicó toda la significación de la frase, pintándola después á la boqui-abierta Juanita, uno de esos salientes cuadros de seducción, trascendiendo á frenesí del vicio; uno de esos alardes del cinismo elegante, por el cual todas las personas del gran mundo viven dos existencias, no en diversas, sino opuestas direcciones. Una, en que el decoro se extrema; la respetabilidad se exagera; la devoción se finge; el pundonor se sustenta, al parecer, con fanático empeño; otra en que se hace gala de desenfreno; se lleva la crónica de las locuras del garito; se hace historia de las aventuras del lupanar, y se llega en desvarío inmoral, como una queja, una rivalidad, una emulación constante entre gentes que viven gozando de las expansiones baladíes del orgullo.

Juanita no se resistía á gozar del placer que le producía oír hablar de aquellas cosas, para ella hasta entonces desconocidas, y que Andrea le refería, y se enfraseaba en tales confidencias, llegando, paso á paso, á más íntimas, á más peligrosas, á más picantes confianzas.

Una tarde la confesó que la marquesa era hermosa de cuerpo; tenía un cutis suave, suave como el terciopelo, y un pecho blanco y pequeño; no podía negarse que era una bella mujer; luego

sabía componerse... Después descendió á minuciosas descripciones.

—A poco que hagan estas señoras, parecen mil veces mejor de lo que son. Lo que es ella es una mujer que entiende el tocador; dígamelo usted á mí, que estoy á su lado hace ocho años; como que vine á esta casa casi más joven que usted.

En lo cual mentía desvergonzadamente Andrea, que era ya veterana camarera al servicio de varias casas.

—¿Qué edad tiene usted, Juanita?

—Tengo... pues mire usted que no lo sé... fijamente creo que dieciocho años,—contestó la niña después de haber mordido la aguja y el hilo, y fijado los ojos en el cielo.

¡Qué hermosa edad! Era necesario que Juanita no se descuidase; era joven, era bella, pero no entendía jota en el arte de vestirse ni en el tocado. Andrea se comprometía á hacer de ella la doncellita más elegante de Madrid, y para ello, sin duda, someterla á un detenido examen; la hizo ponerse de pie.

—Pero enderece usted ese cuerpo,—la decía, —y alce la cabeza.

El cuerpo era una lindeza; tenía una cintura reducida, pero no mísera; el pecho era lindo; An-

drea quiso que se tomara medida de un corsé; Juanita necesitaba un corsé; para ello la hizo entrar en su habitación, y sin parar mientes en el rubor de la muchacha, la obligó á quitarse el jubón del vestido y el viejo corsé, y pareció deleitarse al ver el lindo pecho virginal de la muchacha.

Después se le ocurrió, como por capricho, peinarla, y hasta hubo de vestirla con una bata de la señora.

—Hija mía, es usted muy remona;—exclamó.

Luego se miró élla al espejo, pasó la mano á uno y otro lado de su cabeza, dándose golpecitos en el pelo como para alisarlo, sonriéndose ante su imagen con aquellos sus incitantes y gruesos labios rojos, carnosos, realzados por la blancura láctea de su pecoso rostro.

—Y yo, la verdad; ¿qué la parezco á usted?

Juanita replicó á media voz que la parecía guapa, muy guapa.

Desde aquel día ya hicieron como obligada costumbre el peinarse y componerse mutuamente. Andrea no se andaba con escrúpulos; se metía en el tocador de la marquesa y cogía botes de esencias, aceites, vinagrillos, cosméticos, mantecas perfumadas y cuanto creía necesario para su tocado.

Juanita realmente se sentía contenta con todo aquello; complacía mirarse en el espejo peinada á modo de las señoritas distinguidas; se deleitaba aspirando los olores con que la perfumaba Andrea, la camarera, y hasta iba á la par soñando en los mismos locos devaneos, que eran el placer de su nueva amiga.

Al fin hubo un motivo más para estrechar los lazos de unión entre Juanita y Andrea, la camarera.

—Dígame usted, Juanita: usted no sale á visitar á su familia,—hubo de preguntarla un día su compañera.

—¡Ah, no, señora! Mi familia no está aquí; sigue... Segovia.

Entonces, como Juanita comenzase á dar vagas respuestas, é insensiblemente se enterneciera al aclarar más aquellas reservas, y al fin se echó á llorar como una criatura, Andrea se acercó á élla y la abrazó, y con grandes extremos de afecto hubo al fin de lograr que Juana hiciera desordenada é incompleta relación de su vida, de la triste situación en que se hallaba.

—¡Pobrecita, pobrecita mía!—había replicado lloriqueando á su vez Andrea; pero luego la aseguró que no tenía á la verdad que afligirse; élla también se había visto obligada á abandonar á



sus padres, y hasta se iba cansando de remitirles dinero constantemente.

—Hija, debemos vivir; antes una que nadie; y lo que yo me digo: cuanto se hace, no ha de ser ni agradecido ni pagado.

Nada, á vivir; en esta frase quedaba expresado todo; quería decirse, según hubo la misma Andrea de explicarse, que éllas debían de gozar, puesto que trabajaban, y no acordarse de más negocios ni enredos de familia.

—¿Sabe usted cómo habría usted de ir á pasar una temporada en casa de su padre? Pues, hija mía, con cara muy alegre y hablando recio; bien vestida y alhajada, si es posible, para que rabie y se repudra la condenada de la madrastra... y se acabó.

Quedó decidido que así lo haría, caso de decidirse á ir á ver á su padre; Andrea había interpretado admirablemente los deseos de Juanita: abatir á doña Cayetana, hacerla ver que su hijastra vivía contenta, no le faltaba nada, y, sobre todo, se veía libre de sus golpes y de sus enojos de loca. ¡Cuánto no había gozado Juanita al saber por carta de Frutos que el canónigo Viejeiras había conseguido que se obligase á doña Cayetana á pasar seis reales á su hijastra para alimentos! Don Antonio había puesto aquello en el

Monte de Piedad á nombre de la muchacha, y luego, colocándola en casa de la marquesa, hizo como que estaba allí de huésped y no de criada.

Juanita ya esperaba llena de impaciencia el día en que iría á visitar á su padre, pero al mismo tiempo el miedo se apoderaba de su ánimo.

—Iremos hoy, ¿no es eso?—la dijo Andrea un domingo por la mañana.

—¿Hoy?

—¿Cómo? ¿Duda usted? No la pasa á usted nada, no tenga miedo, yo la acompaño; se va y se viene en el mismo día.

Sí; no había nada que temer, iría acompañada por su amiga; sintióse llena de coraje, y hasta reía de contenta al pensar en la ira que produciría en doña Cayetana verla bien vestida... y alegre.

Pero cuando ya se disponían á salir, y Juanita sujetábase el velo á la cabeza, entró precipitadamente Frutos en la habitación, exclamando con su vozarrón y en tono de sobresaltado ánimo:

—¡La señora! ¡La señora! ¡Que ha llegado la señora! Y esa condenada de Andrea no aparece.

## VII.

Era la señora. ¡Cómo! ¿Venía sola? Andrea se destocó y bajó precipitadamente á recibir á la marquesa, á la cual halló al pie ya de la escalinata del hotel; Juanita, por su parte, bajó también llena de medrosa sorpresa.

—¿Y el señorito?—preguntó Andrea, fingiendo un interés y un candor que estaba lejos de ser verdadero, pero que se hallaban justificados por la confianza que gozaba al lado su ama la antigua camarera.

La señora marquesa pareció no haber oído, ó tal vez fingiera no haber oído; llegaba, sin duda, hondamente disgustada. Era una agradable mujer de veinticinco años, si bien no aparecía sino como de mucha menos edad; tenía una abundante cabellera rubia, naturalmente rizada, grandes ojos azules, cejas formando un bien dibujado arco, bajo una espaciosa frente tersa y bella; la nariz era fina, un tanto acaballada, y la boca, de la-

bio delgado el superior y el inferior un tanto carnosos y caídos; veíasela en la barbilla un hoyuelo, y su garganta era admirable, como su cuerpo, airoso y elegante.

Subió la escalera con la ligereza y la distinción de movimientos que le eran característicos; atravesó el saloncillo, y entró, seguida de la camarera y de Juanita, en su gabinete; una vez allí, volviéndose bruscamente hacia Andrea, la dijo con gesto severo y voz precisa y breve:

—El señor no viene, y usted déme su cuenta.

—¿Qué dice la señorita?—exclamó palideciendo Andrea.

—Ya sabe usted que no acostumbro á repetir las cosas.

—Pero, señorita, por Dios; ¿qué ha pasado?

—He dicho que suba usted su cuenta,—añadió en voz baja y tan imperiosamente, que la misma Andrea salió confusa del gabinete, dejando á Juanita que, poseída de temor, miraba como á un Dios á aquella gran señora.

—¡Ah! ¿Está usted ahí? Me alegro; ya tengo camarera. Sépalo usted; esa mujer es una infame; salga usted, y diga de mi parte á Mateo que la dé la cuenta á la camarera.

No había remedio, Andrea estaba despedida.

¿Qué habría ocurrido? ¿Por qué despediría la

marquesa á una criada que llevaba tantos años á su servicio? Juanita compadecía á Andrea, pensando que aguardarían á la camarera peligros graves al salir de aquella casa, tal y como á la propia Juanita si se viese en semejante caso, que no podría ser que entonces la obligasen á volver al lado de su madrastra.

Cuando vió á Andrea gimoteando en su cuarto, mientras arreglaba la ropa de su baul, en el que colocaba, mañosamente doblados, todos los vestidos, la mayor parte de ellos regalos de la señora, sintió una pena grande; estaba visto que ni aun los amos tomaban ley á las personas.

Lloraba Andrea; lloraba, pero no de pena, maldita la que sentía; lloraba de rabia; aquello era una indecencia; despedirla sin darle siquiera cuenta de las razones que para ello tenían; no faltaba ya más sino que la registrasen el baul para ver si se llevaba alguna cosa.

—¡Siempre ha sido una puerca!

—Por Dios, Andrea, no hable usted así de la señora.

—¿Que no hable así; que no hable así? Pues lo repito, una puerca. Vamos á ver, ¿qué motivos tiene para echarme de su casa? Cuando se fué de aquí la muy veleta, porque no es más que una veleta, hasta me ofreció no sé qué cosa; y ahora

llega, y sin más ni más: «á ver, que le den á usted su cuenta,» y se acabó. No, pues yo la juro... Tome usted, hija mía, la dejo á usted este recuerdo, es una camiseta bordada, no me la he puesto sino dos veces; pues sí, yo la prometo que ha de acordarse de mí... Las ve usted,—y al decir esto mostraba á Juanita los dos índices de sus manos puestos en cruz, que besó ruidosamente,—pues por éstas que ha de tirarse de los pelos por haberme despedido... No encontrará otra mujer tan tonta como yo.

Luego la acometió un ataque de soberbia que la hizo ponerse roja, con los ojos saltando fuera de sus órbitas, la voz sorda y la boca temblorosa, y haciendo ademán de amenaza con la mano, añadió con desesperada rabia:

—¡Oh! se sabrán el tapujo de los brillantes y las locuritas del Sardinero...

—Andrea,—dijo entonces una voz femenina, pero recia y dominante, —venga usted inmediatamente.

Era la señora, la misma señora, que hablaba desde el fondo del pasillo.

Andrea quedóse cortada y perpleja un instante; pero luego, haciendo un mohín enérgico, con la cabeza tiesa y taconeando reciamente, salió del cuarto, dirigiéndose al punto donde la llamaban.

Al poco rato volvió; no había manera; ella había sido despedida, y no se quedaba, así se lo suplicase de rodillas su propio padre.

—Qué, ¿la han dicho á usted que se quede?— preguntó Juana con visibles muestras de alegría.

—Sí; pero á otro perro con ese hueso.

—Pero en fin, ¿por qué la han despedido á usted?

No tenía inconveniente en referírsele á Juanita ni á nadie; pero después la camarera se detuvo, pareció reflexionar y desistir de este propósito, según dijo, porque ella, al fin y al cabo, no tenía un corazón tan pequeño como el de la señora. En esto, hacía sonar en un pequeño portamonedas de veludillo y plata el dinero que acababan de entregarla; salió, y al poco rato volvió á aparecer seguida de un mozo de cuerda, que cargó con el baul.

Andrea abrazó estrechamente á Juanita besuqueándola.

—Tome usted, hija mía; aquí están las señas de la casa á donde yo voy á parar, si es que usted no teme tratarse con una infame que es la causa del desacuerdo y de las desavenencias entre el señor marqués y la señora marquesa. Véame usted. Me ha sido usted sumamente simpática... Adiós.

¡Qué diablo! al fin y al cabo debiera de haber razones para despedir á Andrea; ésta no tenía, á la verdad, mucho cariño á sus amas, ni hablaba jamás bien de su señora, la cual no era seguramente tan mala, cuando había hecho tantos obsequios á su camarera, porque cuanto de ropa, joyas, sombrillas y abanicos tenía, según ella misma había confesado, era regalo de la señora marquesa.

Juanita fué avisada de que la señora la esperaba en el gabinete, y la muchacha se presentó inmediatamente á ponerse á las órdenes de la marquesa.

Ésta se hallaba sentada en una enana; había mudado su traje de camino por una bata obscura con encajes negros; estaba pálida y tenía los ojos enrojecidos como si acabara de llorar y hubiese estado llorando largo tiempo.

—¿Cómo se llama?—preguntó gravemente la marquesa;—Juanita, ¿no es esto?

—Sí, señora.

—¿Usted nos fué recomendada al señor marqués y á mi administrador general, por don Antonio?

—Sí, señora; don Antonio tuvo la bondad de presentarme á usted.

Entonces la señora marquesa recordó todos



los demás antecedentes de Juanita, mostrándose sumamente satisfecha, sin duda, al ver confirmadas por la muchacha cuantas noticias sabía ya por don Antonio. Sabía Juanita planchar y coser á máquina, pues ya iría aprendiendo lo demás; estaba resuelto, quedaba al inmediato servicio de la señora.

Por la noche, cuando ésta se hubo acostado, Mateo llamó á Juanita y le manifestó, con el tono más agrio posible y el gesto más severo, que Andrea había sido despedida porque era una pícara redomada, una verdadera tía encubridora, que había servido de correo entre el señor marqués y una tunanta culpable de gravísimos disgustos para el señor y la señora.

A la verdad, tuvo que felicitarse Juanita con aquel cambio; cierto que desde entonces se vió privada de una amistosa unión de igual á igual, como la que había comenzado á establecerse entre ella y Andrea; pero hallaba, en cambio, algo muy grato con la confianza que iba concediéndole, fiada en el rostro aniñado y en la ingenuidad manifiesta de su nueva camarera, la señora marquesa; realmente ésta era extremosamente voluble, y unos días parecía mostrar exagerado cariño, y otras un excesivo y orgulloso desdén; pero, no obstante, no era difícil acostumbrarse

á estos cambios; Juanita tenía adquirido desde muy niña los hábitos de la resignación y del silencio.

¡Pobre señoral Juanita la compadecía profundamente, sobre todo al verla llorar algunas veces como si no hallase esperanza de consuelo.

De día en día fué aclarándose el misterio de lo acaecido con Andrea; la misma señora hubo de referírsele todo á Juanita; además, estaba probado que la antigua camarera tenía el prurito de mentir, y lo que llegó á decir de ella la marquesa, cuanto más tiempo pasaba, mayores defectos se iban descubriendo en Andrea; ésta mentía, pues no había estado tantos años al servicio de la señora, como había dicho á la misma Juanita; era ladrona y murmuradora; pero sobre todo, lo que indignaba á la marquesa, lo que la exasperaba sólo al recordarlo, era que la tal Andrea hubiera servido al marqués en sus infames relaciones con la Albertina, una cortesana célebre.

La marquesa había tardado en saberlo; pero al fin había tenido perfecto conocimiento de ello á su llegada á Sevilla; allí había sufrido la señora horriblemente una de esas afrentas que no hallan remedio.

—Allí, allí estaba... Allí me la encontré, allí

supe que no eran infundadas mis sospechas; mi marido se burlaba de mí, y esa miserable mujer ruda, que estaba á mi servicio, iba y venía de aquí á casa de la tal bribona, y después... ¡oh, esto ha sido espantoso!

Al cabo de algún tiempo, Juanita se halló contenta como jamás había podido estarlo, y casi enorgullecida de merecer la estimación de su señora; levantábase á las ocho; disponía, como siempre, la ropa blanca de la marquesa; luego entraba en el gabinete, una pieza semicircular que correspondía á uno de los dos cubos laterales de la fachada del hotel; tenía dos balcones y una galería de cristales en el centro; grandes cortinas de damasco, y bajo ellas otras de fino hilo hábilmente bordadas, adornaban los balcones y la galería; frente por frente de ésta había una chimenea con caja sobrepuesta de riquísimo palo santo tallado, haciendo juego con los muebles (Luis XV) de la habitación.

Vivía bien; sentíase como si fuese en parte dueña de aquello, y á merced de esa vaga idea de posesión que tienen los criados respecto á todo lo que pertenece á sus amos, estaba allí real y verdaderamente el lujo entrevisto ó soñado por Juana al escuchar las largas y para ella amenas conversaciones de Fernando, su amado.

Producíala entonces un horror más intenso el recuerdo de la casa de su padre, en Segovia, con aquellos pesados y viejos muebles; el triste aspecto de aquellos cuartuchos empapelados con papeles bastos de feísimos dibujos; los techos bajos, la alacénilla de pino pintado de verde; los cuadros de madera dorada, ya sucia, y lienzos borrosos.

Paseábase desde el gabinete ochavado á la habitación-dormitorio y tocador de la señora marquesa; había en esta estancia una fastuosidad, una coquetería, un muelle *comfort*, un incitador atractivo femenino y caprichoso, lleno de gracia.

La marquesa tenía su cama en el centro de la habitación; en toda ésta resaltaban las blancas colgaduras del lecho, del lavabo y de las ventanas, el rosa y el oro; por manera que, amenguando la intensidad de la luz, conservaban un tono de claridad, de transparencias suavísimas, acentuadas por el brillo del mármol y la refracción de la luz en los espejos.

Hasta á la misma Juanita la encantaba mirar á la marquesa, cuya blancura de cutis en el tono caliente de una carnación fina y rosada, tomaba realce; como sus rubios cabellos parecían más hermosos en aquel fondo álveo, y toda la figura surgía como en una aureola nítida de nieve, de nube y de espuma.

Era extraño lo que entonces la acaecía á Juanita; hubiérase dicho que su sensibilidad empezaba á inciarse en nuevas y gratas percepciones de un ambiente embriagador, de visiones deleitosas y de contactos suaves; no se sabe qué incomprensible medio de educación dirigía sus sentidos á más susceptible y exquisita vitalidad.

Se hallaba tal vez en ese período de la vida de todas las organizaciones nerviosas, en el cual parece presentirse la irritadora excitación por la complacencia de misteriosos deseos de sensaciones delicadas y desconocidas; tal vez como á la acción tósiga de aquellos perfumes de un refinado sibaritismo.

Cuando Juanita penetraba por las mañanas en las habitaciones de la marquesa, abría primero las maderas del gabinete ochavado, después se dirigía lentamente al cuarto de dormir, y abría asimismo las maderas de una de las ventanas; la marquesa, por más que siempre llamaba tocando al timbre eléctrico que tenía inmediatamente al lado de la cabecera de su cama y junto á la mesa de noche, no solía hablar á Juanita hasta que ésta se acercaba al lecho.

Estaba hermosa la señora.

Juanita la envidiaba algunas veces; aquella

graciosa cabeza, aquella expresión singular de dulce pereza que complicaba, acentuándola, una sonrisa de extraña y dulce malicia, y, sobre todo, aquella blanquísima garganta, producían en Juanita una admiración sincera que se mostraba en sus ojos de un modo lisonjero para la misma señora.

Cuando ésta ya no tuvo duda alguna respecto de la candidez de su nueva camarera, la habló sin rebozo; no volvió por esto á nombrar ni una sola vez, ni como por casualidad, á su marido; muy al contrario, insensiblemente fué como curándose de aquella pena, y hasta hablaba con volubilidad y con gracejo de divertirse á su vez, de lucir y de gastar.

Cierto día hasta llegó á fijarse, como si hasta entonces no se le hubiere ocurrido semejante idea, en el porte y en el vestido de Juanita.

—Niña, es necesario que deje usted ese vestido de colegiala pobre.

—¿Qué quiere usted decirme, señorita?

—Que no quiero que se figure la gente que está usted todavía con su madrastra.

—No comprendo, señorita.

La marquesa se dirigió á un gran armario de ropa, cuya puerta de espejo reproducía su imagen de cuerpo entero; introdujo una llavecita en

la cerradura, abrió, rebuscó, y por fin, sacando un lindo vestido, que la moda había hecho olvidar, dijo á la muchacha:

—Es necesario que se arregle usted este traje á su medida.

Sí; no le fué difícil arreglarse aquel traje; la misma señorita hubo de mandarla con una tarjeta en casa de su modista; Frutos la acompañó. Madame Leony hizo el corte, y dió con la mayor amabilidad á la camarera de la marquesa de Alhajema las instrucciones necesarias para el cosido y el adorno del traje.

La marquesa salía todas las tardes, é iba al teatro todas las noches; muchas, desde el teatro iba á alguna *soirée*, de la cual salía casi en el momento de apuntar el alba; había vuelto á su vida de siempre, y parecía cuidarse tanto de su marido como éste de élla. Respecto al desorden que imperaba en ciertos asuntos de la casa, desgraciadamente era cierto cuanto Andrea había dicho.

Una mañana que la marquesa se hallaba en el tocador con la peinadora, se oyó sonar la campanilla de la puerta-verja del hotel; por casualidad no estaba el conserje en el pabellón, y la persona que había empujado y abierto la puerta atravesó muy frescamente el jardín; subió la es-

calinata y se coló en el recibimiento, donde hubo de tropezar cara á cara con Juanita.

El desconocido era un hombre de chaquet y sombrero hongo obscuro, de alta estatura y rostro ceñudo; llevaba una gruesa cadena de plata prendida del hojal al bolsillo del chaleco.

—¿Está el señor marqués?— preguntó con acento rudo y sin quitarse el sombrero.

Juanita se asustó; no estaba acostumbrada á ver entrar á nadie con aquel desenfado en la casa.

Cuando Juanita le manifestó que no había venido de Andalucía el señorito, el desconocido replicó aún con más marcada grosería:

—Bien, lo mismo me da; pero la señora marquesa ha venido; ¿estamos, mocita? Conque así, pasa ese recadito de atención á tu ama.

No era posible en aquel momento, la señora se estaba peinando; Juanita comprendió desde luego que aquel hombre no era portador de ninguna agradable noticia.

Pero el desconocido, lejos de darse por satisfecho, comenzó á vocear, á proferir insulto tras insulto, á llamar estafador al marqués, tramposa á la señora, y á afirmar que de allí no se movería si no le pagaban inmediatamente. En un principio se sobrecogió Juanita, y subiendo con apre-



suramiento la escalera, no sin pedir antes al acreedor que no gritase de aquel modo, y de asegurarle que iba á presentar ella misma la factura á su señorita.

Pero después que, entrando en el tocador de la marquesa, llamó á ésta aparte para mostrarle la factura, como la señora la dijese que despachara con energía á aquel importuno, Juanita, por hacer gala de un celo excesivo hacia su ama, y gozándose en remedarla al copiar lo que mayormente le impresionaba de todos los rasgos del carácter de la marquesa, bajó al recibimiento, y con un tono imperioso y seco dijo al acreedor:

—El señor no está en Madrid; vuelva usted á una hora en que se halle el mayordomo, y entiéndase con él.

Realmente la expresión del orgullo le causaba un placer inexplicable; vencía con aquella su mirada dominadora, y con el tono despreciativo de su voz; así fué que hubo de aturdirse en realidad el acreedor, y murmurando entre dientes y como violentado, aunque no lo pareciera, salió de la casa.

Juana crecía de un modo insensible, se metamorfoseaba; iba como desplegando libremente todas las cualidades singulares de aquel su carácter lleno de poderío y de apasionamiento, dando al

olvido su pasado, del cual no sabía estimar sino aquellos recuerdos que la disponían á una lucha vigorosa.

Entre las gentes de la casa desenvolvía poco á poco una portentosa actividad, y tuvo el habilitoso empeño de ir separándose á gran distancia del resto de la servidumbre, sin dejar comprender á nadie el grado de confianza ganado en el ánimo de la marquesa.

¡Qué era la vida, fuera de aquellos gustos y de aquellos hábitos que le era dado de admirar en la señora! Hasta los más imperceptibles gestos de ésta eran atendidos por Juanita con ávida y fija atención.

Supo al fin cuanto, sin desear saberlo, podía convenirle saber; supo lo que la marquesa necesitaba revelar á una persona de verdadera confianza (la señora no tuvo reparo en hablar con la mayor llaneza y sinceridad), sus íntimos secretos, y oyó á su vez, y con verdadero gusto, los secretos de Juanita.

Ésta hallaba en su ama, sin que ni una ni otra lo entendiesen, el prototipo que había concebido de distinción y de elegancia, y la marquesa en su camarera un alma bastante inexperta para no entregarse desde luego á merced de sus impresiones, y bastante ingenua para que los lisonje-

ros elogios no fuesen de una sinceridad encantadora.

El marqués de Alhajema se había casado enamorado, no era hombre que al sentir una pasión tuviera escrúpulos por satisfacerla, él lo decía.

—Por empeño de pasión soy capaz de entrar hasta en las estrecheces morales.

La marquesa, hija de una familia aristocrática, tanto como podía serlo la de su marido, si bien no tan rica, carecía de un título nobiliario.

—Ya ve usted, esto era un capricho muy natural en mí, sobrina de los duques de Alir, y parienta de los de Casa de Rivera y de la Fronda... la verdad, me halagaba ostentar al lado de mis nobles apellidos, un bonito título,—decía.

El marqués se había presentado en Toledo para asistir á una cacería, á la cual acudió toda la gente de copete; allí hubo de conocer á Emilia Ruigálvez de Sotolongo; se casaron al poco tiempo. El marqués, que había llevado de soltero una vida de locuras y calaveradas, se mostró los primeros años como el más apasionado y complaciente de los hombres, sin que por esto diera al traste por completo con sus costumbres elegantes, si bien renunciando por completo á su libertinaje y á sus calaveradas de otro tiempo.

—Imagínese usted, hija,—decía la marquesa, —lo que habré sufrido después al descubrir que tenía una querida; así como usted lo oye. Una de esas bribonas elegantes, que le cuesta un derroche continuo de dinero...

Pero á la marquesa nada le importaba; al saber que la mujer aquella se había ido á Sevilla, quiso en este punto confirmar la verdad de cuanto le habían dicho; halló que era cierto, y desde entonces se propuso mostrarse como quien era: altiva é indiferente...

—Y ya lo ve usted, Juana; esta vida que ahora hago es la vida que siempre hice... sufro, por qué negarlo; pero lo oculto con valor; la de Grosellón, la señorita Adela, lo decía noches pasadas. Esta Emilia es una heroína.

No era difícil resignarse, según entendía Juanita, cuidándose, ya por un secreto instinto de prudencia, de no manifestar su opinión; no halló grave obstáculo en sufrir á un marido calavera, teniendo como consuelo una vida de lujo que á la muchacha le parecía el mayor de los goces del mundo; atrevióse á pensar que su ama tenía en la ostentación de su persona, en el pujante estímulo de proseguir luchando con sus ricos trajes y su tren, motivos para rivalizar con las mujeres más celebradas de la sociedad de Madrid; á veces

hasta la misma señora disculpaba á su marido el desvarío cruel, considerando como uno de los deberes imprescindibles, en un hombre de su clase, la indiferencia, y siempre Juanita había llegado á pararse en tal observación. La marquesa hablaba con mayor sentimiento y con mucho más acentuado despecho de las demás mujeres, ó de aquellas otras familias que hubieran podido rebajarla en elegancia ó en riqueza.

Fueron bien pronto conocidas por Juanita las personas de la aristocracia, y aquellas que por la política ó por la banca formaban en la clase elevada; supo su historia, tuvo conocimiento de las más extravagantes ridiculeces, de los más extraños episodios y de las más singulares aventuras; un vago sentimiento de rectitud moral la hacía formar en ocasiones un acertado criterio respecto á todo cuanto escuchaba, si bien fué poco á poco acostumbrándose á no descubrir las diferencias entre las aberraciones sociales y el curso lento, reposado é igual con que caminan las gentes laboriosas, productivas y modestas que constituyen el fundamento esencial de los pueblos.

Una mañana, que la señora recibió la visita del duque Abesto, un caballero de mediana edad, cuerpo erguido, cabello y barbas pintados, voz agria y maneras torpes, dijo á Juanita:

—Este es el marqués de Abesto; ¿se ha fijado usted bien, para que le conozca usted?

—Sí, señorita.

—Es un personaje; va á Palacio y no sale de allí; se sabe que es grande amigo del rey.

No cabía duda que esto había de parecerle una cosa extraordinaria á Juanita, y así lo hubo de revelar en la grave mirada que fijó en su señora cuando ésta le hubo dado la noticia.

Era un hombre que deliraba por las mujeres; había hecho mil disparates por ellas, á punto de perder toda su inmensa fortuna y de estar atenido á la generosidad de los reyes, lo mismo que estaba el barón de Hormasa, á quien una bailarina del Real había dejado en tal extremo de pobreza, que andaba solicitando de los Cormellas, una familia de abogadillos perspicuos, manipuladores de la política, la plaza de Gobernador civil de Madrid.

Por las noches se acostaba Juanita con la cabeza llena de ideas descabelladas, y bien puede asegurarse que con los sentidos excitados por aquel cúmulo de varias, opuestas, y hasta entonces desconocidas impresiones; acompañábala ya aquel olor picante del tocador de su señora; diríase que oía crujidos de la seda en el suelo, que la entontecían las miradas de luces de un salón

de baile, ó que recibía el continuo y suave adormecimiento que produce ir echado en el respaldo del carruaje, mirando pasar las rápidas é incessantes perspectivas del paseo; revolvía en su fantasía el recuerdo de todos aquellos rostros de jovenzuelos pálidos, cuyos ojos viciosos punzaban con puntos de malicia; viejos restaurados; señoritas lindísimas ó matronas lujosas; era como si á violenta y precipitada acometida llegase á élla aquel torrente de la vida, de la gran vida bulliciosa y mundana.

No obstante, por si acaso le asaltaba la duda respecto de si era real ó fingido el sentimiento de pena de la marquesa por la conducta de su marido, Juanita tuvo de ello una prueba; recibió una sorpresa que hubo de impresionarla con un dolor y un escozor semejante al que le hubiera causado aplicándola á la piel un hierro candente.

El conde de Mirabella, un joven alto, rubio, muy elegante, se hallaba en el saloncillo con la marquesa, y Juanita lo vió, hubo de verlo sin que la curiosidad hubiese sido la causa que la obligase á pasar por el gabinete en tan crítico instante; hubo de verlo, repetimos, y casi dudó después de lo que había visto.

El joven tenía su brazo derecho colocado alrededor del cuello de la señora, y ésta la cabeza

inclinada hacia la de aquel caballero, del cual había dicho su ama, cuando le fué anunciada su presencia:

—¡Ah! sí, que pase; es una visita de casa.

Pues bien: ambas cabezas estaban juntas, y juntas las bocas, y así los vió Juanita como apegados á uno y otro, y así les dejó... Y se fué de puntillas, extremando el cuidado por no hacer ruido, y ruborosa, sintiendo que la vergüenza le abrazaba las mejillas... élla no comprendió bien aquello, pero su instintiva timidez de mujer virgen la hizo sentir.

Sí; aquello realmente hizo que perdiese á sus ojos la marquesa, cuando comprendió Juanita, aunque á la verdad no hubiera podido explicárselo, que se trataba de una acción censurable.

No fueron, desde entonces, para la camarera, las risas, las tristezas, las enternecedoras confianzas, las protestas de severidad de la señora, sino hábiles ficciones, semejantes á los disimulos de la madrastra; no era necesario mucho para que Juana diese en este recelo, toda vez que estaba bien informada acerca de lo que puede ser fingido y teatral; en cuántas ocasiones su madrastra, estrechándola contra su pecho, besándola en la frente ó en los ojos, simulaba el más apasionado cariño.



Era posible, pues, que resultara cierto lo que Andrea había repetido respecto á la volubilidad y á la perversión de la marquesa; otra persona existía en la casa que con discreta prudencia hizo comprender á Juanita lo propio que élla se maliciaba ya, y que le había referido su antigua compañera: Mateo.

*Superiormente, supernumerario*, estas eran las frases que hacían tenderse de risa á la marquesa; las recordaba por hacer burla del ayuda de cámara, sujeto de toda su antipatía; ¡oh! y qué manera de reír la señora al recordar las veces que había oído al criado proferir dichas expresiones.

—Mateo,—había dicho un día el marqués.

—¿Qué manda el señorito?

—Has traído el anisado. ¿Qué tal es?

—Muy bueno, señorito; de lo más *super-numerario*;—replicó muy gravemente el ayuda de cámara, quedándose muy satisfecho de haber empleado un vocablo propio y nada vulgar. Siempre hacía uso de tal término, así como aplicaba, viniera ó no al caso, el *superiormente*.

Mateo, tenido por un malvado estúpido, á juicio de la marquesa, era un hombre de treinta y ocho años, moreno, de nariz larga y acachiporrada, ojillos ladinos, alto, seco, muy pulcro, muy peinado; con su rostro perruno y dos espesas pa-

tillas negras que encerraban, como entre paréntesis, una sonrisa burlona, casi imperceptible y habitual en aquella su boca de labios delgados.

Llevaba las camisas blanquísimas y muy planchadas, y era su afición dominante los perfumes; usábalos para alisar el cabello, que parecía una pasta oscura y brillante sobre su cabeza; para la ropa, para la dentadura y para el pañuelo, pudiendo asegurarse que dejaba tras sí al pasar un rastro oloroso, mezclanza de mil olores diversos, semejante al tufillo que asalta á todo aquel que atraviesa ante la puerta de una droguería, de una perfumería ó de una farmacia.

Este personaje, de rostro serio y de cortesías aún más graves que su cara; conocido por todas las gentes de la vecindad, especialmente los tenderos y los conserjes de la calle de Serrano, que, según parecía, le dedicaban un gran respeto, había advertido á Juanita dos ó tres veces que tuviese cuidado con la señora.

—Nada la digo á usted, niña; es peligroso andar con la señora...

Habíale dicho, y además manifestaba por gestos extraños, frases embozadas y reticencias significativas, algo que le era difícil comprender á Juanita.

Cierto día, lanzando una ojeada de recelo-

sa expresión en torno suyo, elevando luego los ojos al techo, como quien clama por la justicia divina, murmuró:

—¡Oh, si uno dejase de tener prudencia!... ¡Lo que podría armarse en esta casa sería terrible!—añadiendo, cual si hablara consigo mismo:—¡Esa mujer no tiene sentido!

«Esa mujer;» con esto había indicado á la señora, y no podía menos de aludir con gestos y palabras á la traición de que Juanita hubo de tener conocimiento por una verdadera casualidad. Sí; á esto aludía el señor Mateo.

Mateo no prestaba servicio alguno en la casa desde que los señores habían vuelto de Sevilla; por las mañanas limpiaba con presteza los muebles del despacho, la sala de armas y las habitaciones del marqués; seguidamente entraba á preguntar á la señora, ó bien hacía que Juana se lo preguntase, si le necesitaban para algo, y después se marchaba á cumplir, según afirmaba, encargos del señorito.

Los criados temían más al ayuda de cámara que á los amos; era realmente muy singular la posición que éste ocupaba en la casa.

—Lo que es como dinero, hay dinero en la casa... ¡uf!... más de lo que se piensan las gentes; el amo tiene *orilla* de mi pueblo un monte que

no querría yo más para darme la gran vida; y á más, que tienen por todas partes... ¿Pero de qué sirve, si para tirar dinero no hay como el que vino de Sevilla?—esto era repetido en tales ó parecidas palabras por el zoquete de Frutos, y solía añadir, riéndose á todo reir:

—Pues *abate... quien sabís*,—claramente expresaba, dirigiendo con un rápido movimiento el pulgar de su mano derecha hacia el lado de las habitaciones ocupadas por la marquesa, que aludía á ésta;—capaz es de dar con el aventador á todo el oro del mundo, desparramándole como yo la ceniza del fogón con el soplillo de esparto cuando subo á la cocina de Pedro el cochero.

Juanita estaba ya casi completamente informada, y á la verdad que al perder por dichas noticias algo del respeto que desde un principio le había infundido su señora, no dejaba de sentir hacia ella aquella admiración, y de hallarse subyugada por el encanto producido en su ánimo al contemplar de cerca la vida, los gustos, las ligerezas y las gracias de una gran señora, hermosa y elegante.

Juanita llegó á completar su transformación; ya no andaba con aquella lentitud perezosa que le había sido habitual toda su vida, ni aparecía con el encogimiento y la timidez que mostraba en

casa de su madrastra; su talle lucía, mayormente por el gentil erguimiento de su cuerpo; sus manos, lavadas con miel, jabón y vinagrillo oloroso, y sólo ocupadas en labores finas, eran suaves, se habían adelgazado, estaban más blancas, y con esto habían adquirido flexibilidad y gracia de movimientos; su rostro no se ofrecía ceñudo, receloso, sin que le iluminase nunca una expresión de complacencia ó de alegría... ya era animado y lleno de inteligencia; los ademanes eran cada vez más sueltos y elegantes, al par que sus actitudes parecían más airoosas, como su paso, su voz... perdía, en fin, el estilo suyo; se adaptaba con pasmosa exactitud toda la personalidad exterior y característica de la marquesa de Alhajema.

Juanita salía raras veces de casa, y casi en todas ocasiones á los mismos sitios, á dar prisa á la modista; á llevar ó traer algún sombrero ó adorno de la cabeza; á la perfumería ó á casa de alguna de las amigas de la señora; no eran muy frecuentes tales salidas, porque «la señora solía entendérselas con los establecimientos de que era parroquiana, valiéndose del teléfono.»

Cuando Juanita salía, nadie la hubiese tomado por una camarera; llevaba un elegante abrigo, un lindo velo, su antuca, su portamonedas, un vestido de precio y guantes de ámbar á medio bra-

zo; le eran gratas aquellas salidas; llenábase de gozo por el más insignificante detalle; porque un caballero cualquiera, al verla entrar en el tranvía, se levantase de su asiento para ofrecérsele, saludándola respetuosamente; porque en los comercios la recibiesen con marcada finura y amistosas atenciones. Aquellas exhibiciones, aquellos ejercicios de su nueva manera de andar, contonearse, y lucir, eran semejantes á los primeros aleteos de una avecilla educada ya para el vuelo, y le producían un contento íntimo.

Un domingo pidió permiso, y tomando el tren se dirigió á Segovia á ver á su padre, acompañada por la señora de don Antonio, una doña Micaela, muy gruesa, muy bonachona y muy amiga de santos y rezos; halló al pobre paralítico... cada vez más aletargado y abatido; tenía los ojos más vidriosos, la voz más débil y más torpes los brazos. La madrastra no quería ver á Juanita, y se escondía en una habitación hasta que Juanita se retiraba.

Al entrar en la casa acometíale un invencible horror; hallábase luego apenada y triste ante su padre, que algunas veces revelaba en el brillo extraño de sus ojos, ó en imperceptible sonrisa haber reconocido á la niña; mirábala de arriba abajo el traje, el velo, las botas; miraba luego á doña

Micaela, y salía hablando allá por los cerros de Úbeda, ó se echaba á reir estrepitosamente. Juanita salía siempre llorando á lágrima viva de aquella casa; élla hubiera llevado alguna cosa á su padre, pero estaba segura de que bastaba que fuese objeto que élla comprase, para que la madrastra lo hiciera pedazos. ¡Oh, qué alegría la embargaba el ánimo cuando se encontraba lejos de aquella casa!

—Juana: va usted á hacerme un servicio,—dijo un día á su camarera la marquesa á poco de haber ésta vuelto de Segovia, en tono tan suplicante, que produjo por él gran sorpresa á la muchacha.

—¿Qué manda la señora?

El rostro de la marquesa aparecía compungido, y revelando al propio tiempo que su espíritu se hallaba á merced de la más viva impaciencia.

—¿No sabe usted que mañana es el baile de la vizcondesa?

—Sí; ya me lo dijo días pasados la señora... ya avisé á madame Seville.

—Estoy abrasada con esa mujer; cuando más necesaria le es á una, más se complace en mortificarla... hoy debía de haberme mandado el vestido de raso.

—No se apure la señorita; yo iré...

—Si no se trata de eso.

Juanita mantenía fijos en la marquesa sus grandes ojos, y esperaba sin pestañear que la señora se explicase.

—Se trata de que esa maldita francesa no mandará el vestido si no le envió el plazo que cumplía hace seis días.

—Pues mándeselo la señorita.

—Pues ahí está el caso, Juanita... que no tengo un céntimo... Ese Mateo cobró días pasados una letra por valor de ocho mil pesetas, y de ello no me queda nada. ¿Qué hago?

—¿Cómo quiere la señorita que yo se lo diga? —replicó Juanita.

—Si usted fuera capaz,—añadió la marquesa; pero se detuvo, é hizo un gesto significativo como queriendo manifestar que rechazaba por imposible algún intento.

¿De qué se deseaba que élla fuera capaz? Juanita no comprendía palabra; al fin la marquesa se expresó; tratábase de llevar al Monte dos pulseras magníficas, una sortija y un precioso reloj; la cosa era fácil de hacer; Juanita saldría muy de mañana con un pañuelo á la cabeza y un mantón; se iba al Monte de Piedad, empeñaba las alhajas á nombre de M. B. T., y volvía con el dinero.

Así lo hizo; las prendas valían más de ocho



mil reales; dieron cinco por el empeño, y Juana, con todo aquel dinero en el bolsillo, regresó al hotel... la marquesa regaló á su camarera diez duros por la operación.

Se puso loca de contento, y según dijo á Juanita, aquello no significaba nada; á los dos meses volvería á recuperarlo.

No debía de admirarse de aquello Juanita; lo hacía todo el mundo, y para comprobarlo citó la marquesa multitud de personas, algunas de las cuales no sólo andaban en este continuo teje maneje de empeñar y desempeñar, sino que vendían hasta lo que se les regalaba, y aun lo que no se les regalaba.

Poco tiempo después volvió á salir Juanita, pero entonces fué á cumplir una misión algo más extraña todavía.

Decididamente había llegado á establecerse entre la marquesa y la camarera una estrecha confianza; aquélla parecía segura de la lealtad y de la adhesión de Juana, y ésta, sin traspasar por nada en lo más mínimo los obligados respetos, ponía grande empeño en manifestar su cariño extremoso á su señora.

Emilia era una mujer cuyo carácter impaciente y voluble se revelaba en la vivacidad de sus ademanes y en la rapidez de su palabra; hablaba

con apresuramiento, y con tal animación, que sin intentarlo tenía á veces su lenguaje un colorido brillante y una vehemencia grande.

Juanita había resistido el influjo que por simpatía nerviosa suelen ejercer las personas de genio inquieto en el ánimo de seres que les rodean; á pesar de que la muchacha era de un temperamento ardiente, podía dominarse; era en ella muy antiguo el hábito de ocultar sus pasiones; además, no le sorprendían caracteres como el de la marquesa; doña Cayetana era tan mudable, tan aparatosa en la expresión de sus deseos como la señora, aunque no cabía duda que en la madrastra se manifestaban con grosería y con rudeza.

Vaya, Juana no era tonta, según ella misma pensaba; vivía prevenida; casi pudo asegurar, sin temor de caer en engaño, y esto á los dos meses de servicio, que la marquesa, á pesar de todas las exageradas demostraciones de afecto, no *tenía ley ni á la camisa* que llevaba puesta.

Juana, además, había adquirido la afición propia de los servidores domésticos, la afición al dinero; no le fué difícil tampoco aceptar los trajes y las mil chucherías, las propinas y todos los regalos de su señora; cobraba gustosa al fin de mes su salario de cincuenta pesetas; á ella no la habían dejado de pagar ni una sola vez; guardaba aquel di-

nero en una cajita de caoba con hileras talladas, escondida en el fondo de su baul, repleto de ropa, cargado de multitud de cosillas, como adornos de vestidos, flores contrahechas, botes de agua de colonia, sortijas de poco precio y objetos de tocador. Aquello era su riqueza; pasábase algunos ratos de descanso en doblar y desdoblar sus ropas y contemplar su tesoro de monerías.

Siempre que don Antonio ó doña Micaela, su mujer, la preguntaban si estaba contenta en la casa, Juanita respondía afirmativamente; y así era lo cierto; por mala que hubiera sido aquella existencia, nunca podría ser tan amarga como había sido la pasada en su casa, bajo el azote de una madrastra y al lado de aquel Mariano, al cual élla juzgaba siempre como á un imbécil ó á un salvaje.

Una circunstancia muy singular exacervó en cierto modo el ardoroso deseo que desde que la muchacha hubo de entrar al servicio de la marquesa la inquietaba: Emilia, que unas veces cantaba loca de contenta, otras se mostraba abatida y triste; que ciertos días salía del hotel, almorzaba en casa de alguna amiga y comía con otra, y del paseo, á las calles, á los teatros, á las reuniones, se pasaba una semana ó una quincena sin permanecer en el hotel más que el tiempo necesario

para dormir y componerse, teniendo, por el contrario, temporadas durante las cuales no recibía visita alguna, y sin salir de la casa y á veces ni aun de su habitación, mataba su aburrimiento pintando porcelanas ó leyendo folletines; esto último era uno de sus más cumplidos recreos; se complacía en divertir su ánimo con todos esos vulgares enredijos de la novelería francesa, y nada como esto excitaba su imaginación.

Luego que había leído uno, su placer era narrar el argumento á Juanita, la cual escuchaba, maravillada, las patrañas y las fabulosas é inverosímiles descripciones de personajes fantásticos.

Emilia había sido educada por monjas y novelas, según solía decir su marido. Juanita escuchó primero, y leyó después, toda la surtida biblioteca de la señora marquesa.

A esto se debió que la curiosidad picante de Juanita acreciese, por manera que no le fué dado resistir á ciertas tentaciones, como la de asegurarse con certeza de si su ama era en realidad como muchas de las heroínas de los folletines, una gran señora, despreciada injustamente por un marido infame, con el cual tal vez la hubiesen obligado á casarse; perseguida por un amante platónico, prototipo de la honradez y del valor... Quién sabía si todo ello terminaría con un duelo

entre éste y el marido, moriría aquél y la marquesa perdería la razón.

Juanita rechazaba todas estas quiméricas necedades, pero ellas se le imponían; además, que bien se dejaba entrever que había en todo aquello mucho de cierto, toda vez que era indudable...

La marquesa tenía un amante; de esto estaba segura Juanita, al cabo de mil observaciones que ella había hecho; entre ellas, aquellas cartas que la marquesa solía leer muchas mañanas.

Juanita veía romper muchos días el sobre de una esquila que sin duda acababa de recibir su señora; pero, ¿de dónde? El cartero no había llegado aún; además, otra, como dicha esquila, tenía su señora guardada en el fondo de uno de los cajoncitos secretos de su cómoda.

El marqués había salido de Madrid, y no volvió hasta la entrada de la primavera, había pasado todo el invierno en Sevilla; pocos días antes de su retorno, Juana halló á su señora muy distraída, apenas le dirigía la palabra, y frecuentemente con la mirada fija en cualquier parte, estaba como si se hubiese embobado; la víspera del día en que, según aviso de Mateo, debía de llegar «el señor,» la marquesa apareció muy animada, y hasta llena de júbilo en ciertos momentos; hablaba del marqués con entusiasmo, había

colocado en el despacho un paisaje de Häes, que hubo de comprar para sorprenderle, y olvidándose de las quejas y recriminaciones que ante Juanita había dirigido á su Juan, y hasta de los desesperados abatimientos que en ocasiones no tuvo á bien ocultar... hizo cuanto puede hacer una esposa enamorada para recibir al esposo ausente.

¡Oh, Dios! entonces, entonces se produjo en el ánimo de Juanita un pensamiento decisivo, condensación de pasadas amarguras, fruto acre, salvaje y fuerte del laborioso proceso en que venía determinándose el desarrollo de su inteligencia; apareció claro y completo, se formuló en una frase que ella pronunció, estremeciéndose después:

—¿Quién es el que no finge en la vida como finge esta mujer?

Sí; todos los que élla había conocido le parecían espantosos, deformes, horribles é ingratos; esto era lo cierto, y al pensar de tal manera, le repugnaría la existencia, á ser capaz la muchacha de sentir alguna ambición definida y concreta; pero no, élla tornaba inesperadamente al espanto; que así como en los que han padecido alguna grave enfermedad, luego de curados, y al cabo de largo tiempo, suele un vago y fugitivo dolor traerles el recuerdo del mal padecido, así

aquel miedo sorprendía á Juanita, siendo cual la difusa reminiscencia de su pasado.

Divertíale observar cómo la marquesa extremaba sus engaños; aquello le hacía el efecto de un aprendizaje que élla siguiera á su pesar; pero su frío rostro y la sonrisa obligada y desdeñosa del marqués, la hacían entender á Juanita que no era tan fácil, como se hubiera creído, engañar á semejante hombre.

Algo más se dejaba comprender, respecto á los secretos que separaban al matrimonio, en las continuas murmuraciones de los criados, las cuales fueron más frecuentes y menos reservadas de día en día.

Hubo alguno que aseguró cierta mañana haber oído al señorito reñir duramente á la señora; ésta no se ocultó ya de llorar delante de su camarera, haciéndola comprender que don Juan continuaba la vida de disipación y de vicios que en otro tiempo había seguido.

Juana llegó hasta temer que el día menos pensado ocurriese algún incidente trágico en la casa.

A pesar de todo, los criados no conocían ni la mínima parte de los graves sucesos que acaecían en la existencia de sus amos.

Una mañana, á cosa de las seis, se hallaba Jua-

nita asomada á la ventana de su cuarto; la señora, la noche anterior, se había retirado bastante tarde, y la camarera, que se había echado vestida en la cama, se despertó sobresaltada, cuando la avisaron de que su señora acababa de llegar; bajó á servirla, y vió al marqués y á la marquesa que subían por la escalera al piso principal, uno y otro parecían enojados; la señora estaba intensamente pálida, y tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado; el señor habló á la señora en francés; pero debió decirle algo muy duro, porque la marquesa se escondió precipitadamente en sus habitaciones.

—Váyase usted, Juana, no la necesito;—dijo á la camarera, que la había seguido.

Aquello le pareció muy extraño á Juana, la preocupó; se echó, y quiso volver á dormir, pero la fué imposible.

Al cabo de un rato se asomó á la ventana, y estuvo en ella hasta que amaneció; aún no había luz bastante para distinguir bien los objetos á regular distancia, cuando creyó sentir ruido en la casa; era demasiado temprano para que aquel ruido no le pareciese anuncio de algo extraordinario; pero bien pronto advirtió que partía de la cochera; sin duda tendrían que salir temprano aquel día al Hipódromo, ó bien el señor necesita-



ba el carruaje á primera hora, y Pedro y el lacayo estaban ya trabajando; en efecto, Juana vió luz por las rendijas de la puerta.

Cuál no sería su extrañeza al ver salir el tronco enganchado en el *clarens*, y á Pedro y al lacayo puestos de librea... ¿á dónde irían á aquellas horas? El carruaje se deslizó suavemente por la arena del jardín, y salió por la puerta-verja, que abrió el conserje con sumo cuidado por no hacer ruido; el carruaje desapareció.

No había pasado media hora, cuando tornó á cruzar de vuelta por delante de la verja y á pararse á la puerta del hotel; en el carruaje venían dos ó tres caballeros, según creyó ver Juanita; el señor marqués apareció entonces con paso rápido, se dirigió al carruaje, subió á él, y el *clarens* tornó á partir.

Aquella mañana, á cosa de las diez, Juana bajaba por la escalera al comedor, situado en la planta baja de la casa, cuando la puerta del recibimiento se abrió y apareció el marqués apoyado por un brazo en los hombros del ayuda de cámara, en tanto que le sostenía por el otro lado el doctor Carnezo, médico de la casa, y á quien ya conocía Juanita; el marqués llevaba el rostro como el de un cadáver; tenía el brazo derecho vendado.

Apresuradamente mandaron á Juanita que abriese la puerta de la habitación y preparase la cama; el señor venía enfermo.

—¿Enfermo? ¡Dios mío!—preguntó Juanita á Mateo cuando ambos hubieron dejado al señor en la cama y acompañado por el médico.—¿Pues qué ha ocurrido?

—Lo que yo temía,—replicó.

—¿Pero el qué, si él ha salido bueno y sano esta mañana?

—Pues sí; ha ocurrido lo que era de esperar que ocurriese.

—En fin, ¿qué enfermedad es esa?

—Está herido.

—¿Herido?

—Herido gravemente de bala en el brazo izquierdo.

—¿Algún duelo?—preguntó Juanita con exaltación, y como si hallase que la novedad era más digna de ser admirada que sentida.

—Un duelo; eso, un duelo, y sin duda habrá sido por... élla.

Aún se atrevió á más Juanita, á quien aquella realidad, tan semejante á las fantasmagóricas aventuras de los personajes de folletín, le encantaba.

—¿Y con quién ha sido el duelo?

---

—No lo sé.

—¿Y por qué razón?

—Tampoco; aunque creo no equivocarme si digo que por la señora.

—¡Dios mío, Dios mío, qué desgracia tan grande! ¿Y quién sube ahora á decírselo á la señorita; élla, que estará tan sosegadamente durmiendo?

## VIII.

Aquello pasó pronto; no dejó de producir un ruidoso éxito; pero contra lo que Mateo esperaba y Juana temía, el desafío no había tenido por causa, nada de lo que pudieron en su esperanza y en su temor imaginarse ni el ayuda de cámara ni la camarera; todo había sido por una bicoca; el resultado de una de esas locas bacanales de gomosos y de aristócratas que en la perversión muestran el mayor refinamiento; noches antes del día del desafío, el marqués, completamente borracho, se había propuesto pasar su pañuelo por las narices de uno de sus camaradas; la broma degeneró en riña, y la riña les condujo al duelo; por otra parte, la herida no resultó tan grave como hubo de temerse en un principio; y aquí todo.

La marquesa pareció reconciliarse entonces con su marido; mirábale con loco entusiasmo, y

parecía entusiasmada y orgullosa con la aventura.

Por aquellos días hubo de encontrarse Juana con Andrea, su antigua compañera, la cual volvió á repetirle lo que ya tantas veces le había dicho respecto á la desconfianza con que debiera vivir al lado de la marquesa; pero Juana podía reirse; ya había llegado á rechazar hasta las sospechas que tenía fundadamente concebidas.

La señora no pasaba de ser una criatura de cabeza ligera, se decía Juana.

No obstante, Juana llegó á hallar la prueba más evidente de cuanto le había dicho y repetido la misma Andrea.

Repuesto el marqués, al cabo de unos veinte días, tuvo, sin embargo, que obedecer las últimas prescripciones facultativas; era necesario que no saliese de casa; cuando más, se le permitía leer, pasear ó estarse en el jardín del hotel á aquellas horas del día en las que ni el frío ni un excesivo calor pudieran perjudicarle.

La marquesa se cuidaba de que tales prescripciones se cumplieran.

Los libros, el tablero de damas, el estereoscopio, eran llevados al cenadorcillo del jardín; con más, algunos cajones de tabacos y dos botellas de cognac Bisquit y de riquísimo ron Saint

Georges; estos licores para los muchos amigos jóvenes en su mayor parte, que iban constantemente á visitar al héroe de la temporada.

El marqués estaba ligeramente pálido, y aparecía aún más alegre de lo que estuviese en realidad, y con ese desenfado de los que alardean en demostrar que miran los grandes peligros como los acontecimientos más naturales y despreciables.

No obstante de hallarse aún el marqués en la convalecencia de su herida, y á pesar de las exageradas demostraciones de afecto que le mostraba la señora, pudo entonces apreciar Juanita, como nunca, la ligereza y volubilidad del carácter de la marquesa.

Juanita había acudido al jardín á servir á los señores, cuando la campanilla de la puerta-verja del hotel sonó vivamente anunciando la llegada de una visita, y apareció el señor Teodoro Vober, el pianista.

Juana comprendió bien pronto que la señora acababa de recibir con la presencia del recién llegado una grata impresión.

—¡Ah, qué sorpresa! ¡Vober; nuestro querido Vober! Es necesario que ocurra algo muy grave para que tengamos la dicha de verle á usted por aquí.—Exclamó la señora, tendiendo la mano al joven artista.

El marqués, por su parte, le recibió con una benévola sonrisa.

Tuvo tiempo sobrado Juanita para mirar al joven á su placer; se hubiera dicho que era hermano de Fernando, el artillero; asemejábase á él aquel hombre notable de quien siempre la había hablado la señora, pronunciando con un marcado acento de sentimentalismo el nombre del artista; al proferir el nombre de Vober, suspiraba, elevaba los ojos al cielo, y solía añadir estas ó parecidas expresiones: ¡Ah, qué maravilla! ¡Qué hombre más interesante; qué talento más admirable!

Tenía en realidad aquel sujeto mucho de singular: el desenfado de ademanes y de movimientos que suele caracterizar á los que, por naturaleza ó artificio, llaman sobre sí la atención; Juanita hubo de verle cual si la circundase una aureola de luz; oyó su voz un poco agria de timbre, lenta y dulce de acentos, sin duda buscados para forzarla á ser grata á los oídos, y la oyó, cual si fuese tan armoniosa como las notas que, según decían, sabía arrancar magistralmente del piano tan celebrado artista.

A Juanita le pareció joven; ya se había hecho hábil en esto de apreciar, por los caracteres exteriores de un sujeto, la edad que pudiera tener; fué otra de las cosas que hubo de aprender de su se-

ñora; el maestro Vober no contaba seguramente más de treinta y dos años.

Parecía bien con aquel rostro de facciones correctas y delicadas, de una epidermis pálida; la nariz era quizá un poco larga, pero los ojos eran ciertamente hermosos; tenía el cabello castaño y la barba dorada y rizosa; vestía con sencillez y elegancia de gran señor, con más pulcritud y atildamiento que suelen mostrar los artistas, conservando de éstos el gracioso abandono y la facilidad de movimiento.

Al descubrirse Vober, aquella su cabeza rizosa debió de agrandar á Juanita, la cual sin duda halló hermosa la figura del artista. Sobre todo, no pudo negarse á sonreír, sin saber por qué, cuando los ojos de Vober se fijaron en los suyos; real y verdaderamente sintió un estremecimiento nervioso, y luego se le encendió la cara; «debo haberme puesto muy encarnada;» aquella elegancia y aquella distincion un poco teatrales que empleaba en su persona y en sus ademanes el pianista, eran perceptibles caracteres para herir con fuerza la sensibilidad de la muchacha.

Los ojos, azul obscuro, de Vober, eran de un brillo que revelaba á veces que su cerebro se hallaba como arrebatado por repentinas inspiraciones, y siempre casi se mostraban en



languidez, que ora expresaban tristeza, ora indiferencia.

—¡Dios mío! pues no está poco exagerada con el músico; ni aunque hubiera recibido á un hermano habría hecho mayores extremos; esta mujer tiene algo flojos los sentidos,—dijo á Juanita el ayuda de cámara, cuando la muchacha volvió al hotel obedeciendo á un gesto de la marquesa.

No acertó á explicarse Juanita por qué motivo se hubo de quedar de bruces asomada á la ventana del cuartito del último piso, estática y como á merced de ese inactivo modo de pensar en que, como á la influencia de los primeros efectos de la embriaguez, parece que ni se entrega el espíritu al gozo de lo que ven los ojos, ni se repliega la atención á la forma concreta del pensamiento; es en realidad una hiperideación (que así propiamente se nombra).

Allá aparecían para ella, sólo como grandes franjas de tierra verdosa, los campos iluminados por el sol, los blancos hotelitos diseminados por una y otra parte, y en opuesto término, la masa gris de los edificios de la población: era aquella una perspectiva á la que se hallaban habituados ya sus ojos, y tal vez siendo un cuadro rico en multitud de detalles que la muchacha no se había parado á apreciar, mirábale inconscientemen-

te, tal vez sujeta á los esplendores del sol y al brillo del cielo puro y azul.

Su ama estaba realmente loca; para creerlo así, no había más que fijarse en el menor de sus caprichos, en aquellas exageradas repugnancias que mostraba, sin causa aparente, por cualquier cosa, ó bien en los deseos ardorosos que á lo mejor demostraba, sin saber por qué; y como el pensar de Juanita parecía entonces incoherente, asaltóle después el recuerdo de su familia; hacía más de dos meses que no había sabido de ella. ¿Estaría peor su padre? Nueva evolución de la mente, que entonces fijó su trabajo en la última impresión recibida; Juana pensó en Vober; le habían parecido preciosas aquellas manos finas y blancas como las de un príncipe, y la muchacha, á su pesar, fué apreciando uno por uno todos los detalles de la persona del músico... era guapo, no cabía duda. Tenía en aquellos ojos grandes, de color azul... algo que le había parecido muy prodigioso á Juana.

—El talento,—se dijo;—se ve que es un hombre de gran talento.

Para que hubiese más analogías entre el estado de embriaguez y la extraña desvariación de Juanita, hasta pasó para ésta el tiempo de un modo que hubo de serle inapreciable.

Sorprendióse al oír de pronto sonar de un modo grandioso el piano de la sala; fué aquello la portentosa explosión de un concierto magnífico, de sonidos como preludeo de una soberbia obra musical.

Latióle fuertemente el corazón á la pobre muchacha; no cabía duda, Vober se hallaba en el piano; esto hubo de parecerle á Juana una oportunidad felicísima, iba á oír al maestro; sintió en la faz esa fría sensación que nos hace comprender que nuestro rostro ha palidecido, y vióse acometida de una inquietud, bien rara por cierto, y que élla no hubiera podido explicar; su inteligencia voluntaria, la energía que saca ordenadamente de la memoria los recuerdos, regula los juicios, nos facilita el conocimiento de lo útil y oportuno, se debilitaba en Juana, redoblándose en cambio la fuerza desordenada de las imaginaciones y la percepción de la sensibilidad.

No acertaba á resolverse á bajar, ó á quedarse; pero sin darse cuenta, se halló en el gabinete contiguo á la sala; miró por la puerta de ésta, casi como había mirado en otra ocasión... El piano resonaba con portentosa sucesión de notas con soberbio estruendo... pero no era Vober quien tocaba... era la señora.

Vober se hallaba sentado en una enana, tenía

su peluda cabeza sobre el respaldo, los ojos medio cerrados, una de sus manos sobre uno de los brazos de la butaca, y la otra, pendiendo, por el contrario, hacia fuera, se movía cual si acompasase la pieza musical que ejecutaba la marquesa.

Jamás había tocado ésta con más entusiasmo, ni tal vez con mayor acierto; era aquello algo confuso y rico que resonaba en los oídos de Juana suspendiendo su ánimo. ¡Ah! y no cabe duda; acentuando fatalmente aquella difusa fiebre de que se hallaba acometida, caída de perlas sobre el cristal, argentinas vibraciones, confusos remolinos, truenos lejanos, notas airadas, dispersión de lamentos, acometida de risas, un conjunto armónico de infinito número de sonidos variadísimos; y allá, como dejándose oír en medio de lo tumultuoso, melodías graciosas, vibración de voces conocidas y amantes... Un sueño, en fin, en que el espíritu se esfuerza por aprender en delineaciones fijas, lo indeciso de las fantasmagóricas, y en que parece que la memoria se borra por completo; de pronto cesó.

—Mi querida Pipo... has adelantado,—dijo á media voz Vober.

¿Con quién hablaba el artista? Juanita recorrió con sus ojos el salón, y no vió más personas en él que Vober y la señora; evidentemente aquél se

había dirigido á la marquesa; ¿y la tuteaba? pero no la tuteaba delante de gente.

—¡Imprudentel—exclamó, entre enojada y sonriendo la señora.

—¡Ah! es cierto... me había olvidado... Pero no haya miedo de que el señor marqués me regañe. La música es un conjuro.

—Bueno, bueno; ¿podremos oír á usted, celebrísimo maestro?

—Sí,—contestó Vober con petulancia, que á Juana, sin duda, le pareció un acento de maravilloso poderío.

—¿De veras?—gritó con exagerado alborozo la marquesa.

—Tocaré una pieza que no ha oído la señora marquesa,—dijo con sorna el artista.

—¿*El sueño de Amor*?

—Justamente... Me da por *El sueño de Amor*, —replicó Vober, y tomó asiento en la banqueta que acababa de abandonar la marquesa. Sin duda Vober debió suplicarle que entreabriese las persianas del mirador, porque ésta, después de haber cambiado algunas palabras con el artista, se dirigió al mirador, asomóse á él, y habló con las personas que se hallaban allí; Juana no pudo oír nada de esto.

—Es mi última conspiración, mejor puede lla-

marse así que no composición, puesto que la dirijo contra el Conservatorio.

La marquesa cruzaba las manos, las retorció, gesticulaba exageradamente como delirando de contento, y dirigiéndose al opuesto extremo de la sala sacó del bolsillo un billetito que leyó rápidamente; luego, volviéndose hacia el maestro, le dijo con viveza en voz baja, señalando á la carta:

—Luego te contestaré... ya lo has visto, no he podido salir;—añadió, apuntando con el índice hacia el jardín; sin duda hablaba del marqués, que se hallaba aún con varios amigos en el cenador.

Juanita estaba aterrada; era la segunda vez que lo misterioso é indigno de la traición se ofrecía á sus ojos como si la hiciera ver el tosco reverso de aquella vida del señorío que tanto la encantaba... Pero de pronto, y cuando aún no había hecho Vober más que recorrer las escalas altas del piano, como para decidirse á ejecutar la pieza ofrecida, Juanita vió ante sí á la señora, que, pálida y terrible, la dijo con voz airada y comprimida:

—¿Qué hace usted aquí?

Juana sintió una brusca sacudida de sorpresa y de espanto.

—Nada, señora... había...—dijo, pero en vano halló disculpa.

—No creía que tenía usted este defecto... Lárguese usted de aquí... Eso es propio... de *tías*.

¿De *tías*? ¿Había dicho de *tías*? ¡Oh! qué fiera cólera hinchó de encono repentinamente el corazón de Juana, quiso contestar y le faltó la voz; pero sin darse cuenta de ello, por involuntario movimiento, sus ojos se clavaron iracundos en los de la marquesa.

Cuando Juana atravesó la puerta del gabinete, quiso retroceder y decir á la señora las palabras que asaltaron á su cerebro, tan completas, tan gráficamente dibujadas, cual si las hubiese, más que pensado, pronunciado en aquel momento:

—Está bien: pues déme usted mi cuenta.

¿Qué mal había hecho élla en bajar á oír al pianista? En cambio élla, la señora, bien lo había visto su propia criada, la señora era una per-versa, una *tía*; esto, una *tía*.

Juana se encerró en su cuarto y hartóse allí de llorar, concentrando por aquella, como por todas las ocasiones semejantes, todo su odio al aborrecido recuerdo de su madrastra... á no haber sido por ésta, ¿cuándo se hubiese visto Juanita en aquellas suciedades?

Además, no podía negárselo á sí misma; había

sentido terror al verse sorprendida; vergüenza é indignación al oír que se la insultaba, y algo más vivo, tan doloroso, y al propio tiempo tan inexplicable, la herida que sufren los que llegan á sentir en la servidumbre adhesión por el amo y se ven brusca y brutalmente hostigados por un capricho de éste.

Tenía razón; la marquesa era de un corazón ingrato; razón le asistía á Mateo en cuanto murmuraba constantemente de la señora.

Por lo demás, Juana odiaba entonces; odiaba á la marquesa... y pareció decidirse resueltamente á dejar aquella casa, según Juana se decía, por no poder sufrir las insultantes palabras con que la señora la había flagelado el rostro... en realidad, porque se sentía avergonzada de que pasara por traición suya lo que había sido pura curiosidad.

No volvió á ver á la señora hasta la hora en que debía desnudarla para irse al lecho; desde que el amo se hallaba herido, la señora marquesa entraba á las once en el dormitorio.

A esta hora oyó Juana sonar el timbre como todas las noches; enjugóse los ojos y acudió; aquella noche no diría nada, evitando toda conversación, pero á la mañana siguiente pediría la cuenta, saldría de la casa y se dirigiría á la de



don Antonio; no faltarían casas decentes donde servir, ya que este era destino que la suerte le había deparado.

Realmente aquella mujer le repugnaba; su rostro era, no obstante, para Juanita un modelo de expresión; ora aparecía en él la más íntima tristeza, ya el encono, bien la alegría más ingenua, ó la más amorosa sonrisa, y siempre complicando de tal manera la variedad de su gesto, marcándole con tal maestría, que le era imposible á Juana cerciorarse de cuándo hablaba verdad aquella faz, ni cuándo manifestaban verdad aquellos labios; por una circunstancia verdaderamente incomprensible, aquel refinado fingimiento era para Juanita el carácter peculiar de las personas distinguidas.

Pero la marquesa, á pesar de aquella belleza tan encantadora para Juanita, le había inspirado envidia, odio, repulsión, que Juana justificaba, atribuyéndolo todo al resentimiento que necesariamente debían haberle producido las insultantes expresiones de la señora.

Habremos de fijar una importante observación que señala el desenfado con que Juana acogía la conducta de su señora; atribúyese esto, sin duda, á lo descuidado de su educación, ó bien á la equivocada idea que de la vida de los grandes se

suelen formar algunos criados, tal vez al fantástico mundo en que con la lectura de los folletines más disparatados hacían vivir á Juana.

Élla no sentía más que un encono sórdido, personal, ciego, como la envidia.

Al penetrar en el gabinete, llevaba la faz adusta y rebelde del sirviente que se ve precisado á obedecer los caprichos del amo; no fijó ni una sola vez los ojos en los de la señora; contestábala con la sonrisa, y mirando al suelo ó á un punto cualquiera de la habitación.

—Juana,—llegó por fin á decirle la señora;— esta mañana me ha hecho usted perder la cabeza... ¿A qué había usted bajado á mi gabinete?

—A nada...—replicó fríamente Juanita.

Ella no sabía mentir, por más que la mentira la encantase tanto en su señora.

—Juana, eso no es una respuesta. ¿Bajaría usted á oír al maestro? Ha sido mi maestro, me ha conocido muy jovencita, y me quiere... como que cuando estamos solos me trata cual si fuese yo la chiquilla de otro tiempo. ¡Oh! ¿y no le ha oído usted? No, no le oyó usted, porque cuando él iba á tocar, la sorprendí á usted escuchando.

En el primer momento, verdaderamente la marquesa se había cegado al verla, pero después pensó en que Juana no estaba bien informada

de ciertos casos. La marquesa, al decir esto, había dulcificado la voz, hablaba en ese tono cariñoso y grave que suelen emplear las madres amantes al reprender ó aconsejar á sus hijos.

Juana no decía palabra.

—Vamos, no sea usted estúpida —dijo, como por un movimiento de brusco enojo la marquesa,—y conteste usted; ¿había usted bajado á oír á Vober?

—Sí, señora; á eso había bajado,—replicó decididamente Juanita; y sin poderse contener ya, con acento irritado, como llorosa y sobresaltada por bruscos gemidos, expuso á la señora sus quejas...

—Vaya, vaya, bueno; ya no hay que hablar de eso;—replicó la marquesa con uno de aquellos imperiosos y vivos movimientos que tan poderoso influjo ejercían en el ánimo de Juanita.

Después la marquesa, en tanto que Juana recogía y ordenaba las ropas de su señora, cubierta con un ligero peinador, descomponía su peinado, apretándole luego á la blanca redecilla de noche; Juana salió, volviendo á los pocos momentos, y cuando ya la señora se hallaba acostada; la suave luz de la vela alumbraba la alcoba.

La señora suplicó á la joven que no se mar-

chase, solía muchas noches suplicarla lo propio; aquella vez, según aseguró, se hallaba muy cariñosa. La música de Vober tenía un poder especial, no podía explicarlo la marquesa; pero luego de haber oído al maestro ejecutar alguna de aquellas sus maravillosas composiciones, quedábale una complacencia y una tristeza tales, que no hubiera cambiado por nada aquel especialísimo estado en que le dejaba el portentoso artista y compositor.

—¡Oh, qué hombre, qué hombre tan extraordinario! Nació en Gersey, es hijo de un alemán y de una española... su vida es una verdadera novela.

Juana tenía el convencimiento de que cuanto la señora se disponía á contarla, habría de ser una de tantas fantásticas creaciones de su ferviente imaginación, de que en muchas ocasiones hacía gala; á pesar de todo, los ilusorios relatos de la marquesa le divertían, y aquella vez complicaban el gusto con que esperaba oír á la señora, una irresistible curiosidad.

Fábula ó verdad, la marquesa, con voz dulce y lenta, cual si revelase en alta voz sus delirantes fantasías, fué refiriendo á Juanita la vida del artista.

Había sido extraordinaria: navegando con sus

padres hacia Méjico, una tempestad hizo naufragar el buque; salváronse muy pocos pasajeros, perecieron los padres de Vober, y en una barca pudo salvarse el niño.

La marquesa hizo una terrible pintura de aquella noche espantosa, durante la cual, el niño en la barca con otros seis hombres, se vió á merced de los terribles embates de la tormenta y el furioso vaivén de las ondas; todo esto había sido fijado por el compositor en su hermosa composición *La noche y la tempestad*.

Juana sentíase vivamente impresionada ante aquel cuadro que la marquesa trazó con vigorosa palabra y sobresaltando el relato con exclamaciones patéticas.

Después, Vober fué encomendado por el gobernador de Boston á uno de los Asilos de dicha ciudad; allí, al cabo de algunos años, se hubo de revelar el prodigioso talento del artista.

Un banquero norte-americano, maravillado de las dotes del niño, se encargó de protegerle, y sacándole del Hospicio le mandó á Italia. El banquero había muerto de un modo misterioso, y el artista, lleno de gratitud hacia su protector, hizo el propósito de aclarar el misterio de aquella muerte; pero todo fué en vano; no se pudo averiguar quiénes habían matado, ni por

qué motivos había sido asesinado el generoso protector.

¡Quién sabe la multitud de episodios singulares que la marquesa fué narrando ante la embobada Juanita!

—¡Ah, pobre Vober!—exclamó la marquesa.—No ha cesado de sufrir; es un hombre de genio... No hallará jamás la gloria que merece... si usted supiera, Juana... ¡Ah! pero no me atrevo á decir más...

La marquesa se había ido adormeciendo á sí misma con su propia charla; gozando, tal vez, en el recuerdo de la verdad ó en la contemplación de la quimera que había forjado.

Juana, silenciosa, esperaba, moderando su curioso deseo.

Vober había vivido en París, casa de una vieja cantante, la Alberonini, la cual hubo de sentir por el joven compositor un cariño maternal; cuando la anciana murió, quedóse Vober en la mayor miseria.

¡Con cuán íntima compasión refirió la marquesa á Juana las desdichas que Vober había pasado en la referida época!... Hablando, hablando, quedóse dormida la señora, y Juana abandonó con sumo cuidado la habitación.

Subió á su cuarto y miró por la ventana; la

noche era obscura; sólo allí, á lo lejos, brillaba una claridad fosfórica y extensa, eran las luces de los focos eléctricos del Ministerio de la Guerra; á través de las profundas sombras en que se hallaba sumido el paseo de la Castellana, se veían cruzar las luces de algunos carruajes particulares; aún no habían dado las dos de la mañana, porque el hotel del conde Flota tenía encendidas las farolas de la entrada.

Juana comenzó á arreglar las ropas de su baúl; realmente sentía tener que marcharse de la casa; pero además de que al hacer propósito alguno no hubiera podido dejar de cumplirle, un secreto disgusto, una especie de sentimiento, de moralidad supersticiosa la daba á entender que no debía continuar al servicio de la marquesa.

Después se acostó y no pudo conciliar el sueño hasta la madrugada.

A las diez de la mañana del día siguiente resolvió por fin hablar á la señora marquesa de Alajema.

—¿Cómo que se va usted?—exclamó.

Sí, se iba; no hubo medio de convencerla; sintió, aquella vez como nunca, una energía inquebrantable, una dura tenacidad, algo así como la duplicación de sus fuerzas, firmeza y decisión extraordinarias.

La marquesa pudo pagarla su salario, y en tanto que, dominada la señora por la entereza de la camarera, cedía gravemente y repasaba la cuenta, Juanita se miraba sorprendida en el armario-espejo pensando en cuán diferente era ella entonces de como había sido al entrar en la casa, de la cual iba á salir para siempre.



## IX.

Vober era el hombre que había hecho por vanidad los mayores trabajos para aparecer en todo como un ser extraordinario; bien lo revelaban aquellas exageradas exaltaciones de inspirado, manifiestas en los fatigosos manejos de sus dedos y en los atronadores sonidos de su piano.

A fuerza de haber intentado aparecer como hombre de un espíritu constantemente absorto, había acabado por convertirse en distraído; era un lujo de soberbia aquella su despreciativa desatención á los actos más indispensables de la vida, y en tanto que podría creérsele preocupado por una necesidad, sentíase gozoso, dejándose sorprender en una extravagante idea.

Aún no se había levantado, y eran ya muy cerca de las ocho; leía una novela francesa; jamás aquel organismo, aletargado por una indolencia que hubiera sido difícil corregir, yacía en

la dulce inacción, porque el espíritu, siguiendo dulcemente las descabelladas quimeras y las absurdas creaciones del novelista, se entregaba á la embriaguez que produce como el alcohol, el hachich ó el opio, el folletín, uno de los más perturbadores venenos de la inteligencia.

A través de aquellas falsedades veía la realidad.

La mañana era clara, el ambiente tibio; repuestas prestamente con la frescura de los primeros riegos las plantas del jardín, y con la sola humedad del rocío las flores campestres, parecían recibir como un doble beneficio el calor del sol; el cielo estaba borroneado aquí y acullá por nubes, como retazos de un velo rasgado por mil partes, entre las cuales encantaba la vista el purísimo azul; como ráfagas de vientos, que se sucediesen ruidosas tras unas de otras, se oía el rodar de los tranvías en la calle de Serrano; la voz cantante de algún vendedor de flores ó de verduras llegaba de vez en cuando hasta el gabinete del artista.

Éste, á veces, dejaba el libro, echaba la peluda cabeza, rizada y espesa, á punto de parecer lanuda, y quedábase mirando al techo, continuando tal vez los locos engaños de aquella lectura, ó quizá á merced del aturdimiento que le

había de causar la continuada y rápida sucesión de inverosimilitudes.

Hacía más de tres meses que el artista iba cumpliendo con toda regularidad la asistencia á sus lecciones; de tiempo en tiempo le era conveniente dejarlas, no parecer por las casas, y hasta ocultarse á la vista de las gentes; no obedecía esto á un propósito calculado; resultaba del modo de vivir que llevaba Vober, un vivir á placer, á su solo capricho; todo el mundo aceptó esto como una singularidad, como una gracia, como una extravagancia propia de aquel genio, cuya epilepsia ejecutante le acreditaba de hombre arrebatado por la sobrehumana fuerza de los genios.

Por esto nada perdía; rara era la discípula que descontaba en el pago lo que le hubiera correspondido descontar al maestro por las faltas de asistencia; las familias aristocráticas y pudientes tal vez no lo echaban de ver, y aquel otro montón de discípulas, hijas de la clase media, y que le mantenían por corresponder más que nada á la moda, se hubieran aterrorizado si el maestro las hubiera llegado á abandonar.

Aquella mañana el maestro dudaba, en tanto que le servía como de novedad, al cansarse de no hacer nada, seguir durante algún tiempo «lo que él llamaba la terrible odisea de la enseñanza,» ha-

llaba motivos de complacencia en obedecer al medido tiempo, acudiendo á esta casa, luego á la otra, y así sucesivamente por todo Madrid; muchos días, por mañana, tarde y noche, divirtiéndose en saber y entender en aquel innumerable conjunto heterogéneo de intimidades el estado general del mundo que le explotaba, pero pronto se le hacía esto fatigoso ó monótono... y desaparecía.

Vober era el hombre de moda; un elegante, un artista de aspecto teatral, un romántico rebelde, algo semejante á un rezagado de la fugitiva falange; le era dado subsistir por ese derecho tácito que asiste á toda singularidad que aparece como original en medio de un pueblo rutinario y uniforme...

Vober ocupaba un cuarto tercero de la calle de Serrano; tenía un gabinetito con vistas á la referida calle, y varias habitaciones pequeñas con vistas á un jardín.

Vivía solo por entonces; hacía muy pocos meses que acababa de desaparecer de aquella casa una joven francesa que durante algunos años había estado en compañía del artista; aún quedaban en aquel cuartito algo de la pulcritud y de las graciosas puerilidades femeniles, que son como el lado brillante de las buenas costumbres

caseras que distinguen á las mujeres francesas.

Herminia había acabado por aburrirse de servir á aquel semidios del contrapunto y de las sinfonías; ambos, lo mismo Vober que su querida, hubieron de llegar á ese tedio de los que agotan los artificios del deleite: marasmo que da lugar al odio; los amantes se separaron cuasi como se habían reunido.

Herminia también necesitaba sus éxitos, volar por el tumulto de la vida pública, nutrirse, merodeando al acaso en el vastísimo campo de la sociedad, aventurándose á la rebusca de seres desconocidos y ocasiones inesperadas que explotar; hasta llegó á sentirse envidiosa de Teodoro; por último, comprendió que, no cabiéndola ya dominar por el encanto, la querida quedaría rebajada á la condición de sirvienta, aborrecida por ser un vivo testimonio de placeres, cuyo recuerdo producía el hastío.

El artista pagaba á una pobre vieja que todos los días arreglaba el cuarto, barría el gabinetito elegante, cargado de chucherías, tan bonito, mejor dicho, tan lindo como lo son hoy las habitaciones al estilo de una moda, significado de un gusto decadente y de una ridícula afeminación.

Cuando Vober se levantó, encendió la maquina de su café, y en tanto éste se hacía, comen-

zó el maestro su tocado, silboteando una piececita de música, aprendida desde la noche anterior, á su memoria; era una de las que había debido ejecutar en el concierto de los duques de Izmofra.

Vober acariciaba un portentoso proyecto.

Aquel vivirdor se abría camino por todas partes con su música de repiqueteo y de complicados artificios, lo que podía llamarse nueva música portentosa; la descriptiva musical; ofrecer los ruidos posibles en un lugar para que por ellos apreciase el auditorio, no ya el valor melódico, ó para que gozase de una magistral armonía, sino los términos de una charada, cuyo sentido completo era el recuerdo de un paisaje, de un episodio ó de un fenómeno de la naturaleza... las gentes quedábanse extáticas ante aquellas obras del teclado pintoresco y onomatopéyico.

Abríase camino, además, con su teatro... representando en todas partes el sentimentalismo propio de un Hleine de las semifusas; y, además, con las fantásticas y continuas invenciones acerca de su vida anterior; sobre esto corrían multitud de *especies* (según se dice en el caló de la frivolidad elegante) acerca de la historia de Vober; fábulas que hubo de ir esparciendo sin propósito reflexivo, sino obedeciendo á la vanagloria de aparecer novelesco y extraordinario.

Ello es que se abría camino. Podrá hacer hasta un casamiento-negocio.

¡Oh! ganar... apenas ganaba lo indispensable para tener en su vida viciosa ocho días de adelanto, según decía, pero su porvenir se ofrecía brillante en lisonjeras promesas; aquel proyecto seductor, á que le era dado entregarse desde la ausencia de Herminia, le colocaba por fin ante los ojos la verdadera solución del problema.

No había que temer en modo alguno otra cosa, sino el cambio de su libertad por la fortuna; y al fin y al cabo aquello era como brindar á un pajarillo con una jaula de comederos repletos, pero condenándole á eterna clausura.

Teodoro tenía una antigua costumbre, bien revelada por sus amigas en estas palabras, que habían recogido con alegría todos los envidiosos de Vober.

«El americano aturde en el teclado y guarda para las mujeres todo el *sotto-vocce* seductor de las placenteras intrigas; es un *forte* de salón y un *pianíssimo* de alcoba.»

Era realmente un conquistador de oficio, según la opinión de muchos.

Había que verle en casa de la señorita de Vaín-Pola, *dilettanti*, dueña de una inmensa fortuna; había que verle representar el enamorado,

apasionado romántico de la idealidad posible en el alma de aquella señorita, cuyo rostro no era verdaderamente ningún portento de hermosura; cuya juventud había pasado entre los recelos y desconfianzas de no hallar jamás marido que se presentase como desinteresado amante.

Teodoro, haciendo el papel de timorato calumniado, desmintiendo toda la verdad corriente respecto á su modo de vivir, y tratando de justificar su pasión hacia la señorita de Vaín-Pola, con la simpatía que mutuamente sentían por el arte, se ocupaba en revelar de un modo expresivo la reserva del que sabe vencer un sentimiento ardoroso y profundo... por el miedo de que se achaque á codicia lo que sólo es producido por un encanto del alma.

La señorita de Vaín-Pola ofrecía grandes dificultades al intento del artista; éste llegaba á sentir hacia ella un encono de porfiado, ante aquella resistencia invencible contra los empeños y deseos de su tenacidad; aquella mujer alta, seca, delgada, nerviosa y fea, llena de vanidad, tenía dos enérgicos estímulos, dos verdaderos fanatismos: su amor á la música, y una religiosidad mística, exacerbada de continuo por los desórdenes de las gentes á las cuales el dinero no llega á reducir hasta el punto de obligarles á tributar



adoración á una mujer fea, ni los elogios, lisonjas, adulaciones y alabanzas que sólo tributaban á la elegancia y á la belleza de las mujeres del gran mundo.

El músico se había hecho á su vez un poco místico; no obstante, hubiera sido para él espantoso humillarse hasta el extremo de acudir, por galantería y devoción, al coro de una iglesia.

No obstante, Vober se ofrecía naturalmente en un estado de melancolía poética, muy del agrado de la ricachona.

—Me redondeo,—pensaba,—con esa boda; estoy en campaña, tengo una trinchera de millones para combatir, bien defendido en mi lucha; aplasto al Conservatorio... puedo volver á París.

Una vez acabado su tocador, Vober tomó el café y se asomó á la ventana, y estuvo un corto espacio de tiempo mirando por ella al extremo de la calle; era un día hermoso, un día adormecedor, un magnífico día tibio y perfumado, lleno de luz; uno de aquellos días en que le resultaba penoso al artista callejear por el interior un poco sombrío de Madrid, día propio para el goce de la pereza.

—Lo que es hoy, ahorco las lecciones,—pensó; —gozaré del sol, aspiraré el aire, me daré expansión y libertad.

Además, esperaba una visita; el día anterior, no por cumplir con su palabra, sino por hallar un pretexto, había dado una cita, precisamente para aquella hora; miró al reloj, eran ya casi las once de la mañana, se pondría á estudiar.

Con la imagen tentadora y deliciosa de sus ensueños se inspiraba.

Sentóse al piano, y comenzó á tocar una magnífica marcha de un autor alemán; se exaltaba, electrizado; en la ejecución movía á una y otra parte la cabeza con ese vivo movimiento que es como un inconsciente acompasar lo que se oye; fué poco á poco entrando en lo más difícil y complicado de aquella pieza; la facilidad y la rapidez de la ejecución aceleraban los períodos vivaces de la marcha, cuando de pronto, cuatro golpes secos, metálicos y desentonados, hirieron sus oídos; era el timbre de la puerta de la escalera...

No por esto dejó su piano, y cual si nada hubiese oído, continuó tocando.

Al poco rato volvió á sonar el timbre, el artista no se movió; antes, como absorto en su trabajo, redoblaba la energía arrancando al piano vigorosos y variados sonidos de potente acentuación y precisos compases marciales y majestuosos.

Se oyeron las férreas vueltas de una llave en

la cerradura; la vieja portera había acudido á abrir, y en seguida apareció, precediendo á un caballero alto, grueso, vestido con un traje obscuro.

—Pase usted,—dijo á media voz la portera.

El recién llegado se detuvo en la puerta del gabinete en actitud de hombre embelesado y de devoto entusiasta; hacía girar sus ojos, como si se viese excitado por un íntimo y secreto placer, y una placidez grande se pintaba en su rostro; había juntado sus manos, de las cuales pendía un bastón y un formidable sombrero de copa.

La marcha cesó bruscamente, y reinó un breve y profundo silencio que hubo de interrumpir al fin el recién llegado.

—¡Admirabilísimo... don Teodoro! ¡Cuánto me pesa venir á interrumpirle!

Teodoro se sonrió con una satisfacción tan ingenua, cual puede serlo la de un hombre á quien no asombran los elogios, y que cree hacer sencillamente grandes prodigios; se levantó, y dijo á media voz, en el tono que hablaba siempre:

—Pase usted, señor don Antonio.

—¡Oh! continúe usted, continúe usted, por Dios; si hubiera estado aquí mi pobre Magdalena, ¡qué contento el suyo! Ya me dijo que me envidiaba... ¡Oh, qué manos, divino Señor, qué

manos y qué talento! Dios se lo conserve á usted, amigo mío, Dios se lo conserve á usted.

El artista tornó á reir como un niño; luego alargó á don Antonio un puro que sacó con pres-teza de una elegante cigarrera suiza que había sobre un veladorcito contiguo al piano.

—¡Ah! no fumo, don Teodoro; no he fumado nunca,—dijo don Antonio beatíficamente y con sonrisa tan semejante en la ingenuidad á la sonrisa habitual del pianista.

—Ayer recibí la carta de usted; me era imposible pasarme por su casa.

—Bien, por esto he venido.

—Usted me dirá.

—No sé cómo empezar á proponerle á usted mi sencillísima pretensión...

Con tales palabras, dichas en voz alta y plañidera, ofreció un gesto de suplicante beatitud, del que tal vez se hubiera burlado el mundano Vober en otra ocasión.

—Pero traigo una carta de la virtuosísima señorita de Vaín-Pola, que me recomienda á usted... Es un ángel nuestra querida Filo.

—¡Ah, sí!—murmuró el artista, alegrándosele el rostro como por modo involuntario.

Vober leyó la carta, y luego exclamó, cual si le contrariase lo que había leído:

—La señorita de Vaín-Pola ignora que lo que se me pide es absolutamente imposible... Los maestros del Conservatorio me aborrecen de muerte; y además, les será muy difícil conseguir matrícula... ya se habrá cerrado el plazo; pero una recomendación mía... no sirve sino para lo contrario de lo que se desea.

—¡Ah, qué desgracia! —exclamó suspirando don Antonio,—pero en fin, ¿qué hemos de hacernos? esperaremos al curso que viene, y entre tanto...

—Créame usted; lo más que puedo hacer... —dijo el artista, quedándose cual si dudase en decidirse por una determinación.

—¡Ah! es usted muy bueno, muy bueno; un verdadero santo...

—¿Quién es ella?

—Una pobrecita niña, huérfana de padre... no hace quince días que ha muerto; se hallaba enfermo hacía muchos años... Nos la recomendó para el servicio un antiguo amigo... y á la verdad, nada, ó muy poco, nos será dado hacer por ella. Ha servido casa de la marquesa de Alhajema.

—¿Dónde para?

—Está en casa de unos obreros, y gana un reducido jornal... Allí paga su hospedaje; lleva dos

meses y medio de estudio, hace verdaderos progresos... tiene cara de excelente disposición... esto es, unas grandes facultades para la música... Magdalena es quien me obliga de continuo á favorecer á la pobre muchacha... Deseamos que ella no sepa quiénes la recomiendan á usted.

—Corriente... puede venir aquí todos los sábados por la tarde... ¿tiene quien la acompañe?

—Sí; puede ser acompañada por la mujer del obrero en cuya casa vive.

No, seguramente; no había que agradecer al artista que se prestase de tan buen grado á dar lecciones gratis y en su propia casa.

¡Oh! ya se lo había esperado así aquel señorón de don Antonio, y no cuidó de ocultarlo; con haber entendido en el asunto la señorita de Vaín-Pola ya podría darse por logrado. ¡Era extraordinaria la influencia que la señorita Filomena tenía con toda clase de personas!

Vober iba y venía por la habitación, desatendiendo por completo á don Antonio; éste se despidió al poco rato, y el artista, no bien se hubo marchado, quedóse pensativo algunos instantes y cual si en lo que acababa de ocurrir viese algo difícil de comprender.

Nada más peligroso para él, constante forjador de fábulas y de engaños, que caer en lo inver-

símil al querer descifrar un misterio, y aún más comunmente le acaecía hallar misterio en los hechos más naturales y sencillos; en la proposición del amigo de la señorita Vaín-Pola veía una asechanza; la nueva discípula tal vez fuera un espía que se introdujese en su casa para informar á la señorita Vaín-Pola acerca de la vida íntima del artista.

Aquella misma noche, al ir como otras muchas casa de la señorita Vaín-Pola, se echó la carta de don Antonio en el bolsillo; iba decidido á informarse.

—Mi querida Filomena, hoy tenemos asuntos de interés á lo que parece, y usted me espera; he recibido esta mañana la carta de usted,—le dijo el jóven, dándole cuenta de lo que le había ocurrido aquella mañana.

El más vivo asombro se pintó en la fisonomía de la señorita Vaín-Pola; élla no había escrito carta alguna. ¿Pero cómo era posible aquello? La señorita no acertó á comprenderlo hasta que tuvo en sus manos la carta; entonces cayó en la cuenta del hecho; hacía dos meses que don Antonio le había pedido aquella recomendación. Sí, lo recordaba; lo recordaba...

—¡Cómo! ¿Y no le ha advertido á usted que no me dijese nada acerca de lo que ha tardado en

presentarle mi carta?—preguntó la señorita de Vaín-Pola.

—No.

—Pues bien; me va usted á hacer el favor de no mezclarse en este asunto.

—He dado mi palabra...

—Falte usted á ella...—replicó la señorita de Vaín-Pola.

—¿Cómo es posible?

—Se lo suplico.

—He dado mi palabra; me pide usted algo que se me resiste hacer; ¡faltar á mi palabra!

En esta nueva réplica había, más que tenacidad caballeresca, empeño por descubrir todo aquello tan incomprensible y tan estrambótico; no cabía duda, el artista se hallaba tal vez en el enredo de una verdadera novela.

—Creo que usted ha accedido por mí,—díjole la señorita de Vaín-Pola;—pues bien, usted no se había fijado en la fecha de la carta; ya ve usted, hace dos meses... desde entonces he podido cambiar de deseos.

—Estoy á las órdenes de usted; se trataba de un asunto de caridad.

—De un asunto de caridad, ¿eh? ¿Conque de un asunto de caridad? Esto aparece, mi querido amigo; se trataba de un asunto de caridad.



Filomena Vaín-Pola estaba, sin saber por qué, exaltadísima, y de tal modo, que avivó la curiosidad de Vober, el cual, con la boca entreabierta y los ojos llenos de asombro, parecía haberse quedado como estático ante lo que oía.

—Sí; no me mire usted así, Teodoro; debo de ser reservada.

—Nada digo á usted; todo esto me es, después de todo, lo mismo;—añadió, dando á la voz un acento particular que era sin duda como el dejo de una protesta marcada en el acento, al pensar Vober que se le podía considerar como culpable en algún intento de deslealtad.

—¡Ah! no, no es lo que usted se figura, mi pobre Teodoro. ¡Qué culpa tiene usted en todo esto! Vaya por Dios, no se enoje. ¡Jesús bendito, qué vidriosa susceptibilidad la de usted! Habrá que explicárselo todo...

—¡Oh! no; yo nada pregunto,—replicó Vober desdeñosamente.

—Vaya: pues bien; sépalo usted: Antonio, mi señor primo, quiere á toda costa ceder á las imposiciones de una mujerzuela que sin duda tiene derecho á obligarle de ese modo... porque según tengo entendido, esa Juanita es una grandísima pícara... *media virtud*. ¿Quiere usted que hable más claro?

---

El artista hizo un gesto de dignidad.

Teodoro manifestó remilgos de dignidad ofendida; al fin y al cabo don Antonio había intentado hacer de él el maestro de una cualquiera, lo cual no impidió á Vober esperar con cierta impaciencia al día siguiente la anunciada visita, y sentirse en cierto modo contrariado al ver que la favorecida de don Antonio no se presentaba.

## X.

Pasadas dos manzanas de edificios más allá de la casa de Teodoro, se hallaba en un sotabanco el cuarto de Juanita; vivía con su amiga, la antigua camarera de la marquesa de Alhajema; se había hecho peinadora.

Juanita se había transformado; mejor dicho, había aparecido por fin tal y como era verdaderamente; odiaba la servidumbre; la era insoponible vivir por más tiempo en el abatimiento y en la estrechez en que hasta entonces hubo de verse esclavizada. Al salir de casa de la marquesa supo que don Mariano había marchado de Madrid; no le quedaba á la joven otro recurso que el de acudir á la caridad... y esto la espantaba. No; jamás volvería á someterse... buscaría nueva casa donde servir; si no la hallaba, solicitaría trabajo... y si no, ¿quién sabe?... moriría en medio de la calle.

Halló una casa á los pocos días; ocupábala

una familia pobre que la recibió con una complacencia adulatora: un agente de negocios, su mujer y sus hijos. Aquella casa, aparentemente pacífica, era un infierno, y jamás pudo olvidar aquellos días de tristeza bajo el poder de unos amos, cuya existencia era un continuo engaño; querían pasar por ricos, y á nadie seguramente afligirían de un modo más cruel las necesidades; afectaban, tanto la mujer como el marido, una extremosa rigidez de costumbres, y era espantosa la inmoralidad que pudo Juanita descubrir allí. El agente de negocios era un negociante... de casas de juego, y en cuanto á su cara mitad... de élla no habló nunca Juanita sino con profunda repulsión; «era la mujer más hipócrita que había bajo la capa del cielo.» El lujo que mantenía era debido á no sabe qué misteriosas visitas, á una casa en la cual se alquilaban habitaciones por días, por noche, ó por horas.

Al fin salió Juanita de allí y se fué á casa de un tendero, el cual vivía con la mujer y su sobrina en forma que, á pesar de la gravedad y solemnidad de estas gentes, la mujer parecía más bien sobrina y ésta esposa... de aquí hubo de escapar Juanita, cuyo carácter ya iba de día en día cobrando una ardiente rudeza...

Aquella existencia era monótona é insoporta-

ble, sirviendo de blanco á todas las ferocidades de las gentes que ante la sociedad aparecían, descubriendo con ficticia cortesía é hipócrita serenidad la salvaje impaciencia del egoismo y el gozo brutal que les producía los ensañamientos en la mortificación del débil.

¿Se pondría á servir en alguna casa como aya ó señorita de compañía?

Élla había hecho una camarera, una criada elegante, correctísima; no podía, pues, formar parte más que de la servidumbre de una duquesa; la clase media era la gente *cursi*, como la clase del pueblo, la gentuza... Ya que se viese obligada á servir, serviría á príncipes, en casas donde el recelo miserable de los amos no la mortificase; donde no le fuera obligado soportar de un modo inmediato las pasiones de los señores; donde no tuviese que ayudarles á ocultar la miseria y á soportarla.

No, no serviría; la moderna esclavitud no puede dar por término más que, ó el envilecimiento del criado, ó su resistencia constante; Juanita se sentía dominada por un sordo, por un ciego encono contra todo aquello.

—¿No sabes, Juanita, por qué te ves mal en todas partes?—decíale aquella vieja verdulera, que en más de una ocasión la había dado conse-

jos;—pues, porque para criada de ricos eres demasiado linda; y éllas, las señoronas, son muy envidiosas, y para criada de gente de medio pelo... se necesita venir de la Alcarria con las manos gordas y los moñetes colorados. A tí siempre te lo dije... *el trato; hazte de las del trato.*

Aún cayó en nueva tentación, y hubo de doblegarse á la servidumbre en casa de aquel don Antonio, pariente de la señorita Vaín-Pola; de esta casa hubo de salirse también, pero ¡con qué extrañas circunstancias!

A los dos días, ya que había podido ser el mismo en que era esperada, Juanita, vestida con sencillez, que no carecía de elegancia, entraba casa de Vober con una esquelita en la mano.

Subió hasta el cuarto del artista, é hizo que le pasaran la tarjeta.

Juanita iba sola, y en su fisonomía se pintaba el más decidido empeño de llevar á cabo la resolución que había formado. ¡Oh, con qué violencia batía el corazón y el pecho!

Pasó al gracioso gabinetito de Vober; allí la hicieron esperar unos cinco minutos, hasta que se presentó el músico saludándola con gravedad y fijando en la muchacha sus ojos azules.

La niña era guapa, realmente guapa, y entonces debió sentir esa reminiscencia inconsciente

que se produce cuando vemos una fisonomía, en la cual, y como sin atender, nos hemos fijado otra vez, aunque nos sería imposible recordarlo.

Además, Juana había cambiado; aquel carácter de timidez y de incertidumbre que otro tiempo mostraba, se había resuelto en una gesticulación animada, en un experto y luciente vivo mirar de pajarillo, siempre alerta contra toda asechanza, y así su voz no temblaba, rebajada, humilde, cual si anunciase los pensamientos de un espíritu dominado é inseguro.

A las primeras palabras del artista, comprendió lo que éste sentía, y con toda certeza de tino, con el mismo diestro y facilísimo giro de palabra que hubiera empleado la propia marquesa de Alhajema, abordó el asunto:

—Mire usted, maestro; yo no sé si usted sabe que yo soy una señorita á quien circunstancias que no son del caso, han obligado por extremo tal, que me he visto precisada á servir; la primera casa en que estuve, señor Vober... fué la de los señores marqueses de Alhajema... allí ví á usted dos ó tres veces.

La cara un poco pálida y bastante impasible del señor Vober mostró un ligero gesto, un leve fruncimiento de cejas y una fría sonrisa, que re-

velaron la aparición del recuerdo y la complacencia que le producía.

—Yo,—continuó Juanita,—no tengo más que dos caminos: ó sigo saltando de aquí para allá, al servicio, hoy de esta, mañana de la otra señora, ó trabajo hasta que pueda verme fuera de esta condición que no me corresponde. Quiero, pues, que usted me diga si tengo ó no tengo facultades para el canto ó para el piano. Si es así... creo que no será usted codicioso...

No habló palabra de nada de cuanto le había acaecido en casa de la marquesa de Alhajema; era lógico que se ciñese á esta estricta discreción.

El maestro no se negó á lo que se le pedía; aquella mujer se mostraba tan lacónica y tan resuelta: el fondo del genio de Vober, como el de casi todos los hombres de carácter aparentemente frío, era débil, y en aquel momento sentíase á merced de un espíritu firme, ardoroso y resuelto, de una de esas energías que surgen, se templan y crecen por las terribles luchas de la vida.

Juanita, en la cual, como decimos, había aparecido un inspirado vigor de ánimo, no vacilaría ni por un solo instante. ¡Estaba sola! ¡Habíanla dejado en el más completo abandono! ¡No hallaba otros medios sino los de doblgarse á la madrastra, proseguir á merced de mil descono-



cidos! Pues sintíose repentinamente transfigurada; era fuerte, y lograría abrirse paso á través de cuantos obstáculos quisieran oponerla.

No sabemos qué heroína de novela se habría propuesto por modelo; tal vez, merced á esa alucinación de ánimo que pueden padecer los lectores, habría llegado á identificarse con algún personaje de la idealidad de algún poeta.

Veíase, á pesar de lo brusco y violento de aquella mudanza, algo que podría además referirse al fenómeno inexplicable que suele darse en muchas naturalezas; metamorfosis tan radicales que parecen ofrecer una patente contradicción con cuanto de ellas hubiera podido esperarse.

La voz era buena, podría ganar en extensión adquiriendo un timbre más dulce, y educarse en las agilidades y juegos del cantante, con poco que fuese educada.

—Tiene usted buena voz, no la falta gusto ni afinación,—exclamó Vober, luego que hubo probado la voz de Juanita.

—¿Cuánto debo á usted, señor maestro?—dijo Juana.

—¡Oh, nada! Usted no me debe nada.

—Dispense usted; pero quisiera que usted me hubiese comprendido; ó bien es que yo no me supe explicar... No he solicitado de usted sino el

favor que pueden pedirle las que deseen utilizar sus servicios; y ya comprende usted que podré hacerlo cuando he venido hasta aquí,—añadió Juana; y como si diera por supuesto que aquella prueba ó consulta podría cobrarla el maestro al mismo precio de las lecciones, suplicó á Vober que le hiciera la merced de recibir una moneda de cinco duros.

No había medio; Teodoro no podía resistir el influjo de aquella voluntad decidida é inquebrantable; á las primeras palabras del artista, pretextando vagamente mil impedimentos que le obligaban á no aceptar más discípulos, Juana se dió por convencida; sabía cuanto deseaba saber; la era dado dedicarse á un arte y redimirse de la pobreza; acudiría á otros maestros; dicho lo cual, salió de casa del artista; éste la acompañó hasta la puerta de la escalera.

Al volver el maestro á su cuarto, fué recibido en el gabinete por un joven alto, moreno, vestido con afectación; dicho sujeto había llegado poco después que Juana, y se había escondido en una alcobita contigua al gabinete, de la cual salió no bien hubo de irse la joven, y lanzando ruidosas carcajadas cogió entre sus brazos á Vober.

—Magnífico, amigo mío. Viene á verle la mujer que persigo hace más de seis días por Ma-

drid,—dijo con marcado acento cubano el tal sujeto.

—¡Ahl ¿está usted aquí, señor Villa-Céspedes?

—*Me-to mado esta libertad*, ¿entiende? Es una gran mujer, compañero; una mujer superior, *mi amigo*. ¿La conoce?

—Ha venido hoy por vez primera á casa.

—Diga, hombre, diga. ¡Miren el bribón del maestro y qué oculto se lo tenía! Pues yo, *mi amigo*, no he podido saber otra cosa de ella, sino las señas de su casa; pero se lo digo, *mi amigo*, estoy trastornado con esa mujer... Yo creo que ha de confesar que es una bonita mujer. ¡Compañero, si lo supiera la señorita de Vaín-Polal! Teníamos una *complicación*... Oiga; hoy almorzamos juntos, ¿entiende? Dígale á la criada... ¿no tiene criada? ó á la portera, quien sea *que le sirva*, que lleve esta tarjeta al *Restaurant* de Filiquier. Vea mi plan: Ostras, dos; Sauterne; Reveoli, dos; Bordeaux; Chateaubriand, dos; Lenguados á la marselesa, dos; Jerez; Cotellets á la papillot, dos; Bordeaux; ensalada de langostinos, pouding, frutas, queso, champagne, café, biscuit; Cognac tres estrellas... ¿Le agrada? Pues aquí lleva el *menú* apuntado.

Vober dijo fríamente que no le era posible.

Pero el americano protestó lanzando grandes

voces y nuevas risotadas. Era un mocetón gigantesco; tenía el pelo rizado, negro y de brillo; el rostro, moreno y grueso; barbilampiño, y sólo un ligero bozo en el labio superior; los ojos eran rasgados y un poco saltones, negros y ardientes; era ancho de espaldas y robusto como un cimarrón; tenía su voz recia con timbre meloso y un dejo de burla muy característico, y era vehemente al hablar; contaría unos diecinueve años de edad; se hallaba en Madrid para terminar la carrera de leyes.

Era hijo de un cubano banquero, que residía en los Estados Unidos; según se decía, era sobrado rico para no creerse obligado á escatimar á su hijo nada de cuanto éste deseara.

—Me convida usted para pagarme los informes que le dí,—dijo descarada y desdeñosamente Vober, que sentía envidia, más que á nadie, á los hombres que contaban, como Villa-Céspedes, con medios de fortuna.

Enójose extremadamente el cubano al oír á Teodoro; y hasta hubo de mostrar un profundo sentimiento ante la idea de que pudiese haberlo tomado con tal severidad.

Pero no por esto dejó de suplicarle con voz meliflua, que resultaba subidamente cómica, que le dijese cuanto supiera respecto á la niña.

—Mire; díjele antes que nada sabía...

—Así es,—replicó Vober.

—Pues mire, mi amigo, le engañé... He conocido esta niña casa de mi apoderado don Antonio, ¿entiende? Este es un gatera muy largo; y yo me pienso que ha querido abusar de la muchachita... Mire que sé algo de todo esto... y hasta creí que cuando salió de la casa había seguido protegiéndola...

—Él ha sido quien me la ha recomendado, señor Villa-Céspedes,—replicó Teodoro.

—No me engaña, señor Vober... ¿Y con qué intento se habrá metido el viejo en eso? ¡Es un genio!

—Creo, amigo Celestino, que quiere hacerla artista... Pagará alguna deuda.

Celestino Villa-Céspedes hizo mil reflexiones sobre la vida de la muchacha casa de don Antonio; le contaba que no había tolerado ni el más mínimo abuso: el americano prosiguió hablando de esto y de los mil incidentes ocurridos durante la tenaz persecución proseguida por él por espacio de algunos días, hasta que pudo averiguar dónde vivía; lo había sabido aquella mañana; luego, como entrase la portera de la casa de Vober, la preguntaron si conocía á la muchacha que había estado aquella mañana á visitar al maestro.

—Sí; es una peinadora que vive aquí, un poco más abajo.

Llegó el mozo del *Restaurant* con los almuerzos, y los dos jóvenes se sentaron á la mesa. Vober parecía ya algo más animado, y satisfizo á Celestino; charlaron, bebieron, y dominando la voz del americano sobre la del maestro y sobre todos los ruidos, seguía pregonando el entusiasmo de que se sentía poseído Villa-Céspedes por la joven peinadora. Estaba decidido á todo... Dejarse de preámbulos, irse derecho al asunto; aquel mismo día formaba el propósito de resolverlo; se acercaría á la muchacha... y conquista hecha.

—A usted no le falta guita... y á élla no le vendría mal un protector más rico y más joven que don Antonio,—exclamó Teodoro.

Por lo demás, hubo de añadir que él había prometido no dar lecciones á la recomendada de don Antonio, pero no á la persona que le recomendase Celestino Villa-Céspedes, uno de los muchachos más simpáticos de la *Hig-life* madrileña.

—¡Ah! no, amigo mío; no se me da nada porque tenga el mundo una cantatriz de más ó de ménos, ¿sabe? Sí que somos bobos.

El cielo se hallaba cubierto de un nuboso gris, y finísimos hilos de lluvia caían incesantemente

sobre la tierra; todo aparecía con un tinte frío y acuoso; los tejados brillaban como si fueran de charol; desde el balcón del gabinetito, en el cual almorzaban los dos amigos, se veía cruzar por una de las calles transversales á la de Serrano, mujeres con las faldas embarradas, alguno que otro chicuelo descalzo y con las manos metidas entre la chaqueta y la raída camisilla, hombres con los calzones subidos, muchos al descubierto, otros bajo grandes paraguas.

—¿Qué se ha de hacer esta tarde? En la Peña se aborrece uno; yo me enfado con este tiempo, —exclamó Celestino.

No era él hombre que acudiese á los cafés como un estudiantillo cualquiera; así, que celebró haber tomado la buena resolución de almorzar con el músico amigablemente; y luego, cuando los vinos se subieron á la cabeza, se produjo en aquellos dos hombres la obligada animación; Vober asaltó el piano y loqueó en él gravemente, como un inglés ebrio; Celestino aplaudió con estrépito.

Sentía esa comezón de fraguar desatinadamente lisonjeras esperanzas, y hablaba á borbotones; su ardiente organización se hallaba sobreexcitada por modo distinto que Vober, al cual había acometido un repentino sentimentalismo.

Vober manifestó á Celestino un afecto entra-

ñable, y se disponía á hacerle confidencias íntimas; Teodoro se consideraba desengañado del trato de las gentes; entendía que eran pocos los amigos dignos de ser queridos; Villa-Céspedes era un hombre verdaderamente singular; solamente él podía comprender las sublimes ideas de un hombre de genio como Vober.

—Mi amigo, ¿sabe que me siento capaz de ir ahora mismo casa de la muchachita y de birlársela á ese vejstorio de apoderado mío?—exclamaba Celestino.

—No puedo vivir sin su amistad,—repetía por su parte con tono plañidero Teodoro, poniendo los ojos tristes.

—¿No nos han traído tabacos? ¡Eh, abuelal Bájese todo esto; aún le queda para la cena; vacíe esas botellas, que se lleven sólo los cascós... Mire, hágame el *servisio* de traernos buenos tabacos de á peseta; ahí tiene usted un papel de cinco pesos fuertes... No se me duerma, compañero, no se duerma. Ya le digo desde ahora que voy á colarme casa de la *peinadorcita*.

—Estoy deseando salir de Madrid... aquí todo es *double*... el gusto maldito, el gusto de estas gentes por la buena música; tanto les da el chillido de una rata, como el *stradivarius* más rico manejado por Paganini.



—Voy á tomar un hotelito... y á darme una vida deliciosa con la muchachita... Ya se verá si sé yo lo que le cuadra mejor á la niña. Esta mañana me fijé en su cuerpecito *de avispa*; ¡si es una monería la muchachita!

—¡Ah!—decía suspirando el melancólico Vober;—soy muy desgraciado, señor Villa-Céspedes; ¿el maestro Fernández? Pues el maestro Fernández no pasa de ser un mal organista de iglesia; y ahí le tiene usted hecho todo un profesor del Conservatorio. Yo me veo solitario, vendiendo por miserables puñados de duros *La Paloma*, *La Gaviota parisiense* y *Los cantos de la noche*...

—¡Qué hermosos!—exclamó lleno de gozo Celestino, y comenzó á silbar un trozo de la última composición...—Voy á hacer que me traigan de cualquier parte una guitarra, compañero, y nos vamos á visitar á esa niña, ¿quiere?

—Después; me puede usted creer, no hay cosa que me devuelva la alegría... yo he querido, he querido como quiere un artista...—añadía con petulancia Teodoro;—Herminia se ha escapado de aquí... tenía el corazón seco...

—No se haga el sordo, mi amigo... y déjese de llorar ahora... Vamos casa de la muchachita; es justo que la pague la visita de esta mañana.

—La última noche que estuvo aquí, oyó la

sinfonía número... tantos de Beethoven; le gustaba la música á mi pobre Herminia...

—Vaya, nos han traído los cigarros,—dijo Celestino, saliendo al encuentro de la portera, que llegaba con una docena de brevas.—Está bien; quédese con el resto.

—Gracias, señorito; ¿desean algo más los señoritos?—dijo llena de alegría la vieja.

—No, márchese; vamos, fume, póngase el impermeable, coja el paraguas, y no perdamos tiempo,—decía Celestino dirigiéndose á su amigo.

—Así es que me parece más triste mi cuarto desde que ella se marchó; no tenía corazón aquella mujer.

—Vamos, señor Vober, déjese ahora de esto.

Pero el músico se echó en una butaca y rompió á llorar, según suele decirse, sin duda por lo áspero de la voz en tales llantos; como sin fuerza, y cual si se sintiese víctima de la más profunda desesperación, á punto de dejar extático de asombro al americano.

Nadie quería comprender á Teodoro; aquel hombre, á quien todo Madrid tenía por un excéntrico, por un raro misántropo, cuando era una criatura, un ser angelical... capaz de llorar la muerte de su perro.

—¡Ande, pues no está mal!... ¿Qué le sucede?

¡Déjese de eso!... Vamos, mi amigo, *que le dé el aire*; vamos casa de la muchachita, verá qué tarde nos pasamos... hay allí dos ó tres niñas más...

La pálida faz de Teodoro, teñida entonces por dos rosetas de un color rojo, apareció grotesca con la estrambótica compunción que daba á los ojos una languidez y un apenamiento de ebrio lamentoso y pesado.

El gabinete, adornado con cuadritos, platos y porcelanas, ofrecía un desorden indescriptible; las sillas andaban por medio; el velador, cargado de platos sucios y botellas vacías, se hallaba en el centro; la atmósfera, impregnada de humo de tabaco, era irrespirable, y ambos hombres sentían la cabeza pesada y vacilante.

—Vamos *que nos dé el aire*, mi amigo... véngase, y se le irán esas tristezas... de ahora no pasa, hemos de colarnos casa de Juanita.

No estaba para salir de casa Teodoro, y porfiando con voz de hombre afligidísimo, é instando por quedarse, escapaba de las manos de Celestino, y con esto, entre ambos, se produjo una escena pesada, monótona, por la cual Villa-Céspedes hubo de rogar en nombre del más acendrado afecto de amistad, que le acompañara Vober, y éste prosiguió negándose á salir á la calle; estaba resuelto, no saldría entonces ni

después; hasta aquel momento se había hallado indeciso, pero desde entonces no habría de vacilar... bien pronto lloraría la injusticia cometida con el artista; claramente dejaba comprender Teodoro que proyectaba un suicidio...

—Usted es mi único amigo, Celestino; lo único que me resta en este mundo. Usted presidirá mi entierro; hará usted que se haga un monumento en mi tumba... nada, una cosa sencilla y elegante; mi nombre en letras de oro, Teodoro, una lira y dos ángeles llorando.

Llegó á exasperarse el americano, y valiéndose de sus fuerzas, entonces sin duda duplicadas por la embriaguez, puso el impermeable á Vober, y le encajó el sombrero en la cabeza.

—¡Vamos!—gritó imperiosamente;—no sea chinchorrero.

—¿Dónde?—preguntó lleno de asombro Teodoro.

—Vamos á visitar á la mujer que ha estado aquí esta mañana.

Teodoro siguió á su amigo, tal vez sin comprender ni aun vagamente lo que se proponía el americano; aún en la escalera le hizo nueva y pesada resistencia, hasta que, viéndose ambos en la calle, sintieron esa ruda impresión que á veces sorprende en medio del embrutecimiento á

los ebrios, y moderaron su charla desatinada y sus desordenados movimientos.

Teodoro se dejaba guiar; mejor dicho, arrastrar por su compañero, hasta que con paso no muy seguro llegaron frente al portal de la casa donde vivía Juanita; atravesaron un patio, penetraron por una puerta, á la cual venía á parar la estrecha escalera de los cuartos interiores, y subieron lentamente por ella, no sin detenerse para tornar, Vober á su resistencia y Villa-Céspedes á su impertinente porfía.

Así llegaron hasta lo más alto de la reducida y alta escalera; se detuvieron frente por frente á una puerta sucia, y Celestino tiró de un cordón de campanilla; se oía cantar en el interior de aquella casa una voz de mujer y con el ruido continuo de una máquina Singer en incesante movimiento.

La puerta se abrió y apareció una muchacha desgreñada, flaca y pálida, vestida con un trajecillo raído...

—¿Por quién preguntan ustedes?

Teodoro pareció recobrar entonces su juicio, y quedóse como admirado de su audacia y sorprendido de verse allí...

—Por una planchadora que se llama Juanita,  
—dijo Teodoro con acento melancólico.

Aquí vive una joven de ese nombre; pero no es peinadora...

—Sí, por esa;—exclamó con energía Celestino, como saliendo en ayuda de su amigo.

La muchachita fijó en aquellos dos hombres, cuyos ojos brillaban de un modo extraño, una mirada de recelo; pero viendo sus trajes de personas distinguidas, exclamó:

—Madre: aquí hay unos caballeros que preguntan por la Juanita.

—¡Que pasen!—gritó una voz agria y chillona desde el fondo del tabuco.

Celestino se sintió empujado por Teodoro, cuya tristeza romántica se había cambiado en una resuelta expresión de *atrevimiento*; siguieron por un estrecho pasillo hasta una sala, en la cual se hallaban dos mujeres, una como de cincuenta y tantos años, y otra bastante más joven, de pelo rojo, faz blanca y ojos llenos de malicia.

—Pasen ustedes, y *siéntensen* ustedes,—dijo la de más edad... Juanita ha salido, pero no ha de tardar; empezó hace poco el oficio, tiene poca parroquia... ahora ha ido á casa de la señora de Elgazoya... Siento que tengan ustedes que esperar aquí, pero mi *probeza* está á la vista... y cuando una se ve así... Salió hará cosa de una hora la Juana; ya no puede tardar... Yo creía ahora,

cuando ustedes han llamado, que sería élla; tanto es así, que le dije á ésta... *¿Verdad tú que te lo dije?* Ya está aquí Juanita.

La más joven de aquellas dos mujeres miró á Celestino y á Teodoro, y se echó á reir. Los segundos se hicieron siglos; Celestino se había quedado como entontecido; Vober oía gesticulando exageradamente á la más vieja, que tenía la particularidad de seguir en su charla dos ó tres asuntos á un tiempo, haciendo de su conversación una especie de zurcido abigarrado, y una jerga; además, reía sin saber por qué, como reía su compañera, y reía la muchachuela que había salido á abrir á los caballeros.

Celestino no pensaba ya en otra cosa sino en abandonar aquella casa, y temía que de un momento á otro sonase la campanilla y llegara Juana; no obstante, comprendió incompletamente, tanto por el aturdimiento de sus sentidos como por la confusión de palabras de la vieja, cuanto ésta fué diciendo de Juanita, y al propio tiempo el joven recorría con sus ojos la habitación, como si tuviese bastante claro el entendimiento y acordes los sentidos para hacer observaciones provechosas. La habitación sólo tenía una ventana baja, junto á la cual cosían la vieja y la niña; más allá se hallaba la máquina, movida con lentitud

entonces por la más joven de las dos mujeres; había dos ó tres sillas y una cómoda, paredes sucias, y en ellas pegados algunos cromos representando episodios de lidia taurómaca.

—La pobre Juana... ya ve usted, ha tenido que ponerse á eso... como ustedes ven; aquí estamos que no nos podemos rebullir. Tiene padres, pero como si no los tuviera, porque el padre está el pobrecito *baldao y tonto de la cabeza*; y no tiene madre, señores; con lo cual está dicho todo...

—Es huérfana,—añadió la mujer que se hallaba en la máquina.

En esto Vober cesó de reir y se puso muy encarnado, apoyó los codos sobre las rodillas y la frente en las manos, produjo ruidos de arcadas, y se desató en vómito...

Celestino y las dos mujeres acudieron en su auxilio; aquél, con los sentidos cada vez más despejados, daba, sin saber cómo, una disculpa cualquiera; las mujeres se mostraron servicialísimas, acudiendo una con una jofaina y otra metiéndose en la cocina á hacer dos tazas de café muy fuerte, según les dijo Villa-Céspedes, rogándolas que les dispensasen las incomodidades que producían, y maldiciendo en el fondo de su corazón aquella casualidad...

—¡Quieren ustedes callarse! El señorito se ha



puesto malo aquí, y más vale que haya sido aquí que en otra cualquier parte,—decía la vieja...—Mira: date prisa, y despacha ese café...

—No, señora; nos vamos: ya volveremos mañana,—decía Celestino, á quien la idea de que se presentase de pronto Juanita le impacientaba cada vez más. ¿Que la diría? Seguramente no le hubiera sido posible articular palabra.

—Como ustedes gusten; si los señoritos quieren marcharse... ¿pero qué hemos de decir á Juanita cuando vuelva?

Celestino quedóse sin saber qué decir; pero Vober, que sin duda después del vómito se había despejado bastante, dijo con doliente voz, temblando por el frío que de pronto le hubo de acometer:

—Dígale usted que el maestro Teodoro...

En esto sonó con fuerza la campanilla y penetró Juanita, la cual se quedó naturalmente sorprendida al ver al maestro en su casa, y mucho más al fijarse en aquella faz descompuesta y lívida.

—Hola, niña; he venido á verla con este amigo, pero me he puesto malo de pronto; me ha hecho mal la cena... mañana veré á usted... ¡Oh! no es nada; siempre que hay humedad me sucede lo mismo.

El maestro no podía hablar; le castañeteaban los dientes; pero Juanita, lanzando una severa mirada á las dos mujeres, dió fríamente las gracias al maestro, y añadió con un tono imperioso y seco:

—Ahora es imposible que salgan ustedes; llueve á torrentes. Pase usted á la sala, maestro. Traiga usted una de las mantas de mi cama, doña Aniceta; y tú, pon unas brasas en el calentador.

Teodoro quiso resistir; pero al fin todos le convencieron y penetró en la sala; sentóse en una pequeña y destartalada butaca, se envolvió en la manta, puso los pies en el calentador y cerró los ojos.

Juanita se fijó entonces en Celestino; aquel era el joven que la perseguía; la pareció notar que se hallaba como avergonzado y sin atreverse á abrir los labios. ¿Quién sería aquel sujeto? ¿Qué había ido á hacer allí el maestro? Y, sobre todo, ¿por qué motivos le acompañaba aquel individuo? Todos estos pensamientos la preocuparon hasta mucho después de haberse marchado Teodoro y Celestino.

Era el resultado de la intensa sorpresa que todo aquello había producido en el ánimo de Juanita.

Celestino comprendió que su papel sería muy

ridículo si se aventuraba á dar alguna explicación.

—Ya parece que va entrando en reacción... Y había comido poco y bebido menos,—dijo Celestino. Luego creyó un deber advertir, que como el maestro trabajaba tanto... A pesar de todo, la repugnancia de Juanita era profunda; aquel sucio charco que manchaba el suelo de la sala causábala á la muchacha un efecto horrible; parecía, además, hallarse ésta como á merced de un malestar y de una inquietud moral exagerados.

Celestino dió como pudo la primer explicación que hubo de ocurrírsele; él y el maestro habían comido juntos, y como el maestro oyese que su amigo tenía que ir casa de una costurera... es decir, precisamente á aquella casa, cuyas señas le habían dado; como coincidiese con ser la misma donde vivía Juanita, el maestro hubo de proponerse ir en compañía de Celestino.

—Quería decirle á usted que estaba dispuesto á dar á usted lecciones aquí, en su casa.

Juana no creyó palabra de cuanto la dijeron; demasiado se figuraba élla que en todo aquello había habido un intento nada serio ni bueno.

Celestino se levantó, y dirigiéndose á la cocina, preguntó á la patrona si élla se encargaría de coserle la ropa blanca, y al decirle esto, la puso

en la mano un billete de veinticinco pesetas, y la hizo un guiño significativo, llevando, además, el índice de la mano derecha á los labios, como para recomendarla silencio.

Aceptó gozosa la buena mujer, y se hizo cargo de las señas de la casa de Celestino: hotel de Rusia, don Celestino Villa-Céspedes.

Al cabo de una hora el maestro se levantó; sintióse aliviado, rogó que le dispensaran, y cabizbajo y torpemente salió de aquella casa con su amigo Celestino.

Juana quedóse intensamente pálida, encerróse en su alcoba, y allí, sentada en una sillita de costura y echando la cabeza en la cama, se vió acometida por un ataque de llanto.

¿Por qué? Ella misma no hubiera podido explicárselo.

En todo aquello veía Juanita la intriga de un seductor, la amedrentaba, y al propio tiempo se sentía como impelida á una nueva existencia.

Pasó aquella noche en agitación, y al día siguiente, muy de mañana, se resolvió á acceder á una de las invitaciones que constantemente la hacía la hija de su patrona: á ir al Retiro.

Salieron muy animadas y gozosas.

Entraron en el Retiro; á lo lejos se oyó el chillido grotesco de los monos del jardín zoológico;

los paseos se hallaban solitarios; no obstante, en el estanque grande había unos cuantos jóvenes paseando en una barca y hablando á voces, como contentos al sentirse solos y dominando en aquel sitio.

Juana prefirió pasear por los lugares más escondidos; junto al Paseo de las estatuas hallaron un señor viejo, de pelo canoso, faz plácida, mirada límpida; uno de esos viejos robustos, amigos de madrugar, y en los cuales parece que aún se conserva de la juventud la alegría y el buen color.

No lejos de otro de los estanques, mosconeando con un libro en la mano, se hallaba un estudiantillo, á quien hubo de poner mote Manolita, llamándole «el señorito Abejorro,» lo cual les hizo hablar de los exámenes.

—Don Celestino también se examina, ¡quién había de pensarlo! ¿Para qué querrá estudiar ese hombre siendo tan rico? ¿No decías que tenías tú dos pesetas? Pues ahora me acuerdo de lo mejor, y es, que yo tengo medio duro... pero no me he acordado de traerlo.

—¡Tú tienes medio duro! ¿Y de qué tienes tú medio duro, muchacha?—dijo Juanita.

—Me lo dió anoche don Celestino; siempre que vaya á llevarle la ropa me dará alguna cosa.

—¿Y tú se lo das á tu tía?

—¡Corriendito! ¡Que se limpie!

Esto provocó de nuevo la risa en las dos amigas; pero Juana no dejó de manifestar extrañeza, ¡qué diablos hacía Manolita con aquel dinero. Lo guardaba, ni más ni menos, y bien guardado, para que no lo atisbase su señora, doña Aniceta Casedo.

—¿Y para qué lo guardas?

Entonces Manolita, poniéndose muy grave, dijo que lo guardaba «para un por si acaso,» dando en esta vaga expresión de previsora cautela.

Anduvieron después bajo abovedados paseos de árboles, unas veces divertidas en parlotear y reir frívolamente, como cantaban y gorjeaban los pajarillos; otras hablando, aunque sin mucha fe, de sus proyectos de trabajo, y así pasó el tiempo como sin sentir; ya debía ser tarde, según echó de ver Juanita; entonces recordaron que habían decidido regalarse con un buen desayuno.

—Vamos á la casa de vacas; tomaré chocolate con un buen vaso de leche y un buen mojiçón,  
—dijo Manolita, poniendo los ojos de satisfacción de un niño goloso.

En esto llegaron á los oídos de Juana y Ma-

nolita los ruidos y la algazara de alegres voces y risas, y las muchachas descubrieron un grupo de mujeres jóvenes y elegantes y de caballeres gomosos; formaban corro al rededor de uno de los bancos de piedra de la Glorieta, sobre el cual había algunas botellas de vino generoso y una magnífica empanada; en todas las fisonomías se pintaba un regocijo exuberante; las señoras y los señoritos estaban armados de cuchillos de postres, y en cómicas actitudes.

—No se le espera,—gritó un mozalvete pequeño, de cuello escueto y cara de comadreja.

—¡No se le espera, no se le espera, no; á comer, á comer!—repitieron todos.

—Esos deben ser de la aristocracia,—dijo con acento de respeto y de envidia Manolita;—mira, están de broma los señores, según se ve.

Pero á poco que hubo mirado al grupo, Manolita rectificó su opinión; no podían ser de la aristocracia las mujeres, puesto que se hallaba entre ellas Constanza; Manolita se la enseñó á Juana. Constanza vestía un gracioso trajecillo color de mahón. con dibujos japoneses, vestido un poco estrambótico, sin duda, pero de corte elegantísimo; era mujer de cuerpo esbelto, tez morena y grandes ojos negros. En esto entró en la Glorieta y se acercó al grupo otra mujer diciendo:

—Un momento de espera; Celestino está ahí.

—Vamos, tendremos piedad,—exclamó uno de los jóvenes,—siquiera por Pipo.

La mujer que acababa de llegar, y á quien había llamado Pipo aquel caballereite, era una rubia muy delgada y bastante alta; iba vestida con un traje claro con adornos de encaje y un lindo sombrero de paja con lazos rosa-pálidos; tenía aires de princesa y un gesto petulante de coquetilla necia, muy pagada de lo que ella tendría sin duda por belleza y distinción de su cara, una cara de muñeca, facciones miniadas, ojos grises y sonrisa desdeñosa.

—¡Ayl pues no la había conocido, Juana; ¿si supiera usted quién es esa?—dijo en voz baja Manolita.

—Ni lo sé, ni me importa.

Pues era la querida de don Celestino Villacéspedes, *ni más ni menos*; estaba en grande la tal polluela, porque el americano se portaría como un rey con élla. ¡Bahl bueno: todas aquellas mujeres eran gentuza; Juana, movida de un enojo repentino, tiró del brazo á Manolita para hacerla proseguir su paseo; pero Manolita, nerviosa y agitada por nuevo espasmo de curiosidad, se resistió; acababa de llegar don Celestino, el cual fué recibido con un bullicioso contento por todos



los del grupo; el joven cubano se disculpó diciendo que había tenido que esperar á que abriesen la casa de Marzo para recoger la pulsera de Pipo, una pulsera que Celestino había prometido á su querida, y que sacando de un envoltorio de papel de seda puso á la cortesana en el brazo derecho, dando motivo á nuevo estruendo de palmas y risas.

Juana echó á andar, y al fin la siguió Manolita; llegaron á la vaquería, donde se hicieron servir el chocolate; Juana parecía estar malhumorada; había perdido su contento, según dijo; aquella patulea le daba «asco.» Era necesario dar vuelta en dirección á la casa, y las dos amigas emprendieron el camino: Manolita, asediada por el temor al enojo de su tía, y Juana, ceñuda y pensativa; de pronto aquélla se desprendió del brazo de ésta, y echó á correr al encuentro de Constanza, la cortesana que se hallaba parada al término de un paseo.

—Buenos días, señorita Constanza.

—Hola, buena pieza. ¿Qué haces por aquí, has venido con tu novio?

—He venido con mi vecina la peinadora,—replicó Manolita.

—¿Una peinadora?—replicó Constanza, y gritó, volviendo la cabeza hacia el fondo de la calle de

árboles, de la cual acababa de salir.—¡Pipo, una peinadoral

Un coro de carcajadas respondió á este grito, y era que Pipo estaba rabiosa porque con las bromas la habían despeinado.

Constanza, afectando una expresión grave, dijo á Manolita:

—Puedes decir á tu vecina que vaya á la calle de Campomanes, casa de la Pipo.

Juana se alucinó, estaba ciega de ira, se habían burlado de élla; no cabía duda, se había burlado de élla toda aquella tropa de locos.

—¡Las muy estúpidas! ¿qué se habrán figurado? Lo que es la tal Constanza tiene cara de cualquier cosa, y el pendón ese de la Pipí ó Pipa, ó como la llamen, es una niña pocha, avinagrada y cargante; estará robando al americano hasta los pelos de la cabeza,—decía Juana.

La cólera de Juana fué creciente; conforme se acercaban á la casa aumentaba su resuelto encono; cuando oyó las vociferaciones groseras de la señá Aniceta, estuvo á punto de replicarla con el mismo desentono; no dió disculpa alguna; con toda su voluntad se hubiera puesto á reir desesperadamente. ¡Qué casa aquella tan oscura, tan sucia y tan miserable! Bien podían reirse de todos las bribonas... ¿Y qué pensar del muy imbé-

cil del bezudo cubano? Tirando el dinero á ton-tas y á locas á los pies de una tunanta como la Pipo. De buena gana la hubiera dicho Juanita: «Sepa usted que...» no se atrevió á dejar más en libertad su pensamiento; un instinto de miedo y de vergüenza la produjo rubor y pesar á la vez.

La casa de la señá Aniceta la infundía tris-teza; veía siempre en aquel *espantoso*, de tal le calificó, en aquel espantoso pasillo á la vieja gru-ñendo constantemente, y arrastrando sus chan-clas por el suelo de ladrillos quebrados y desen-cajados en la línea que hubieron de ser puestos al embaldosar los pisos.

Al día siguiente, y contando con la licencia de la señá Aniceta, volvió á sacar á Manolita; aque-lla vez se compuso y atavió por extremo; fueron al Retiro, pasearon, y tornaron á casa sin que hallasen ni una sola cara conocida; durante aquella semana repitieron dos ó tres veces estos paseos, que, según decía Juanita, le sentaban bien; pero tampoco les ocurrió nada que pudiera llamar su atención.

Juana, al fin, iba á desistir; no quería confe-sárselo á sí misma; no, no quería reconocer que sentía una comezón, un vehemente deseo de ha-llar de nuevo aquel grupo de entretenidas de lu-jo y jóvenes gomosos.

¿Por qué lo deseaba? Verdaderamente era imposible decirlo; en Juanita se daba esa vida de movimiento involuntario, propia de las mujeres y de los niños que se hallan casi siempre á merced de las impresiones.

Aquellos paseos matinales la sentaban bien; dió esto por justificación, y entregada por completo á su inquieta curiosidad, volvió con Manolita al Retiro, llegándose á la alameda donde el otro día había visto el grupo de cortesanas. La glorietilla de árboles se hallaba solitaria; á través del ramaje se veía el cielo límpido marcado con grandes fajas de nubes encendidas, pero no se oía sino el alborotado piar de los pajarillos.

Sin duda alguna se habían levantado demasiado temprano, y ellas eran los primeros paseantes que se presentaban aquella mañana en los bosquecillos. Dejóse oír á lo lejos el potente rugido del león, protesta ó queja de un monstruo esclavo.

—¿No sabes, Manolita? No puedo olvidarme de aquella muñeca impertinente; por todo el oro del mundo no hubiera yo ido á servir á una de esas mujerzuelas; ¡y qué aire se dan ellas de personas de importancia! ¡Uf, qué asco! ¿Y será posible que el americano derroche su dinero con esa gentuza?

—¡Calla! — exclamó Manolita; — luego dirán; pero es lo cierto, que en nombrando al ruín de Roma... por allá viene el caballero Villa-Céspedes.

Palideció Juanita, sintiendo así como un golpe brusco producido por el sobresalto de la sorpresa en su pecho. Era, en efecto, el americano; el hombre que al extremo del paseo apareció, caminaba como distraído y cabizbajo, y en breve se halló junto á Juanita y Manolita, á las cuales reconoció, y saludó muy cortésmente, y á la verdad, no con la desenvoltura que era en él habitual en tales casos, y cuando se trataba de las casquivanas mujeres del comercio mundano.

Fué aquel encuentro algo como un suceso previsto y esperado por Juanita; la realización de un peligroso ensueño que, á pesar de la voluntad de aquella durmiente abandonada, y despierta al propio tiempo, resolvía de un modo singular su indeterminada pero calurosa alucinación de deseos, y se ofrecía cual inevitable solución á la peligrosa y ambigua existencia de una obrera-señorita.

Charlaron, mostrándose ambos por extremo deferentes en refinamientos de mutua cortesía, aceptando él un exagerado respeto, y élla, una como artificiosa discreción; y por tal manera, y con tanto entusiasmo hablaron, que Manolita

quedó sorprendida al ver que tuvieran tanto que decirse personas que apenas se conocían, y mostró disgusto en su expresiva carita de niña al comprender que se la hacía jugar el papel de tercera, interviniendo apenas, y como por acaso, en el confuso diálogo.

Bien pronto éste, de un modo insensible, se fué haciendo confidencial, y Juanita y el joven americano iban como apartándose de la muchacha, bajando la voz, y al cabo, juntando de tal modo sus cabezas, que cualquiera les hubiese tomado ya por dos amantes que hubiesen elegido el Retiro como lugar de cita. Aquello le pareció á la niña escandaloso, é iba apartándose á uno y otro lado del camino, como si más bien élla, que no Juanita y el americano, fuera la que deseaba alejarse.

El paseo duró más de dos horas, yendo y viniendo por los mismos sitios, hasta que muy entrado el sol resolvieron volverse á casa. En la puerta de Alcalá, Villa-Céspedes se despidió, estrechando la mano de Juanita y saludando á ésta con vivo afecto, y tal y como si entre ellos hubiese algún pacto entablado ya desde aquella mañana.

Juanita, luego que el americano se hubo alejado, exclamó, dirigiéndose á su amiga:

—¡Oh! perdona, Manolita mía; pero me he

alegrado mucho de venir. ¡Lo que es juzgar de ligero á las personas! Este caballero es un hombre muy fino; me ha dado toda clase de explicaciones. ¡Bah! bien puedo asegurarte que esa tal Pipo es para él una basura.

—¡Al fin y al cabo una entretenida!—exclamó Manolita.

Llevaba Juanita encendida la faz, lucientes los ojos y una sonrisa de satisfacción en su boca juvenil; un cúmulo de locas y hasta entonces no desatadas esperanzas se revolvían vibrantes en su cerebro. ¿Qué había oído? Lo que tal vez no hubiera creído oír; palabras sigilosas, por escaparse como en siseo confidencial de labios apasionados que las mezclaba á los suspiros del deseo. Aquel hombre todo lo sabía, no ignoraba la extraña situación en que se hallaba Juanita, no ocultó un exagerado respeto á la desgracia y á lo que él supo llamar verdadera virtud, pero á la vez, ¡con cuán fácil manera se proponía resolver el difícil problema de la vida de Juanita!

No, no era Villa-Céspedes, según él mismo dijo, un hombre capaz de aprovecharse de todos los infortunios que pesaban sobre la muchacha; supo halagarla, entendió el arte de envanecerla, y comprendió el modo de encantar con indecisas pero risueñas promesas, entre novelescas y esti-

mulantes de aquella ardorosa naturaleza, el alma affligida de la pobre niña abandonada; que tales fueron las palabras que él hubo de emplear.

Excitada por un temeroso deseo de algo prohibido que se ofrece deslumbrador ante los ávidos ojos, y poseída de un contento que hasta entonces élla no había creído sentir, olvidándose de otros ilusorios encantos, entre ellos, del que hubo de producirle la romántica figura de Teodoro, al fin extendía sus alas y se lanzaba temblorosa por la incertidumbre y el afán de verse redimida á un nuevo espacio, abierto sin duda para un liasonjero porvenir.

Al llegar á su casa encerróse en el cuarto como avergonzada, y echándose de bruces en su cama, se vió acometida por una extraña conmoción nerviosa, sintiendo el sofoco de un aumento febril del calor de su sangre, algo placentero y angustioso, un singular estremecimiento de gusto y de dolor, y Juanita rompió á llorar, mordiendo con sus menudos dientes un pañuelo por acallar la quejumbre de aquella misteriosa aflicción, fenómeno de una crisis violenta y profunda.

Todos los días, á hora fija, se presentaba Celestino casa de Juana, siempre mostrándose tan respetuoso y cortés, tan caballero, en fin, como en un principio hubo de presentarse ante aquella



mujer, objeto de sus ardientes deseos; jamás se permitía ni aun el menor abuso, y antes pecando de tímido, llevaba sus delicadezas á la más exquisita é hidalga expresión.

No obstante, aquello no podía durar mucho tiempo; uno y otro deseaban llegar á un término. Celestino, irritado por la pasión, abordó el término, que no era otro sino el de concluir de algún modo rápido los preliminares de un aventurado proyecto; y en ella, lo que comenzó siendo una dulce esperanza de redimirse, así de la pobreza como de la soledad, fué luego el despertar de un temperamento para el que tal vez los goces fueran el móvil principal é ineludible.

Juana se sentía celosa; había sido impresionada, y lo era de constante por la enérgica naturaleza meridional del joven americano; intranquila, unas veces avanzaba, retrocediendo otras, siempre en la resbaladiza y peligrosa senda, contemplando con secreto espanto ó con la complacencia más íntima, aquella vida de goces y de lujo que tácitamente se le ofrecía; á pesar de esto, llegó una ocasión en que hubo de brindarle su suerte con un bien que élla había considerado como imposible.

—Juana,—le dijo cierto día Villa-Céspedes,—créame usted; nos es costoso seguir de este modo;

mañana escribiré yo á su padre de usted y escribiré al mío.

Y luego, quedándose Celestino muy pensativo por algunos momentos, añadió al cabo de ellos:

—Y si su padre de usted ó el mío se negaran, entonces, ¡oh! entonces yo, por mi parte, estaría resuelto á todo, ¿entiende usted, Juana? A todo, completamente á todo.

Bien dejaba con esto entender que su intento era el de no abandonar nunca á la muchacha, y ésta se lo agradeció con una sonrisa de resignada voluntad, con un ardiente y apasionado centelleo de sus ojos.

Se hallaban en el reducido gabinete de la casa de la señora Aniceta. Manolita acababa de salir, encaminándose á la vecina tienda de comestibles; la señora Aniceta se hallaba también fuera trabajando como asistenta, casa de unos señores que en tales faenas solían ocuparla. El sol, prestando alegría á la estancia, penetraba á través de una desvencijada persiana entre abierta y medio descorrida por los cristales del balcón, y atravesando por una columna de imperceptible polvo, iluminaba con sus rayos el cuarto.

Celestino se levantó bruscamente de la pequeña silla de labor en que se había sentado, y aproximándose á Juanita, tomó una de sus manos y

la estrechó entre las suyas, grandes y musculosas; le ahogaba el deseo, apretando su garganta, y cuasi impidiéndole hablar; que si lo hizo, fué en palabras obscurecidas por la tartamudez de la emoción.

La joven había abandonado su mano y miraba confiada y sonriente al mozo, el cual intentó abrazar el cuello de Juanita, que hubo de separarse dulcemente, oponiendo á tal movimiento sus ojos suplicantes.

—No puedo, no puedo más,—dijo Celestino; —es un sufrimiento para mí irresistible; deseo acariciarte; deseo besar tu frente; deseo decirte todo cuanto siempre te repito, pero deseo decirte lo quedo, muy quedo; ¡qué diablo!—añadió, pasando del tono de súplica á un desenfado repentino y audaz.—¡Oígame, niña! no tiene por qué rehuirme; pues qué, ¿no soy yo la única persona que la atiende y la quiere?

Esto era, sí; no podía dudarse; élla había vivido siempre oprimida bajo el poder de unos padres que habían sido para élla como amos; élla había escapado en su existencia de errante servidumbre de peligros, que tal vez la imaginación hubiera exagerado, pero que habían sido al fin peligros reales; élla, además, temía que su madrastra y su padre, por la brutal malevolencia

con que siempre la habían mirado, así como por la enajenación de su juicio se negaran á facilitarla aquella halagüeña solución al abandono y á la desgracia en que se hallaba. Además, tal vez, y sin duda alguna, el padre de Celestino no correspondiese al extraño deseo de su hijo. ¿Quién era élla? Al fin y al cabo, si no una criada que acababa de retirarse del servicio, una obrera en constante demanda del trabajo.

Cuando Celestino, estimando el silencio que por la preocupación guardaba Juana, no como pensativa reserva, sino como tácita y resignada concesión, quiso extremar con la joven sus caricias, élla le interrogó con voz debilísima:

—¿Ha escrito usted?—le dijo.

Celestino pareció vacilar por un momento en darle la respuesta, y al fin se la dijo: sí; había escrito; había hecho más: había ido á Segovia, ó había ido á la casa del padre de Juana; pero no había podido ver en aquel momento ni á don Juan, ni á persona alguna de la familia, ni á la madrastra; ésta no se hallaba en casa; aquél tal vez no se habría levantado. Celestino dijo todo ello con tal expresión de incertidumbre, que por la misma, ó sin duda por algo que en la fisonomía del joven creyera percibir Juanita, se sintió llena de inquietudes. ¿Habría ocurrido algo á sus

padres? ¿Recibió Celestino algún disgusto; esto es, algún acogimiento desdeñoso y frío que le hiciera la madrastra? Juana quería saberlo precisamente; con esa vivacidad enérgica, reflejo fiel de la impaciencia femenina, le asedió á preguntas, agolpando una tras otra, á punto de no dejarle tiempo para contestar.

—Cálmese, niña, que al fin todo habrá de saberlo.

—¿Qué sucede? ¡por Dios, hable usted, Celestino!—dijo, dirigiéndose al joven, que, agitado, parecía como si se viese á merced de una indómita rebelión de los sentidos, retorciéndose los dedos de una mano en otra, imperioso y desesperado. Juana paseó su mirada por aquella estancia; no le parecieron aquellos desvencijados y polvorientos muebles sino miserables detalles de una gran miseria; sintióse abrumada por toda aquella pobreza, y á su pesar exclamó con expresiva frase y voz débil:

—¡Aquí, no!—Mas luego, volviendo en sí, añadió:—¡Oh, no; ni en ninguna parte!—y saliendo de la estancia huyó por el estrecho pasillo con tal apresuramiento, que no dió tiempo á que Celestino pudiera seguirla, por cuanto al intentar lo él, oyó un fuerte portazo y el correr de un cerrojo; tal vez la joven se habría escondido en algún

apartado cuarto de la casa: en esto se apareció Manolita, que volvía de su mandado con una vieja y negruzca cesta, bajo cuya tapa asomaba una botella de cristal llena de aceite y un manojo de verduras descolorido y seco, así como la muchacha, pálida, con los cabellos enmarañados, la faz un poco demacrada, sucias y raídas las ropas y con unos horribles zapatos en los pies; ofrecían un conjunto de pobreza y de despiadado abandono, que produjeron la revolvedora sensación de asco que suscita el ver en una sabrosa y colorada fruta la negruzca mancha de repugnante oruga.

Celestino deseó salir de allí, y dando un par de pesetas á la muchacha, la dijo con voz entrecortada:

—Dí á Juana que os espero á las dos para la hora de las seis de la tarde, en Recoletos; os convidaré al teatro.

Dicho lo cual, el joven bajó por la escueta escalera, produciendo un ruido estruendoso por la rápida sucesión de sus pasos en la carcomida madera de aquellos medio desvencijados tramos.

¿Qué le importaba? Cierto que en él jamás había cabido el desatinado intento de casarse; á más, de que esto nunca hubiera sido tolerado por su padre; pero si en último extremo le condujera á

ello la comenzada aventura, se llegaría á sentir dispuesto á todo; y con tal idea hubo de reirse él mismo, cabiéndole la certeza de que todo vendría á reducirse al gasto de unos cuantos centenares de duros.

A los veinte días, ya la situación quedaba resuelta; no se le ocultó á Villa-Céspedes que su acometimiento brusco pudo parecerle á Juanita, como á él le parecía, del peor gusto; no era cosa de apoderarse como gañán, en cualquier forma, hora y lugar, de la mujer deseada, y claro que para el sacrificio pediría la víctima, no el miserable zaquizamí, sino una arca de oro con orlas de flores.

Juana tuvo un lindo hotel, blanco, circundado por un jardín lindo y frondoso; tuvo su tren; tuvo su tren de lujo; vistió, por fin, satisfaciendo la sed que engendra en el entendimiento de las almas que pierden la noble condición de libres, la esclavitud que prostituye y rebaja. Pudo cubrir la podre con ricos tejidos y magníficos vestidos... Se presentó, en fin, al señor, aquella cristiana, se presentó, ocultando en sus locas y exageradas solicitudes por la riqueza y la ostentación, su profundo miedo á la miseria.

Misterioso sentimiento de toda prostituta.

Su pecho blanco, su vientre virginal, sus her-

mosos muslos, su cuerpo movible, histérico y ardiente fué de un solo amo. Entró Juanita en el repugnante trabajo de esas infortunadas obreras del amor, que por escarnio existen en pueblos libres y cristianos.

Fué, por fin, remordida, inquieta, llena de enojo ó sobresaltada por locas alegrías, la mercenaria de lujo, la mercenaria de alquiler por horas, la vñl mercenaria del chamizo... y, por último, de amante en amante... paró donde siempre, ¡en el lecho del hospital!

.....

Seis años bastaron para dar el término lógico y fatal á esta verídica y sencilla historia; seis años de arrebatados apasionamientos, de estremosos contrastes.

Un día, Juana averiguó que su padre, su madrastra y su hermanastro se hallaban en Madrid; éste no había podido entrar en la carrera de Artillería, ni en la escuela de Ingenieros Agrónomos; se había hecho médico. Otro día supo que su padre no cesaba de maldecirla y de revolverse, exclamando en su agitación febril:

—¡Se ha hecho vengadora! ¡Vengadora esa maldecida!

Supo más: supo que su padre había muerto anatematizándola con furor. Esto la produjo un



abatimiento profundo. No tenía defensa, no; verdaderamente élla no podía formularla; su vida, aunque llena de desventuras, no había ofrecido nada que justificase de un modo determinante su caída. Tal vez entonces, surgiendo en Juana la enfermedad que por herencia y de un modo latente sentía en su organismo, pronunció en su alma el odio aquel intenso y feroz que desde muy niña había sentido, el odio á su hermanastro y á su madrastra: sí, un odio terrible é implacable.

La Venus momia, la mujer enflaquecida y enferma; aquel mísero cuerpo en el que subsistían las huellas de pasadas bellezas; el mísero cuerpo, despojo arrojado al montón como un desecho, tal y como el retazo de lo que fué dorada púrpura se convierte en guiñapo; aquel cuerpo, lleno de podre y dolorido, se abrasaba en la espantosa fiebre del odio... sentía, en verdad, la necesidad de una fiera revancha, de una espantosa reivindicación, de una venganza... ¡Sí, élla era una vengadora!

El doctor Margel, según dijeron unos, ó el doctor Hormeto, según otros, tal vez ambos hacían una visita clínica, acompañados de un joven médico, quizá no fuera aún más que un estudiante.

Llegaron á la cama de Juana: ésta se hallaba postrada y con los ojos medio cerrados; la pul-

sación suya era febril y fuerte, su calor intenso; apenas sintió que la tomaban la mano, y apenas acertó á oír lo que respecto de su estado decían.

Días antes de acaecer el suceso que vamos á referir, Juana había sostenido con las enfermas y con las hermanas de la Caridad, diálogos muy extraños, y que después figuraron en el proceso.

—¿Cómo se encuentra hoy, hermana?—hubo de preguntarla sor Camila.

—Me hallo mejor. Dispuesta á todo.

—A todo lo bueno, ó para todo lo bueno.

—Sí; justo... á eso; la hermana dice verdad; para algo bueno, muy bueno;—añadió con una risa histérica que dió frío á la religiosa.

Más tarde tuvo una grave excitación febril; dormía, ó quizá se hallaba soporizada; habló en voz alta y con frases incoherentes; una de las enfermas que se hallaba cerca de su cama, aseguró que la había oído decir palabras muy extrañas que la habían dado miedo.

La mañana aquella, y antes de que los médicos mencionados se presentaran, no hizo Juana movimiento alguno; se puso á cantar con su voz enronquecida, y estuvo charlando sin juicio, pero no se movió como otros días que, sentándose ó revolviéndose en el lecho, parecía víctima de una viva inquietud.

—¿Hoy comerás á las doce... ó estás á dieta?  
—la preguntaron.

—¡Ya veréis lo que sucede aquí á las doce!

—¡Puede suceder tanto!

—Ya creo yo que habrá de suceder algo muy divertido; preparo una broma.

Élla esperaba aquel momento; se había preparado para él; estaba dispuesta y bien prevenida; iba á satisfacer, sin duda, la más ardiente pasión de toda su vida...

Sí; élla había sido engañada, abandonada, precipitada en la servidumbre, impelida á la prostitución, é iba á morir comida de suciedad, y sintiendo en sí el universo desprecio...

Al abrir los ojos vió ante sí lo que deseaba ver; vió á Mariano, al odiado hermanastro, el cual estaría bien ajeno de figurarse que aquella enferma era Juana; pero ella vió con gozo el cuello robusto y blanco del muchacho...

El rayo preparado por las tempestades de odio que tantas veces se habían formado en el alma de Juana, surgió... La prostituta saltó rápidamente de la cama, abalanzóse como una fiera sobre Mariano, prendióse á él, forcejeó, luchó en medio de la alarma y de la sorpresa de la gente que hubo de acudir sorprendida y espantada á separar á Juana del joven... y por fin... éste cayó

lanzando un ¡ay! agudísimo, cayó manchado de sangre, y allí, allí, ante aquella loca exhaló el último suspiro...

A los quince días moría Juana en el manicomio de una congestión cerebral. ¡Moría la vengadora!

Allí, en el depósito de los muertos, sobre una mesa de pino, se hallaba en la caja el lívido cadáver de Juanita; dos viejos asilados, uno cuasi tan torpe y paralítico cual lo había estado el padre de Juana, velaban el cadáver; el sol lucía esplendoroso; á aquella hora, gran número de cortesanas jóvenes y hermosas, en sus lujosos trenes recorrían, luciendo su elegancia y su belleza, en torno del Angel caído.

¿Qué oración, qué consuelo, qué dulce apenamiento dejaba entre los vivos aquella desdichada Juanita? ¡Ningunos!

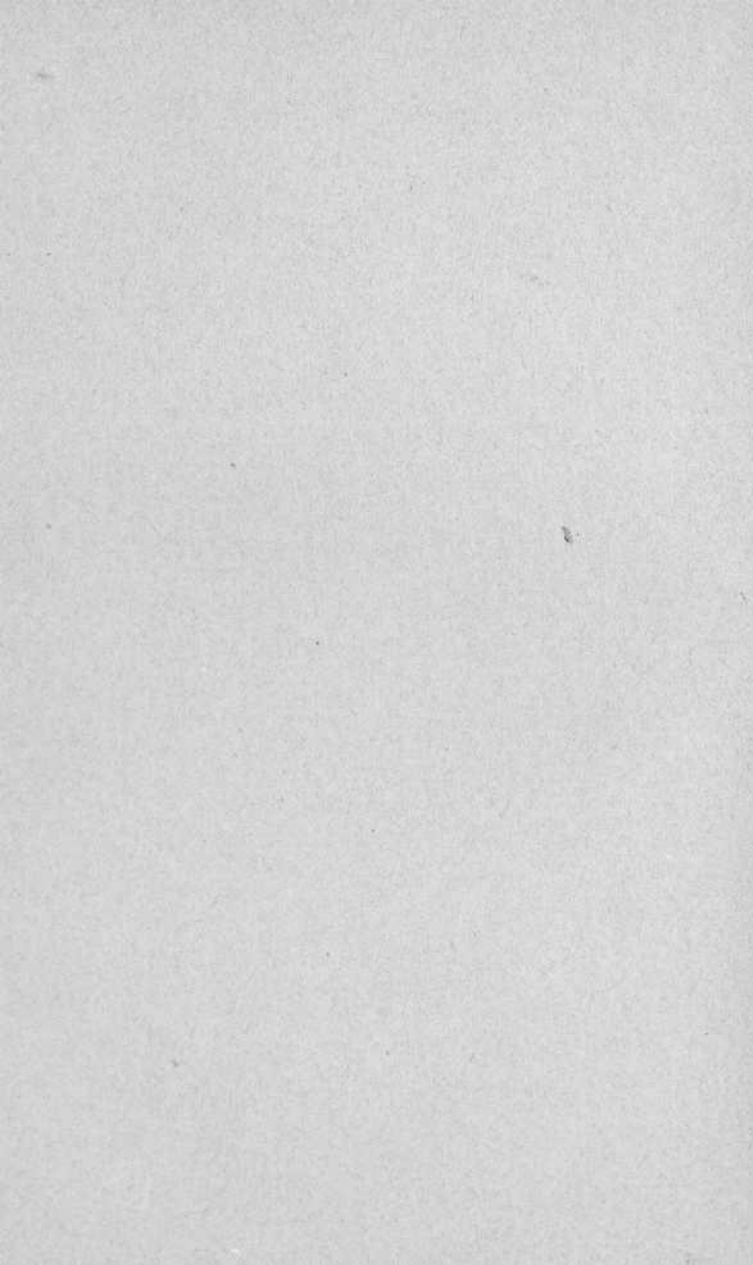
Si Juanita, la vengadora, murió, su caída había sido fácil, por aturdimiento, más que por perversión; así, después de rodar como criada y de recoger en todas partes vicio, caries y miseria, perdió la luz de su alma, y al fin la vida.

Hé aquí, lector, la vulgar y trágica, la sencilla y espantosa historia de Juana; historia conocida por nosotros años después de haber llegado á su término; ni en un solo detalle, ni en la más mí-

nima circunstancia, por alarde de arte ó pretensión de filósofo hemos mentido; antes, por el contrario, fué para nosotros rudo y difícil proceso de trabajo... Que también la pluma que se ofrece para tu recreo por amor á la verdad, huye, á prueba de grandes angustias, de la prostitución del pensamiento, y es prueba de valor tratar en su verdadera entonación los hechos más vulgares, pero que son los más terribles y tristes.

Así murió, en un país cristiano, en el furor y la sed de venganza, una criatura creada para la virtud y para el santo amor de la familia.

FIN DE LA OBRA.





6

## OBRAS DE EDUARDO LÓPEZ BAGO

---

La Prostituta, novela médico-social, 5. <sup>a</sup> edición corregida.....	3 pesetas.
La Pálida, novela médico-social (2. <sup>a</sup> parte de <i>La Prostituta</i> ), 7. <sup>a</sup> edición corregida. (Estas dos obras, denunciadas por el Gobierno, por supuesto delito de escándalo y ataque á la moral, á la decencia pública y á las buenas costumbres, han sido absueltas por el Tribunal Supremo).....	3 >
La Buscona, novela médico-social (3. <sup>a</sup> parte de <i>La Prostituta</i> ), 8. <sup>a</sup> edición.....	3 >
La Querida, novela médico-social (4. <sup>a</sup> y última parte de <i>La Prostituta</i> ), 2. <sup>a</sup> edición.....	3 >
El Cura (caso de incesto), novela médico-social. (Ha sido también objeto de una denuncia gubernativa, y sometido su autor al proceso criminal, recayendo el sobreseimiento libre.) 4. <sup>a</sup> edición.....	3 >
El Confesionario (satiriasis), novela médico-social (2. <sup>a</sup> parte de <i>El Cura</i> ), 3. <sup>a</sup> edición.....	3 >
La Monja, novela médico-social (3. <sup>a</sup> parte de <i>El Cura</i> ), 3. <sup>a</sup> edición.....	3 >
La Señora de López (1. <sup>a</sup> parte de <i>La Mujer Honrada</i> ).....	3 >
La Soltera (2. <sup>a</sup> parte de <i>La Mujer Honrada</i> ).....	3 >
La Desposada (3. <sup>a</sup> parte de <i>La Mujer Honrada</i> ).....	3 >
Carne de nobles.....	3 >

### DE OTROS AUTORES.

---

El Fango del Boudoir ( <i>doble adulterio</i> ), novela social, por R. Vega Armentero.....	3 >
La Venus Granadina, por el mismo autor....	3 >
El Señor Obispo, novela por J. Zahonero.....	3 >
La Vengadora, novela original por el mismo.	2 >
Crimen legal, novela por Alejandro Sawa....	3 >
Noche, novela social, por el mismo autor....	3 >
Biografía de S. A. R. D. Sebastián de Borbón, por D. Joaquín de Roa ..	4 >
El Excmulgado ó las Bodas de un Presbítero, por H-Ardieta.....	3 >



---

J. Muñoz Sánchez

---



---

J. ZAHONERO

---

LA VENGADORA

---

PRECIO

3 PESETAS

---

**G 43693**